

EL INFAME
LORD PECADO

TAMARA

Gill

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

EL INFAME LORD PECADO

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

El Infame Lord Pecado
Las Incontrolables Woodvilles, Libro 9
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Puede que el amor sea el único lujo que no se pueda permitir...

Paris Smith recuerda demasiado bien los días en que no tenía ni un centavo. El dolor de ser considerada inadecuada para el matrimonio por su primer amor nunca se desvaneció realmente. Ahora, es una condesa viuda con más dinero del que podría gastar jamás, y el hombre que casi la destruyó quiere una segunda oportunidad. Oh, cómo han cambiado las tornas de manera deliciosa...

Lo último que Dominic Parker quería era herir a Paris. La había amado con todo su corazón. Pero necesitaba casarse bien para proteger el vizcondado, así que había dejado que su cabeza dominara a su corazón, destrozando el de ella a su vez. Ahora, todo ha cambiado. Y aunque está razonablemente seguro de que puede convencerla de que lo deje entrar en su cama, volver a entrar en su corazón es otra cuestión completamente distinta...

Con los pecados del pasado —y los secretos del presente— en su contra, ¿es siquiera posible un final feliz? ¿O están Paris y Dominic destinados a sufrir una vez más?

PRÓLOGO

Temporada londinense, 1809

LA SEÑORITA PARIS SMITH estaba sentada en la biblioteca de su mejor amiga, la duquesa de Romney, luchando por no inquietarse. Hoy todos sus sueños se harían realidad. El hombre que había capturado su corazón desde el primer momento en que lo vio hacía apenas unas semanas iba a visitarla. Que él hubiera pedido hacerlo solo podía significar una cosa.

Estaba a punto de comprometerse.

El pensamiento hizo que su estómago revoloteara, y colocó una mano allí, luchando por mantener la calma. Desde hacía varios días, su estómago no se había asentado, y solo podía esperar que los nervios desaparecieran para siempre después de hoy. Reemplazados por felicidad y amor.

El sonido de alguien llamando a la puerta principal resonó por toda la casa, y en menos de un minuto, escuchó la voz apagada del mayordomo dejando entrar a Lord Astoridge.

Cerró los ojos, saboreando el sonido de su voz. Su profundo barítono le debilitaba las rodillas y provocaba un delicioso calor que se acumulaba donde no debería acumularse en una mujer soltera como ella.

Había llegado el momento.

Finalmente, él se lo pediría, y estarían juntos para siempre.

—Lord Astoridge está aquí para verla, señorita Smith —dijo Thomas, haciendo un gesto para que el vizconde entrara.

Su señoría, con sus anchos hombros y su alta y dominante presencia, se alzaba sobre ella y el mayordomo, y ella sonrió en señal de bienvenida.

—Lord Astoridge, qué amable de su parte venir. Por favor, tome asiento —dijo, sin querer parecer demasiado ansiosa. Aunque, probablemente ya había pasado ese punto. Su cuerpo se ruborizó de deseo, emocionada ante la idea de que él le pidiera matrimonio, que fuera su esposa y cumpliera su promesa.

Él asintió y se sentó en el sofá frente a ella, con las manos entrelazadas en su regazo. Ella lo estudió y notó el leve brillo de sudor en su frente.

Paris contuvo una sonrisa. Supuso que cuando un caballero estaba a punto de proponerle matrimonio a una dama, era común y esperado que estuviera un poco nervioso.

Especialmente si su respuesta era tan importante para él, lo cual ella esperaba que fuera. Tan consecuente como su pregunta lo era para ella.

—Señorita Smith, gracias por recibirme esta tarde. Espero que se encuentre bien —dijo, su atención en ella fugaz antes de volver a mirar hacia la chimenea apagada.

Paris ajustó su asiento para mirarlo mejor y sonrió, esperando que eso pudiera aliviar sus nervios. —Estoy bien, gracias. Me alegro de verlo —admitió. ¿Acaso este reconocimiento de sus sentimientos le ayudaría a preguntar lo que quería? Habían estado cortejándose durante varias semanas. Él había bailado con ella varias veces, robado besos siempre que surgía la oportunidad, y sin mencionar aquella noche en la mascarada de Rossdale donde pasó mucho más que besos entre ellos.

Todo lo que habían compartido solo le daba la certeza de que él se preocupaba por ella. Que la quería como su esposa, tal como ella lo deseaba desesperadamente como su marido.

Suspiró, estudiándolo y toda su apostura. Su mandíbula cincelada, nariz perfectamente recta y grandes ojos almendrados, del marrón más profundo que, bajo cierta luz, parecían tan oscuros como una noche sin luna.

—Señorita Smith, es justo que la visite para ser el caballero que me criaron para ser y ofrecerle una explicación.

Paris controló sus facciones mientras el temor se instalaba en la boca de su estómago. —¿Explicación? ¿Qué quiere decir, mi lord? —¿Cómo podía una propuesta ser una explicación?

Él tomó una respiración profunda, cerrando los ojos un momento antes de encontrarse con los de ella. —He venido hoy, señorita Smith, para notificarle y ser honesto al decirle que no puedo casarme con usted. —Hizo una pausa y se pasó una mano por la mandíbula, observándola atentamente—. La situación de mi vida y la capacidad de mantener mis propiedades, tanto aquí en Inglaterra como en Francia, significa que debo casarme con una mujer de sustancial dote. No quiero decir que esté de alguna manera en déficit financiero. No lo estoy, pero el mantenimiento de mis numerosas propiedades significa que debo casarme con una mujer que pueda apoyar aún más a quienes viven de mi nombre y tierras. —Frunció el ceño, haciendo una pausa—. Sé que usted creía que esta visita esta tarde era para otro propósito completamente diferente, y lamento decepcionarla de esta manera. Sepa que si no tuviera tanta gente bajo mi cuidado, le pediría que se casara conmigo. La habría elegido a usted por encima de todas las demás para ser mi esposa.

Paris miró fijamente a su señoría, y durante varios minutos no pudo formar palabras de respuesta.

—Disculpe, mi lord, pero debo entender esto correctamente. ¿Me está diciendo que no se casará conmigo porque no tengo dote? ¿Que mi falta de herencia me invalida para ser su esposa aunque, como dice, no le falten fondos de ninguna manera? —La habitación giró, y Paris se aferró a los lados de su silla para estabilizarse—. Fuimos íntimos, Dominic. Podría estar encinta.

Esto no podía estar sucediendo. El hombre en quien había depositado todas sus esperanzas, por quien había rechazado a otros hombres para estar con él, ahora la estaba decepcionando, diciéndole, en efecto, que no era lo suficientemente buena para él.

No lo suficientemente rica.

La pobre señorita Smith de Grafton, que aspiró demasiado alto en el cruel mundo de la alta sociedad. Que se había entregado tontamente a un caballero y ahora pagaría el precio de esa locura.

Él asintió y tuvo la gracia de parecer avergonzado. Paris tragó el nudo en su garganta, segura de que si no lo hacía, la ahogaría.

—Me disculpo, señorita Smith, si le permití pensar que había más entre nosotros de lo que jamás hubo. La encontré atractiva, por supuesto, es usted una mujer hermosa. Es divertida y amable, y nos llevamos muy bien, pero eso no es suficiente para un hombre como yo. Tengo responsabilidades que deben ser lo primero, incluso antes que mis propios deseos y anhelos. Por lo tanto, no puedo casarme solo porque mi corazón me lo diga. Debo pensar con la cabeza y en lo que es mejor para mi bolsillo.

Paris se puso de pie y caminó frente a la chimenea apagada, necesitando hacer algo antes de gritar por la injusticia de lo que él le estaba diciendo. Y aunque ella había preguntado, no creía que él necesitara ser tan honesto y directo en su respuesta.

—Y no se preocupe por tener un bebé. Una doncella como usted no puede quedar embarazada durante su primera vez. Ha sido médicamente probado, y si no le dice a su marido, quienquiera que sea, que fue íntima conmigo, él no lo sabrá —respondió de manera tan objetiva que su corazón se desmoronó en su pecho.

—Has explicado perfectamente por qué no soy adecuada, y te deseo lo mejor en la búsqueda de tu pareja perfecta para tu bolsillo, milord —dijo ella, sin tratar de ocultar el sarcasmo en su tono.

—Señorita Smith, por favor, no se moleste.

Ella levantó la mano, acallando sus palabras. —¿Molestarme? Creo que tengo todo el derecho a estar molesta. Me hiciste creer durante semanas que estábamos destinados el uno para el otro. Me hiciste preocuparme por ti, y confié en ti. Lamento que pienses que no tengo derecho a estar molesta. Tal vez deberías haber pensado en eso antes de actuar de manera tan pecaminosa con una mujer con la que nunca tuviste la intención de casarte, sino simplemente llevar contigo como una patética diversión que era un adorno entretenido para la temporada.

Él se puso de pie, acercándose a ella. Intentó tomar sus manos, pero ella las apartó bruscamente, dando un paso atrás. —No me toques, Lord Astoridge. No tienes derecho.

Él la observó, y ella pudo ver que estaba debatiendo si escuchar su orden o intentar nuevamente calmar sus sentimientos heridos.

Ella apretó los dientes, esperando por el bien de él que no intentara lo segundo.

—Nunca te vi como un juguete, señorita Smith. Lamento que te sientas así —respondió él,

deteniendo rápidamente cualquier explicación adicional—. Creo que debería irme. Te deseo lo mejor para el resto de tu temporada. Buenas tardes —dijo, haciendo una reverencia y saliendo a grandes zancadas de la habitación.

Paris lo vio marcharse, y con su partida, todas sus esperanzas y sueños se desvanecieron. Su estómago eligió ese momento para rebelarse, y corrió hacia la planta en maceta más cercana y vomitó.

CAPÍTULO ÚNO

Londres, 1814

DOMINIC PARKER, vizconde de Astoridge, se encontraba en la proa de una fragata inglesa en la que había conseguido un pasaje desde Francia, observando cómo Londres se materializaba entre la niebla matutina cual fantasma de su pasado que volvía para atormentarlo.

Respiró hondo el aire frío y denso de carbón de la ciudad que lo vio nacer y deseó estar de vuelta en Francia.

La finca campestre de su madre, ahora suya tras el fallecimiento de su padre, había convertido sus años en el extranjero en un agradable respiro, aunque su bolsillo no había corrido la misma suerte.

Tras varias inversiones fallidas, ahora necesitaba una esposa rica, no solo para financiar su estilo de vida, sino para asegurar que sus hermanas gemelas menores tuvieran la temporada social que merecían.

Qué vergonzoso regreso a Inglaterra.

Una vez anclados, no tardó en alquilar un coche de alquiler desde los muelles, y pronto se dirigía hacia su casa en Mount Street.

¿Cuántos años habían pasado desde que huyó de Inglaterra? ¿Tres? ¿Cuatro? Se reclinó en los cojines del carruaje, que apestaba a olores innombrables, e intentó recordar.

—Cinco años —pensó, recordando aquel terrible día en que se enfrentó a la señorita Paris Smith y le dijo que no le ofrecería matrimonio. Qué canalla y asno había sido al ser tan insensible con ella. La había arruinado, le había arrebatado su inocencia y no había mirado atrás después de abandonar Londres. Nunca había tenido el valor de escribir a su madre para preguntar qué había sido de ella. Esperaba que le hubiera ido mejor que a él, pero una parte de él sabía que posiblemente no fuera así.

Se pasó una mano por el cabello y suspiró.

—Mount Street —anunció el cochero mientras el carruaje se detenía con una sacudida. Dominic saltó y lanzó dos monedas de plata antes de coger su valija y dirigirse a grandes zancadas hacia la puerta principal.

Su mayordomo la abrió antes de que su pie tocara el último escalón, y Dominic se echó a reír.

—Cualquiera diría que me estabas esperando, Malcolm —dijo, entregando su maletín de viaje al viejo sirviente.

—Lo estábamos esperando, milord —le ayudó con el abrigo y el sombrero—. Hay un fuego encendido en la biblioteca, y haré que la cocinera le envíe una comida ligera, ya que es tarde para la cena y las damas han salido para la velada, milord.

—Gracias —dijo, entrando en una habitación que había relegado a su administrador, a quien había despedido tras descubrir que su pericia en los negocios no era la que profesaba.

Aunque Dominic no podía culparlo enteramente por sus apuros financieros. Había llevado una vida de pecado en Francia: apuestas, fiestas, prostitutas y terribles decisiones bajo la influencia del alcohol, lo que resultó en la pérdida de la mayor parte de su herencia.

Negó con la cabeza mientras se dirigía al vaso de brandy y se servía una generosa copa. El ardiente líquido ámbar hizo poco para calmar sus nervios. Después de un largo día de viaje o no, esta noche tendría que empezar a asistir a bailes y fiestas. En cualquier caso, no eran más de las nueve.

Acercó la bandeja de plata hacia sí, hojeando las invitaciones que habían llegado.

Una en particular destacaba, y la sacó del montón, leyéndola detenidamente. El duque y la duquesa de Romney organizaban su baile anual esa noche.

Se mordió el labio inferior, debatiendo si debía asistir o no. Paris estaría allí si aún se encontraba en la ciudad, ya que la duquesa era su amiga más cercana. Eso si no había huido de vuelta a Grafton y se había casado con algún muchacho local de su pueblo.

La idea le hizo parpadear con un tic nervioso.

Pero no importaba. No debía detenerse en el pasado y lo que se había perdido en las páginas del tiempo. Necesitaba mirar hacia adelante y pensar en quién sería su esposa, y cuanto antes mejor, ya que no sabía economizar tan bien como debería.



MÁS TARDE ESA NOCHE, Dominic entró en el salón de baile de los Romney con Lord Lupton-Gage, su amigo más antiguo desde Eton. Su esposa, la marquesa, se había quedado en casa, prefiriendo pasar la velada con su pequeño hijo e hija.

—Gracias por venir conmigo, Gage. Admito que han pasado muchos años desde que pisé un salón de baile inglés. Estoy muy fuera de práctica.

Gage se rio, dándole una palmada en la espalda.

—Encontrarás tu sitio, y hay muchas encantadoras debutantes este año que serían una novia adecuada y futura vizcondesa.

Dominic asintió y echó un vistazo a la sala, notando las miradas interesadas y coquetas de

varias damas. Incluyó la cabeza y sonrió, como haría un caballero, pero su corazón no estaba en ello. Había algo extraño en lo que estaba haciendo.

Aunque hubiera expresado tal postura hacia la señorita Smith hacía tantos años sobre casarse con una heredera, aún no había cumplido con su estipulación. En su lugar, había viajado al extranjero e intentado aumentar su fortuna antes de fracasar miserablemente también en eso.

Lord Lupton-Gage se aclaró la garganta y lo miró de reojo, con una sonrisa divertida en los labios.

—Prepárate, Astoridge. Estás a punto de ver un fantasma.

Dominic frunció el ceño a su amigo, y entonces lo sintió, el hormigueo de los pelos en la nuca. Miró hacia las puertas y el tiempo se detuvo.

No, eso no era del todo cierto. Retrocedió, se precipitó cinco años atrás y lo dejó tan embelesado como el día en que la había visto por primera vez al otro lado de un salón de baile.

La señorita Paris Smith, la plebeya rubia fresa de Grafton, era cualquier cosa menos lo que él había dejado, con el corazón roto y desolada en la biblioteca de Romney cinco años antes.

Oh, no. La mujer que entró en la sala, besando las mejillas de la duquesa de Romney, su risa resonando y cautivando a todos los que la observaban, incluido él, no era ninguna tímida ratoncita.

No era una joven tímida que lo había codiciado solo para que él le rompiera el corazón. Que había confiado en él con su inocencia solo para que él la descartara como indigna.

No podía apartar la mirada de ella mientras se abría paso entre la multitud de invitados. Se detuvo frente al duque y la duquesa de Derby y les habló, aceptando una copa de vino de un lacayo que pasaba.

A pesar de toda su elegancia, la riqueza que emanaba de cada diamante y puntada de seda que llevaba, seguía siendo la misma debajo de todo eso. Su sonrisa era tan genuina, su habla cautivadora. No había falsedad en ella, nunca la hubo.

Qué tonto había sido, por no mencionar un completo idiota.

Paris se deleitaba de estar de vuelta en Londres. El último año de luto había sido difícil para ella, pero sobre todo para su hija e hijo, quienes extrañaban terriblemente a su padre.

Lord Hervey había sido un buen hombre. La había amado aunque ella sabía que a veces no merecía su afecto, pero era hora de que regresara a Londres para empezar a allanar el camino para sus hijos cuando fuera el momento de que entraran en sociedad.

Se unió a su amiga cercana, Millie, ahora la duquesa de Romney, y se acomodó a su lado, más que feliz de que esta noche pudiera recuperar su posición en la sociedad y ver de qué iba todo el mundo, pero sin participar demasiado.

—Me alegro tanto de que estés aquí. ¿Cómo están Lady Maya y el pequeño Lord Hervey? —le preguntó Millie, siempre interesada en su familia y su felicidad.

—Todos están prosperando, y Oliver me ha asegurado que sabrá todos los reyes y reinas de Inglaterra a mi regreso —rio al pensar en la fascinación de su hijo por todo lo relacionado con la

realeza y la historia de esta gran nación.

—Qué maravilla. Estoy segura de que los sabrá todos, como prometió —la duquesa la observó un momento, y Paris frunció el ceño ante la preocupación que leyó en el rostro de su amiga.

—¿Qué sucede, Millie? Solo pones esa cara cuando algo te molesta y tienes miedo de decírmelo.

Millie le dedicó una pequeña sonrisa, tomando su mano entre las suyas. —Hay cierta persona en la lista de invitados de esta noche que no mencioné, porque no pensé que el invitado llegara a asistir, pero lo ha hecho.

Un nudo frío y duro se instaló en el estómago de Paris, y tomó un respiro para calmarse. No. No podía ser, no después de todo este tiempo.

Cerró la boca con fuerza y luchó por no exigir saber a quién se refería Millie, despertando el interés de todos los que estaban cerca.

—Puedes invitar a quien quieras —dijo, sonriendo para ocultar su incomodidad—. No hay nadie aquí que pueda arruinar mi regreso a Londres y la temporada. Nos divertiremos como siempre, a menos que sea Lady Smithers, y entonces estaré terriblemente enojada contigo. Sabes cuánto le desagrada que me casara con Lord Hervey, a quien ella prácticamente había elegido durante nuestro año de presentación en sociedad.

Millie rio, pero Paris apenas escuchó la respuesta de su amiga.

Se aferró a su copa de champán y luchó por no desmayarse mientras la habitación giraba a su alrededor.

No podía ser.

No se atrevería.

Cerró la boca con fuerza, mirando fijamente a través del salón de baile, incapaz de comprender lo que sus ojos estaban viendo.

La bilis subió por su garganta, y tragó con dificultad. ¿Cómo se atrevía a mostrar su cara aquí? ¿Cómo se atrevía a mirarla después de cómo la había engañado? La había usado y le había dado esperanzas cuando ella nunca fue lo suficientemente buena para él y su distinguida familia.

—Lord Astoridge está aquí, Paris —susurró Millie—. Lo siento.

Paris tomó un respiro para calmarse y fulminó con la mirada a su señorita, quien continuaba observándola como si esperara el regalo de una sonrisa, un pequeño saludo o algún gesto amistoso que hiciera desaparecer todas sus horribles y traicioneras acciones.

No lo harían.

Nunca lo perdonaría por su acto poco caballeroso. No importaba cuántos años pasaran, su corazón aún dolía al pensar en aquel día.

Había estado tan llena de esperanza, casi lista para ordenar el carruaje y viajar a su modista para que le ajustaran el vestido de novia.

Él era un desperdicio de sus emociones y tiempo, tal como lo era un desperdicio de esfuerzo

incluso ahora.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa, y ella entrecerró los ojos.

No te acerques, Lord Astoridge. No eres bienvenido aquí.

Él le mencionó algo a Lord Lupton-Gage a su lado y comenzó a caminar hacia ella. Paris maldijo, preparándose para hablar con él de nuevo. Durante cinco años, su devastación e ira habían burbujeado. Cada vez que miraba a su hija, se le recordaba todo lo que había perdido. Si él esperaba una dulce reunión, estaría equivocado. Era poco probable que cometiera ese error por segunda vez.

CAPÍTULO DOS

DOMINIC SE INCLINÓ ante Paris y sonrió, bebiendo con la mirada la visión de ella después de todos los años que no pudo hacerlo. Apenas había cambiado y era tan hermosa como la recordaba. Una multitud de preguntas revoloteaba en su mente, y necesitaba saber todo lo que ella había hecho. Qué camino había tomado su vida. A juzgar por su vestido de seda de la más alta calidad, de corte imperio y escote bajo, le había ido mejor que a él.

—Buenas noches, señorita Smith —dijo, mirándola fijamente, tratando de recuperar el juicio, seguro de que lo había abandonado por un momento. Cuanto más cerca estaba de ella, más se daba cuenta de lo hermosa que se había vuelto.

Más aún que cuando la conoció por primera vez. Sacudió la cabeza ante ese pensamiento. Se había convertido en una mujer en los cinco años desde la última vez que la vio. Una mujer deliciosa, hermosa y mundana, y sintió un nudo en el estómago. —Estoy muy feliz de volver a verla —admitió, con palabras tan verdaderas como su presencia ante ella.

—Lord Astoridge —dijo ella, sus palabras destilando indiferencia—. Me casé con el conde de Hervey hace algunos años. Soy la condesa de Hervey ahora, Lady Hervey para usted —le corrigió, con los ojos tan fríos como sus palabras.

El estómago de Dominic se revolvió al saber que se había casado. ¿Cómo no lo había sabido? Cuando viajó a Francia, sabía que su madre no le habría notificado. Nunca le agradó la señorita Smith, pero que sus amigos no le informaran, bueno, no podía evitar preguntarse por qué.

Miró alrededor de la sala, buscando a Lord Hervey. —Espero poder felicitarla a usted y a su esposo por su matrimonio. Están muy atrasadas.

Ella arqueó una ceja, mirándolo con fastidio. —Tendrá que contentarse con ofrecerme solo a mí sus felicitaciones, milord. Lord Hervey lamentablemente falleció a principios del año pasado —explicó, sorbiendo su vino y observándolo por encima del borde de su copa.

Dominic ignoró la impactante revelación que cruzó por su mente en ese momento. Paris estaba soltera. Viuda. Frunció el ceño y luchó por componer palabras apropiadas que sonaran sentidas.

No lo serían.

Nunca le había agradado Lord Hervey, ni cuando intentó cortejar a Paris mientras Dominic

manifestaba su propio interés. Podía irse al infierno por pensar de esa manera, estando cerca de ella otra vez, oliendo el dulce aroma a lirios que siempre la acompañaba y cayendo bajo el hechizo de su belleza. No le importaba pensar mal de los muertos.

—Lamento mucho su pérdida, milady —mintió—. No lo sabía.

—No, bueno, ¿cómo podría saberlo? Usted estaba en París o en algún lugar del extranjero, tengo entendido. No nos comunicamos, y rara vez vine a la ciudad estos últimos dos años debido a la salud de mi esposo —dijo, arqueando una ceja como si encontrara su presencia aburrida—. Los amigos cercanos y la familia fueron informados, por supuesto, pero nadie más.

Él ignoró su pulla y su frialdad hacia él. Demonios, esperaba que ella no lo encontrara tan aburrido, una espina en su costado que no podía quitarse. Hubo un tiempo en que ella prácticamente resplandecía al verlo. Hacía tanto tiempo ya, pero seguramente no seguía enojada con él.

—¿Usted se casó alguna vez, milord? —le preguntó.

Él miró alrededor de la sala. Varias personas los observaban con interés. No era un secreto que durante la temporada de 1809, él había cortejado a Paris. Nada resultó de ello debido a los deberes familiares que le impidieron casarse con una mujer sin fortuna ni influencia. Palabras duras que había lamentado durante mucho tiempo, pero estaban dichas, y no podía retirarlas, por mucho que deseara poder hacerlo.

Le había roto el corazón aquella tarde, y por la fría recepción que estaba recibiendo, Paris no lo había perdonado.

Aún así...

—No lo hice, milady. Viajé a Francia para supervisar la administración de la finca francesa de mi madre. Estaba en un estado lamentable y necesitaba mucho trabajo —explicó. Sin mencionar que había cometido múltiples errores que aseguraron su regreso a casa y que casi tendría que suplicar por una novia rica antes de mucho tiempo—. Pero ahora estoy de vuelta en Londres, y la temporada es joven. Uno nunca sabe quién se cruzará en su camino, y puede surgir el romance.

Ella se burló, sus labios temblando. —Así que regresó para encontrar una esposa rica. Qué irónico, milord. No lo habría esperado de usted —dijo con desdén.

—Nuestros círculos sociales están en el más alto escalón de la sociedad, milady. A menudo es difícil encontrar a alguien que no tenga algún grado de fortuna cuando uno se enamora —dijo, encogiéndose de hombros para aliviar la tensión que vibraba allí. Estaba lleno de mentiras. ¿Cómo podía decir tales cosas cuando no eran ciertas? La señorita Smith había circulado en su esfera, y ella no tenía nada, y él aún la quería.

Esta noche y su reencuentro con ella no estaban saliendo según lo planeado.

—¿Es así? —Se puso a su lado, asintiendo en dirección a cada dama de la que hablaba—. La señorita Wilson es hija única y la propiedad de su padre, el Honorable Barón Wilson no está dotada, así que heredaría usted una suma considerable y una buena extensión de tierra en el

hermoso Somerset si la cortejara. —Hizo una pausa, frunciendo los labios mientras estudiaba a las damas que se paseaban frente a ellos—. Oh, Lady Esme Smithers, ya sabe usted que es una heredera, cincuenta mil libras si los rumores siguen siendo ciertos. Creo que eso llenaría muy bien sus arcas y complacería ese deber familiar del que habla. Sin mencionar que Lady Esme aún está molesta porque usted me cortejó a mí en lugar de a ella.

—¿Ha terminado, milady? —preguntó, clavándole una mirada dura—. Está siendo cruel.

Ella se rio, sorbiendo su vino. —Lord Astoridge, hombre ridículo. No he terminado en absoluto con usted. Apenas he empezado —dijo, con tono burlón.

—No necesito la herencia de una dama —espetó, dejando que sus burlas lo sacaran de quicio. Casi se ahogó con las palabras de su mentirosa lengua. Necesitaba el dinero más que nunca. Podía tener un título, pero con dos hermanas a punto de unirse a la temporada ahora que él estaba en la ciudad, y con deudas que pagar por sus desafortunadas inversiones, se avecinaban tiempos difíciles a menos que encontrara una heredera, y pronto.

Pero, ¿quién?

Y cómo conseguir una sin que supieran que necesitaba su dinero mucho más que su corazón afectuoso.

Peor aún, ¿cómo mantendría tal secreto de la mujer a su lado? La única dama que sabía cuándo decía la verdad. O cuándo ocultaba algo.

Una tarea imposible en la que no podía fallar.

Paris se deleitaba en irritar a Lord Astoridge. El hombre era una amenaza. Volviendo desde París solo para disfrutar de la temporada. Un hombre rico y su locura por encontrar una novia adecuada para satisfacer el costoso gusto de su familia que incluso su señoría parecía haber heredado.

—De todas las cosas que podrías decirme, no vuelvas a mentir —replicó ella—. Y quién sabe, las damas que cortejas podrían desear casarse solo por un título y una encantadora casa de campo. Que tú no busques una novia rica no significa que una dama no esté buscando un marido rico. —Soltó una risita, mirándolo antes de bajar los ojos—. ¿Te imaginas? Te casas con una mujer por su dinero, y ella, a su vez, hace lo mismo contigo. Hay cierta justicia poética en eso, creo.

—No creo que...

—Y apropiado —susurró para su vergüenza. Pero el hombre la irritaba profundamente, y aún, después de estos años, no podía perdonarlo. Se había visto obligada a casarse con un hombre al que no amaba. Un hombre por el que ciertamente había llegado a sentir afecto, pero nada más que eso. Un hombre con el que compartía la cama, con quien era íntima, pero imaginando a otro a su lado todo el tiempo.

Durante tanto tiempo, había anhelado a Astoridge, y ahora, teniéndolo de nuevo a su lado, todo lo que quería hacer era herirlo. Hablarle con desdén. Ridiculizarlo. Hacerle sentir y escuchar todas las horribles, insoportables e insuficientes formas que él tan amorosamente le había

otorgado.

Paris levantó la mirada, queriendo reprenderlo de nuevo, solo para encontrarlo observándola. Maldijo para sus adentros. El hombre seguía siendo tan moleestamente atractivo que debería ser ilegal.

—Eso es injusto, mi lady —bajó la voz, acercándose más.

Paris debería retroceder, no permitirle que la acorralara así, pero el aroma a sándalo y algo que era enteramente Astoridge detuvo sus pasos.

Respiró profundamente, para su disgusto, y luchó por mantenerse distante.

—Han pasado cinco años, Paris. ¿Por qué sigues disgustada conmigo? Te casaste con un conde. Uno pensaría que estarías feliz. Eres una condesa, después de todo.

Pero ella había querido ser vizcondesa, quería gritarle. Un rango más bajo o más alto no le importaba tampoco. Todo lo que le había importado durante su primera temporada era enamorarse. Casarse con un hombre que la hiciera tan feliz como su mejor amiga se había vuelto al casarse con el Duque de Romney.

Sin mencionar a todas las otras hermanas Woodville que se habían casado con hombres que las amaban.

Pero por supuesto, ellas tenían algo que Paris no.

Dinero.

Y Lord Astoridge consideraba apropiado casarse con mujeres que tuvieran mucho, aunque él no necesitara fondos. Todo para asegurar que los Astoridge siguieran siendo prósperos y ricos.

Cómo deseaba reprenderlo más por permitir que tal tragedia ocurriera en sus vidas. Al genuino afecto que había existido entre ellos.

—Disgustada probablemente no sea el término correcto para describir lo que siento por vos ahora, milord. Debo admitir que ya no siento nada por vos —mintió, sabiendo que la declaración era falsa. Que lo llevaran los demonios. Aún, después de todos estos años, su cuerpo luchaba contra su mente, saboreaba la visión de él nuevamente, recordando su única noche pecaminosa—. De hecho —continuó—, en el momento en que os vi en el baile, tuve un abrumador deseo de que os echaran. Pero —suspiró, diciendo medias verdades—, este baile lo organiza mi amiga favorita, la Duquesa de Romney, y siento que le debo mi mejor comportamiento. Creo que he logrado ser bastante cortés hasta ahora.

Él asintió, aclarándose la garganta. —Fuimos amigos una vez antes de que enredáramos esa conexión con charlas de matrimonio. ¿No podemos volver a serlo? Nunca deseé que nuestra facilidad de conversación, nuestra capacidad de reír y disfrutar de la compañía del otro terminara. Debéis saberlo.

Ella apuró su vino y lo terminó. —¿Amigos, milord? Creo que el tiempo para tal compañerismo ha terminado. Y si no podéis recordar cuándo desapareció cualquier afecto que tuviera por vos, os lo recordaré. —Se tocó la barbilla, pensando en el peor día de su vida—. Que fuimos íntimos antes de que me dijerais tan crudamente que no era digna de vuestra mano días

después. En la biblioteca de Romney, en esta misma casa si necesitáis que os lo recuerde —dijo, observándolo y disfrutando del rubor que se extendió por sus mejillas—. Pero os deseo éxito en la búsqueda de esposa. Tened en cuenta mis sugerencias. No encontraréis mejores —dijo, alejándose, incapaz de ocultar la sonrisa burlona de sus labios.

CAPÍTULO TRES

DOMINIC OBSERVÓ CÓMO Lady Hervey levantaba la nariz y se alejaba sin mirar atrás. Pronto la perdió de vista entre el mar de cabezas y maldijo para sus adentros.

—Bueno, eso no pareció salir como lo planeado —dijo Gage a su lado, haciendo una mueca antes de entregarle una copa de vino.

—No, no salió —concordó—. Está enojada conmigo, lo cual es comprensible, supongo, pero pensé que después de cinco años, podríamos ser cordiales el uno con el otro.

Gage asintió con simpatía, pero pareció poco convencido. —Puede que lleve tiempo. No te ha visto en tanto tiempo, y apenas ha salido del luto. Con la muerte del conde, no ha estado en la ciudad por más de un año, y puede que su decoro esté un poco... falto de práctica.

—¿Falto de práctica? —repitió Dominic—. No creo que sea el caso. Sabía muy bien lo que sus palabras significaban y cómo herirme. Sigue enojada, y hay poco que pueda hacer al respecto.

Gage le dio una palmada en el hombro, señalando a todos los invitados frente a ellos. —Socializa, baila, seguramente habrá una joven dama que te convenga aquí, o en muchos otros eventos a los que asistirás en las próximas semanas. A menos que estés pensando en hacer de la viuda Hervey tu nueva vizcondesa —preguntó Gage, clavándole la mirada.

El estómago de Dominic se contrajo ante la idea. Le gustaba la idea de que Paris fuera su esposa, incluso después de todos los años que estuvieron separados. Una vez fue todo lo que había deseado hasta que su madre le recordó que tenía dos hermanas que casar y cuidar, y que un buen matrimonio para él era primordial para facilitarles buenos enlaces.

Aunque no tenía que preocuparse demasiado, pues sus hermanas apenas estaban llegando a la mayoría de edad. Podría haberse casado con la señorita Smith y asegurado su posición en la sociedad durante cinco años ya, sin afectar su nombre de ninguna manera. Tal vez su contabilidad hubiera sido mejor que la suya, y no se habría encontrado en circunstancias financieras tan difíciles.

La señorita Smith no tiene un céntimo ni conexiones familiares que valgan la pena.

La advertencia de su madre resonó en su mente mientras vislumbraba a Paris entre la multitud de invitados. Hablaba con Lord Spencer. El marqués tenía su misma edad y era tan rico

como Creso.

A diferencia de él.

Un vizconde sin un céntimo.

Apuró su vino, invadido por la vergüenza. Era un fracaso en todos los sentidos. Si la sociedad se enterara de su caída, no habría forma de salvarse a sí mismo ni a la posición de su familia.

Y no podía fallar. Sus hermanas necesitaban casarse, y estaba decidido a que todas se casaran bien.

Algo hipócrita de hacer ya que no había concedido la misma cortesía a la señorita Smith.

—Ella no me aceptaría ahora, aunque quisiera reconciliarme. Le rompí el corazón, y me temo que no me permitirá sanarlo —admitió.

—Entonces te sugiero que empieces a cortejar a una mujer que te agrade —Gage hizo una pausa—. Se te permite cometer errores en el pasado y ser perdonado por ellos. Estoy seguro de que con el tiempo Lady Hervey volverá a ser una conocida amistosa.

Dominic asintió, pero no estaba tan seguro. Paris parecía muy cortante y aún enojada. Sin mencionar que no necesitaba volver a casarse si no lo deseaba.

—¿Tuvo hijos con el conde? —preguntó, bebiendo con la mirada mientras ella hablaba libremente con Lord Spencer.

Gage se aclaró la garganta. —Sí, dos. Una hija en su primer año de matrimonio y luego, dos años después, un hijo.

Dominic apretó los dientes mientras los celos corrían por su sangre. Dos hijos, y uno un heredero para continuar la línea familiar. Dos hijos que podría haber tenido con ella si hubiera sido lo suficientemente fuerte para refutar las exigencias de su madre. Había sido tan joven entonces, recién estrenado en sociedad y con un título. En verdad, no sabía lo que estaba haciendo.

Y ahora iba a cortejar a una mujer, a convertirse en un aprovechado, una sanguijuela que se casaba por dinero. Nada más que su buen nombre mantenía a flote a él y a su familia en la sociedad.

No es que no hubiera familias dispuestas a casar a sus hijas con caballeros titulados sin un céntimo a cambio de que ellas entraran en el mundo de la nobleza y obtuvieran un título.

Pero, ¿cómo podría enfrentarse a Paris si se casara en tales circunstancias? Y la verdad saldría a la luz. La sociedad eventualmente se daría cuenta de su estado de pobreza, y entonces ella lo odiaría aún más.

Porque se había convertido en lo que la condenó a ella. Lo que había declarado tan fríamente era la razón por la que no podía casarse con ella.

Qué canalla había sido al tratar lo que sentían el uno por el otro con tan poco respeto. No la culparía si nunca volvía a hablarle.

No merecía menos.

Paris regresó al lado del Duque y la Duquesa de Romney y exhaló un suspiro de alivio por haber sobrevivido a su primer encuentro con un fantasma de su pasado al que nunca había querido volver a encontrar.

El regreso de Lord Astoridge a Londres significaba una cosa: que iba a buscar esposa y casarse. Después de todos los años que había vivido en el extranjero, le había sorprendido que la noticia de su matrimonio con alguna heredera de una familia bien conectada no hubiera llegado a sus oídos.

Al parecer, no se había casado en absoluto.

Pero, ¿por qué?

Cuando la había rechazado y le había roto el corazón, ¿por qué no había salido y cumplido lo que su familia obviamente quería que hiciera? Pero entonces, este año las hermanas de Lord Astoridge debutarían, así que tal vez por eso había regresado a Inglaterra. Un buen matrimonio para su señoría ayudaría a sus hermanas a hacer un gran enlace.

No es que no lo fueran. Cada una de ellas era una heredera con dinero y un hermano con título. Había poco que codiciaran.

—¿Cómo fue tu conversación con Lord Astoridge? Te vi hablando con él. Parecía que estaban discutiendo muchas cosas —le preguntó la duquesa de Romney.

—Hablamos, pero no fue tan exitoso como creo que él hubiera esperado. Si soy brutalmente honesta, fui menos que agradable, lo cual no es más de lo que se merece.

Millie alzó las cejas, con los ojos muy abiertos. —Bueno, eso es cierto, pero seguramente ya no le guardas rencor. Han pasado cinco años, y te casaste con un hombre al que respetabas —le recordó Millie.

Todo cierto, por supuesto, pero para su vergüenza, no había amado a Lord Hervey. Había sido un matrimonio de reacción ante el dolor de corazón que había sufrido por el rechazo de Astoridge. Un matrimonio provocado por el pánico cercano de que había perdido su período y estaba enferma la mayoría de las mañanas.

No es que Lord Hervey lo hubiera sabido nunca, y por la gracia de Dios, había dado a luz a una hija. Si hubiera tenido un niño, no estaba tan segura de que pudiera permitirle creer que su heredero era de su sangre. Incluso ahora, el pensamiento le revolvía el estómago.

Con el placer de su señoría por casarse con ella, llegó a apreciarlo mucho, una amistad que era fuerte y verdadera. Pero ¿amor? No, nunca lo amó. No como una vez había amado a Lord Astoridge.

Con solo pensar en él, su cuerpo no le pertenecía. Ahora, una mujer más astuta en los caminos del matrimonio y lo que es posible entre un hombre y una mujer, sabía lo que era esa emoción cuando se trataba del hombre que había amado y perdido.

Deseo.

Había deseado a Astoridge, había ardido por él, y aunque en ese momento no hubiera sabido lo que significaban esos sentimientos, ahora lo sabía.

Lord Hervey la había amado bien, y ella había disfrutado sus momentos íntimos juntos.

Pero pensar en lo que podría haber tenido con Astoridge, conociendo esa adoración y pasión, ese caleidoscopio de sentimientos que la bombardearían, hacía que su piel se erizara de conciencia incluso ahora.

Sería una explosión de emociones.

—Lord Hervey, que Dios lo tenga en su gloria, era un buen hombre y un padre maravilloso, y siempre lo extrañaré. Y estoy más que contenta de vivir el resto de mis días como viuda criando a mi joven conde para que asuma el papel de su padre y a mi hija para que se convierta en una encantadora joven. Lord Astoridge no necesita perder su tiempo conmigo, ya que no estoy buscando otro marido.

—Estoy segura de que no estaba a punto de proponerte matrimonio, Paris. Simplemente quería renovar vuestra amistad, estoy segura —sugirió Millie, sonriendo.

Paris se encogió de hombros, queriendo asegurarse de que nadie malinterpretara nada. —Aun así, creo que es mejor que no haya malentendidos desde el primer reencuentro, como el que acabamos de tener. No quiero que piense que hay una posibilidad entre nosotros cuando no la hay. No estoy segura de que siquiera me agrade el hombre. Hay mucho en qué pensar.

Millie asintió. —Creo que siempre has albergado arrepentimiento por lo que pasó entre vosotros, y no te permitiré mentirte a ti misma ni a mí. Que él esté aquí podría ser algo afortunado, Paris. Podrías casarte con él. Ahora eres lo suficientemente rica como para ser adecuada.

Y ese era el problema. Ella no quería casarse simplemente porque ahora tenía dinero o porque serlo la hacía adecuada. Su igual. Lord Hervey no se casó con ella por un estatus tan voluble y sin valor. Se casó con ella porque quería, porque la apreciaba y la amaba.

Lord Astoridge solo amaba su bolsillo.

—¿Pero es él lo suficientemente rico para mí? No creo que sus valores morales estén al nivel que requiero para casarme con él. Me rompió el corazón porque no tenía dote. No me casaré con él porque ahora la tenga.

—Paris —dijo Millie consoladoramente—. No quise ofenderte. Solo quiero decir que estos hombres de influencia y de grandes familias con títulos que se remontan a cientos de años son criados para pensar solo en la familia y en lo que es mejor para ellos, cómo mantener el hogar, si quieres. Debes reconocer que ahora estás pensando en esas cosas con el joven Lord Hervey. Planeas y te preparas para cuando alcance la mayoría de edad para que su patrimonio esté en las mejores condiciones posibles. Lord Astoridge habría sido criado de la misma manera. Casarse con mujeres como nosotras, mujeres de familias que tienen relaciones muy distantes o ninguna con la nobleza, es un riesgo. Sabes que pensarás lo mismo cuando sea el momento de que Lord Hervey se case. Investigarás a su novia y te asegurarás de que sea adecuada para él. No estoy segura de que podamos juzgar a Lord Astoridge con tanta dureza por hacer lo mismo. Tiene dos hermanas de las que cuidar.

La decepción y la molestia la recorrieron ante las palabras de su amiga. —¿De qué lado estás, Millie? No tenía que cortejarme. No tenía que hacerme creer que tenía la oportunidad de ganar su corazón, lo cual, debo recordarte, hizo. —Negó con la cabeza, mordiéndose el labio para detener las lágrimas que siempre llenaban sus ojos al recordar ese horrible día en la biblioteca de Romney—. Actuaba como si yo fuera su sol y su aire, y luego, de la noche a la mañana, no fui más que un capricho pasajero. No lo perdonaré, ni permitiré que mi hijo trate a ninguna mujer con tal falta de respeto, y espero que tú tampoco lo hagas —dijo, girando sobre sus talones y marchándose. No podía escuchar otra palabra sobre Lord Astoridge y sus pobres elecciones que no eran suyas.

Eran suyas, y ahora tenía que enfrentar las repercusiones de esa decisión, aunque fuera verla en cada evento y fiesta y ser testigo de todo lo que había perdido y no recuperaría jamás.

CAPÍTULO CUATRO

LA NOCHE SIGUIENTE, Dominic se dirigió al Teatro Real para asistir a una ópera. Hacía años que nadie había utilizado el palco familiar, ya que su madre prefería quedarse en el campo cuando él vivía en París y no asistía a la temporada social.

Sin embargo, ella estaba aquí esta noche, habiendo viajado desde Surrey para presentar a sus hermanas en sociedad y disfrutar de la temporada de 1814.

Entró en el palco, y su madre y sus dos hermanas lo recibieron con cálidos abrazos y besos en las mejillas.

—Mi querido hijo, estoy tan feliz de verte. Te eché de menos en la cena, pero Malcolm me dijo que vendrías a la ópera después de visitar tu club, y me alegro de que estemos aquí juntos —dijo ella, observándolo por un momento antes de ir a tomar asiento.

—Buenas noches, Dom —dijo su hermana menor, aunque la mayor de las gemelas, con un brillo travieso en los ojos antes de besarle también las mejillas—. Espero que esta ópera no sea tan aburrida como nuestra reverencia a la reina esta tarde.

—Oh, cállate, Anwen —dijo Kate con un suspiro, haciendo una reverencia ante él como si fuera un rey. Él puso los ojos en blanco, preguntándose cómo había conseguido dos hermanas tan decididas y, a veces, tan tontas—. Sabes tan bien como yo que todo lo que nos hacen hacer durante la temporada será un aburrimiento.

Dominic se rió, haciendo un gesto a sus hermanas para que tomaran asiento.

—Por favor, sentaos e intentad comportaros esta noche. Debéis causar una buena impresión si queréis casaros bien —sugirió. Necesitaba que hicieran buenos matrimonios, aunque solo fuera para que no se quedaran solteronas por falta de dote.

Su palco en el lateral del teatro ofrecía una generosa vista del escenario y de los otros palcos circundantes que ocupaba la alta sociedad. Miró a cada una de sus hermanas y a su madre, deseando poder compartir la carga que ensombrecía cada uno de sus pensamientos.

Si tan solo pudiera casarse con una mujer con una generosa dote, su familia nunca tendría que vender privilegios como el palco en el que ahora se sentaban o la fina ropa que vestían.

La familia Astoridge había tenido un palco en el Teatro Real durante varias décadas. Sería un escándalo monstruoso si se vieran obligados a dejarlo.

—Estoy deseando que llegue mañana para el debut de tus hermanas. Por supuesto, habría sido una bendición que ya estuvieras casado para que tu nueva esposa pudiera ayudar a presentarlas. Qué divertido será este año. Todos juntos de nuevo —dijo, estirándose para tomar su mano—. Te hemos echado de menos mientras estabas en Francia.

Él encontró su mirada, viendo que era sincera en sus palabras.

—¿No te interesa saber cómo está tu hogar ancestral en Francia? —le preguntó. También era el hogar de su infancia, hasta que se casó con el difunto vizconde Astoridge y se mudó permanentemente a Inglaterra.

Su madre abrió su abanico y lo agitó frente a ella.

—Imagino que está igual que cuando lo dejé. No sé por qué estabas tan empeñado en vivir allí todo ese tiempo. Pero supongo que hay tantas herederas francesas como inglesas, y solo quiero lo mejor para mi hijo —dijo, recordándole una vez más que estaba decidida a que se casara con una mujer de medios.

—Todo a su tiempo, mamá —dijo él, esperando que ese fuera el final de esa conversación en particular.

Su madre había insistido en que se desligara de la señorita Smith. Que la enviara de vuelta al pueblo de Grafton de donde venía. No era tan fácil hacerlo cuando se había acostado con Paris. La vergüenza lo invadió al pensar que había caído tan bajo como para arrebatarle la inocencia y luego descartarla como si fuera un desecho.

Su madre observaba los otros palcos, sonriendo y asintiendo en reconocimiento a los que conocía. Él la observaba, sabiendo que pronto su atención recaería en el palco de la condesa de Hervey, y tenía curiosidad por ver si Paris recibía alguna cortesía de su progenitora.

—Veo que Lady Hervey está aquí esta noche. Apenas ha pasado un año desde que falleció su marido y ya está de vuelta en Londres buscando otro. Espero que no pienses en renovar viejas amistades. Podemos aspirar a algo mejor que una mujer de quien sabe dónde —dijo su madre, sus amargas palabras sin perder nada de su frialdad.

Dominic luchó por no poner los ojos en blanco. Su madre debería estar agradecida por cualquiera que buscara su mano. Si solo conociera su situación, no sería tan exigente.

—El período de luto de Lady Hervey ha terminado, y es más que bienvenida de vuelta a la sociedad, como es su derecho. No puedes seguir albergando hostilidad hacia su señoría. Ya no es una señorita de campo sin dote, mamá. Es una viuda joven, rica y con título, y tiene un hijo para asegurar el condado de Hervey. Paris está muy bien situada —mencionó, mirando hacia el palco de Paris y observándola mientras reía y hablaba con el duque y la duquesa de Romney.

Esta noche era la viva imagen de la elegancia y la belleza. Su vestido de estilo imperio de seda verde brillante hacía que sus ojos resplandecieran, y su cabello color fresa destacaba entre todos los demás que se disponían a disfrutar de la ópera.

—Ningún hijo primogénito del linaje del vizcondado de Astoridge se ha casado con una mujer de la nada en los varios cientos de años que llevamos ostentando nuestro título. La señorita

Smith puede disfrazarse de condesa, pero es tan común como mi modista. Por favor, no hables más de ella. Solo molesta a tu madre —dijo.

Dominic dejó de escuchar los desvaríos de su madre. Se casaría con quien quisiera y no se dejaría persuadir de lo contrario nunca más. Incluso si quisiera casarse con alguien que no fuera Paris, lo haría y que se condenara lo que pensara su madre. El tiempo de ser exigente había terminado y lo había hecho desde que perdió todo su dinero.

¿Cómo pudo haber sido tan tonto?

Había huido de Londres en el momento en que había herido el corazón de Paris, sabiendo que si se hubiera quedado, se habría derrumbado y le habría suplicado perdón. Se había emborrachado hasta perder el conocimiento y se había lanzado a una vida de ignorancia. Tomó riesgos que de otro modo no habría tomado.

No es que culpaba a Paris por el mal manejo de sus fondos o su estilo de vida. Nada de esto era culpa de ella. Él era un canalla, el asesino de corazones y sentimientos.

Si tan solo pudiera retroceder el tiempo, lo haría.

Pero ahora, para salvar a su familia y asegurar la supervivencia de todos sus inquilinos y personal, tenía que hacer un buen matrimonio.

Excepto que incluso ahora, todas las demás palidecían en comparación con Paris.

Ella miró al otro lado del teatro, y sus ojos se encontraron, se mantuvieron fijos. El estómago se le encogió y el corazón se le detuvo. Esos ojos impactantes, sus labios y el contorno de sus pechos hicieron que el anhelo lo atravesara. Aún la deseaba, y ese era el problema.

¿Cómo ganaría su corazón cuando ella estaba decidida a negarlo? ¿Cómo podría convencerla de que sus afectos eran sinceros y no motivados por sus dificultades financieras?

Una tarea imposible quizás, pero una que estaba dispuesto a emprender, incluso si el costo fuera su orgullo o la cordura de su madre.

Paris observó cómo la atención de Dominic se desviaba de ella cuando una joven que no había visto antes se inclinó y le habló. Había dos mujeres presentes que no había visto antes, sentadas en el palco con el vizconde. ¿Serían sus hermanas en la ciudad para la temporada?

Su madre, una mujer que nunca había ocultado su desagrado por Paris, se volvió y saludó a Lady Esme Smithers, quien también parecía estar acompañando a su señoría en la ópera. La sorpresa de Dominic ante su presencia era reveladora, y ella se rió para sí misma, sabiendo muy bien lo que la vizcondesa viuda de Astoridge tramaba.

La pobre Lady Smithers parecía condenada a intentar cortejar a hombres que habían cortejado a Paris. ¿Estaría la mujer tratando de superarla haciendo saber su interés a Dominic?

No es que no fuera perfecta para el vizconde, considerando que era una heredera y su padre era dueño de la mitad de Kent.

El pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca.

—Lord Astoridge está aquí con sus hermanas y Lady Esme. Solo puede significar una cosa —dijo Millie, alzando las cejas y volviéndose para observar a su señoría.

—¿Y qué es eso? —preguntó Paris, sin querer hablar de su señoría en absoluto. No realmente. Hacerlo solo la hacía sentir miserable y recordar cómo la había usado tan cruelmente y le había roto el corazón.

—Que está buscando esposa. —Millie la miró a los ojos, y Paris supo lo que su amiga creía. Que ella debería dar un paso adelante e intentar ganar su corazón de nuevo.

No lo haría. El hombre no merecía perdón por algo imperdonable. La había llevado en un alegre baile hace cinco años, y ella no lo había perdonado. Ni lo haría nunca.

—Bueno, parece que Lady Esme ciertamente le está haciendo saber, si sus delicadas risitas y pestaños son alguna indicación, que está dispuesta a ser la próxima vizcondesa de Astoridge.

—No puedes ver posiblemente sus pestaños, Paris —dijo Millie, riendo de sus palabras—. Estamos demasiado lejos.

Paris se encogió de hombros pero continuó observando el palco de Astoridge y lo que sucedía dentro. —Bueno, una puede suponer.

Lady Esme se sentó junto a Lord Astoridge mientras su hermana se movía para sentarse en otro lugar del palco. —Sus hermanas son muy hermosas —logró decir Paris, entrecerrando los ojos hacia él. La ira ardiente, mezclada con el dolor que siempre estaba presente, burbujeaba dentro de ella.

Como si la sintiera, él miró a través de la sala. Sus ojos se encontraron, se mantuvieron fijos por segunda vez. La determinación, el hambre en sus ojos oscuros conjuraron una necesidad dentro de ella que había negado durante mucho tiempo.

Paris luchó contra el nudo en su estómago, negándose a permitirse sentir nada por el hombre excepto desprecio. Por muy apuesto que fuera con su abrigo de superfino, sus anchos hombros y un rostro que haría llorar a hombres más débiles, no caería a sus pies por segunda vez.

—Ciertamente te está observando mucho, Paris. Incluso con la distracción de Lady Esme a su lado. No la está mirando a ella a pesar de todo su parloteo e intentos de llamar su atención.

El personal del teatro apagó las velas, y ella dirigió su atención a la ópera y tomó una profunda y reconfortante respiración. No lo miraría de nuevo. No esta noche ni nunca si podía evitarlo. Él podría observarla todo lo que quisiera. —No me importa. No necesito su nombre ni su dinero. Soy una condesa, y puede irse al diablo por lo que a mí respecta.

CAPÍTULO CINCO

DOMINIC ESTABA DECIDIDO A HABLAR con Paris esa noche. Incluso si ella seguía ignorando su presencia y observando la ópera sin el menor indicio de conciencia de lo que ocurría a su alrededor.

¿Acaso lo hacía a propósito? ¿Lo castigaba fingiendo que no existía?

La charla insustancial de Lady Esme a su lado, cada vez que podía meter baza entre su madre y sus hermanas, se volvía tediosa, y su mente divagaba.

Volvió a mirar hacia donde estaban sentadas Paris y la duquesa, y notó que durante el intermedio de la ópera su palco estaba lleno de amigos visitantes, algunos hermanos de la duquesa, todos ellos del mismo pueblo de Grafton.

El arrepentimiento lo atravesó al darse cuenta de que no formaba parte de ese mundo. No realmente. Había estado ausente durante tanto tiempo, y aunque Lupton-Gage era un amigo cercano, era el único.

Su elección hace cinco años aseguró que se agruparan alrededor de Paris, y se alegraba de que ella tuviera ese apoyo después de que él rechazara su matrimonio, pero eso no cambiaba lo que quería ahora.

Paris...

—Lady Hervey es una mujer hermosa, ¿no es así? —dijo Lady Esme, atrayendo su atención de vuelta hacia ella. Se aclaró la garganta, sin haber esperado tal cumplido de su parte. Paris a menudo había hablado del desagrado que Lady Esme sentía por ella durante su presentación en sociedad, y no pudo evitar preguntarse qué travesura estaba tramando.

—Hay muchas mujeres hermosas en la ópera esta noche, incluida usted —añadió, queriendo halagar a la joven a su lado. A pesar de toda su belleza y riqueza, sentía muy poco por la muchacha. Tal vez era por lo que sabía de ella a través de Paris, o simplemente porque quería a otra persona.

La mujer a la que había echado a un lado y de cuya decisión se había arrepentido desde entonces.

—Tengo entendido que ha vuelto recientemente a la ciudad después de la muerte de su esposo, el conde. Aunque no recuerdo mucho de Lord Hervey —continuó Lady Esme—, escuché

que fue un matrimonio por amor y que fueron muy felices. Me compadezco de Lady Hervey. Estoy segura de que lo echa mucho de menos.

Dominic casi se atragantó con su vino. Miró a Lady Esme para ver si hablaba en serio y no había ni un atisbo de rubor en sus mejillas ante su descarada mentira. La mujer conocía y había codiciado a Lord Hervey. No lo recordaba, desde luego.

Pero entonces hizo una buena observación. ¿Acaso Paris amaba y echaba de menos a su marido? ¿Se había convertido en un matrimonio por amor? El pensamiento le hizo subir la bilis a la garganta, y tragó con dificultad.

¿Cómo pudo haberla dejado ir?

¿Cómo diablos iba a recuperarla cuando ella no quería saber nada de él? Estaba prácticamente arruinado financieramente. Sacudió la cabeza, sin saber qué podía hacer sin parecer un pordiosero.

—Si me disculpan. Será mejor que haga una ronda de saludos, ya que yo también he estado ausente de Londres por algún tiempo —dijo, excusándose.

Para asegurarse de no parecer demasiado interesado en Paris, visitó varios palcos en su camino hacia donde ella estaba sentada para la velada. La conversación con aquellos a quienes visitó primero fue trivial y de poca importancia, como lo era gran parte de lo que hablaba en estos días. La misma cháchara dentro de la alta sociedad era a menudo autocomplaciente y aburrida en el mejor de los casos.

Con el tiempo llegó al palco de la duquesa y la condesa, y afortunadamente, se había despejado un poco, permitiéndole hablar con ella.

—Buenas noches, Su Gracia, Lady Hervey —dijo, haciendo una reverencia a ambas.

La duquesa le sonrió. —Bienvenido, Lord Astoridge. Han pasado algunos años desde la última vez que lo vi. ¿Cómo está disfrutando de la temporada? —le preguntó, siempre cortés y acogedora.

—Muy bien, gracias —dijo, moviéndose hacia donde estaba sentada Paris. Ella observaba con una inquietante quietud que le hizo sentir un nudo en el estómago—. Lady Hervey, ¿está disfrutando de la ópera? —le preguntó, tomando asiento a su lado.

Ella sorbió su vino, entrecerrando los ojos hacia él. —¿Por qué está aquí, Lord Astoridge? No puede seguir pensando que podemos ser amigos después de todo lo que ha pasado entre nosotros —susurró para que solo él pudiera oírla.

Él se volvió para mirarla de frente, odiando que ella lo detestara tanto. Que le resultara tan desagradable. No es que no mereciera su ira. —Lo siento, Paris. No sé qué más decirte aparte de que lamento profundamente haberte herido, pero ¿no podemos ser amigos de nuevo? Solíamos compartir todas nuestras confidencias. Quiero eso de nuevo contigo —admitió.

Ella se rio, pero el sonido no contenía ninguna diversión. —¿Amigos? —Se inclinó hacia él, sus pechos presionando contra su corpiño de seda, y él luchó por no mirar sus exuberantes curvas—. Nunca fuimos amigos. Sabías que te amaba, creí que tú me amabas, lo cual me permitiste

creer, y sin embargo, de manera tan cruel y sin sentimientos, me rechazaste por ser común. No creo que haya un camino a seguir desde aquí. —Hizo un gesto hacia su palco, con una sonrisa conocedora en sus labios besables—. Lady Esme es más adecuada para ti. Es una heredera, justo lo que buscas, ¿no es así? Hay que mantener a mamá contenta. —Su pulla le dio en medio del pecho.

—¿Y si no quiero nada de ti? ¿Y si te propusiera otro tipo de asociación o amistad, si quieres? —se oyó decir.

Ella arqueó las cejas. —¿En serio? ¿Y qué propones? Soy toda oídos, milord.

—No creo que debamos discutirlo aquí. ¿No hay ningún lugar donde podamos estar a solas un minuto o dos? —Miró alrededor del palco, notando que la duquesa se había movido a otro cercano y hablaba animadamente con amigos.

Paris hizo lo mismo antes de negar con la cabeza. —No lo creo, y estamos solos por ahora. Si deseas decirme algo, será mejor que lo hagas ya.

De dónde salieron las siguientes palabras, Dominic nunca lo sabría, pero lo que sí sabía era que tenía que decir algo. Hacer algo para que ella volviera a estar cerca de él. Si tan solo pudiera recuperar su amistad, quizás podría conducir a lo que una vez compartieron, lo que él había roto cinco años atrás.

—Eres una viuda con un heredero. Tu posición en la sociedad está asegurada. Pensé que, ya que no deseas casarte, eso no significa que no considerarías otros beneficios que un caballero podría ofrecerte —Dominic se estremeció internamente al sugerir lo que estaba a punto de decir, pero aun así, su vergüenza no detendría lo que iba a pedir. La deseaba, solo a ella, y haría cualquier cosa, sería cualquier cosa que ella quisiera si eso significaba obtener lo que él quería.

—¿Otros beneficios, milord? —Inclinó la cabeza, estudiándolo—. ¿Qué demonios podrías estar sugiriendo con eso?

Se inclinó aún más cerca para asegurar la privacidad. —Estoy sugiriendo que nos convirtamos en amantes. Yo satisfago tu anhelo mientras tú satisfaces el mío, por así decirlo.

—¿Tengo un anhelo? —preguntó ella—. ¿Cómo lo sabrías? Solo estuvimos juntos una vez, y no recuerdo que fuera algo tan sustancial como para desear hacerlo de nuevo.

Se aclaró la garganta, esperando que eso no fuera cierto y que fuera simplemente otra ráfaga de palabras para desarmarlo. —No lo sé con certeza, pero por nuestros intercambios pasados, siempre pensé que me deseabas mucho antes de quererme como tu esposo. No creo que eso haya cambiado, sin importar cuán enfadada estés conmigo todavía.

—Hmm —dijo ella—. Estoy enfadada contigo. Eso es cierto. Actuaste pecaminosamente conmigo, pero tu sugerencia me intriga... —Se mordió el labio, deslizándolo entre sus dientes, y el calor le recorrió la columna. Había olvidado cuánto lo tentaba Paris durante su primera temporada. Sus besos habían sido fuego. Su única noche fue un encuentro con el que aún soñaba. Cómo había tomado la decisión que tomó, nunca lo entendería. Qué bastardo había sido.

—Disfrutaba de las atenciones de mi esposo, y es un elemento del matrimonio que echo de

menos —admitió ella.

Él apretó los dientes, apartando lo que se conjuraba en su mente ante sus palabras. No se detendría en con quién había estado, a quién había disfrutado. Ella estaba aquí ahora, frente a él, y contemplando su oferta. —Entonces úsame, Paris. Está conmigo —le suplicó—. Fóllame cuando quieras.

Sus mejillas ardieron aún más ante sus palabras, pero su estómago se retorció en deliciosos nudos ante la idea de estar con Dominic. Para su vergüenza y por muy enfadada que hubiera estado con él durante años, eso no cambiaba el hecho de que aún lo deseaba de esta manera.

Su idea la intrigaba. Él estaría bajo su control, su poder, y ella podría jugar con él tan bien como él había jugado con ella. Sabía cuál sería su objetivo. Seducirla para hacerla pensar que aún lo amaba y quería casarse con él de nuevo. No lo haría.

Podía ser tan insensible y fría como él lo había sido aquella tarde en la biblioteca de Romney y tomar lo que quería y dejarlo deseando más. Con el tiempo se alejaría de él, desperdiciando muchas semanas que él podría haber cortejado a otra sin ninguna satisfacción de su parte, no en cuanto al matrimonio en todo caso.

Ahora tenía sus propias propiedades, una casa en Londres y un hijo que aseguraba la línea Hervey. Sus hijos eran felices y saludables en su finca de campo, y no habría ninguna posibilidad de que él conociera a su hija Maya. Si lo hiciera, con una sola mirada sabría por qué ella no lo perdonaría.

Pero no había razón por la que no pudiera disfrutar un poco del único hombre que la hacía arder con el mero pensamiento de que la tocara. Castigarlo tomando lo que ella quería, obteniendo satisfacción y dejándolo sin nada.

—Eres muy directo con tu sugerencia, milord. Asumo por tu confianza que crees que eres más que capaz para el puesto de mi amante.

Él miró hacia el escenario mientras el personal del teatro apagaba las luces en los palcos para el segundo acto. —Soy más que capaz de hacerte disfrutar conmigo. —Se volvió y encontró su mirada, y la determinación que leyó en sus ojos hambrientos la dejó sin aliento—. Déjame hacer que tu temporada sea agradable. Es lo menos que puedo hacer. —Tomó su mano enguantada y la besó, mirándola a los ojos mientras lo hacía.

Paris tragó saliva y se encontró asintiendo. —Muy bien, milord. Aceptaré tu oferta, y veremos si de verdad aprendiste algo sobre los deportes de cama mientras estabas en el extranjero.

Él sonrió y le recordó la vena traviesa que una vez conoció. —No te arrepentirás. Me aseguraré de ello. —Se puso de pie—. Que tengas una agradable velada —dijo y se fue.

Paris controló sus facciones, segura de que la noche era tanto agradable como muy sorprendente. Un giro de los acontecimientos que no había esperado, pero que ahora esperaba con más entusiasmo del que debería.

Cuidado, Paris. No pierdas tu corazón de nuevo.

Descartó el pensamiento, decidida a no fallar. Ser íntima no significaba que uno tuviera que perder el corazón. Tendría cuidado de guardar sus emociones. Solo era sexo, después de todo, y ya no era la chica ingenua que una vez fue, y ahora Lord Astoridge descubriría cuán cierto era eso.

CAPÍTULO

SEIS

LA NOCHE SIGUIENTE, Dominic arrastró a Paris a un vals tan pronto como comenzó a sonar uno. Necesitaba tenerla en sus brazos, y ahora. Habían pasado años desde que había estado tan cerca de ella, desde que había sentido sus curvas femeninas y respirado el delicioso aroma a lirios que siempre lo embriagaba cuando ella estaba cerca.

Y ahora había conseguido su consentimiento para ser su amante. La deseaba, y pronto. Su cuerpo dolía por la necesidad de estar con ella, de tenerla en sus brazos, suya para darle placer y disfrutar. La idea de que ella le hablara, de que aceptara su sugerencia, le había dejado un intenso dolor en la ingle que no se había disipado, ni siquiera cuando se había dado placer a sí mismo.

—Pareces muy complacido contigo mismo, milord —dijo ella, mirándolo mientras los guiaba por la pista de baile.

Él sonrió y se embebió de su belleza. Esa noche llevaba una abundancia de diamantes en el cabello que captaban la luz de las velas mientras bailaban, haciéndola parecer una joya resplandeciente.

Su joya que estaba decidido a ganar de nuevo.

Sin mencionar que su vestido de tul cobrizo brillaba y abrazaba su forma femenina, dejando muy poco a la imaginación sobre lo que había debajo.

Quería poner sus manos sobre su cuerpo, honrarlo y amarlo como ella merecía. Quería oírla gritar su nombre mientras la hacía llegar al clímax.

—Vuelves a hablarme. ¿Qué motivo hay para no estar feliz? —bromeó—. No es ningún secreto que detrás de toda la elegancia y los títulos solo hay dos personas que se atraen mutuamente. Aunque puede que no seamos tan cercanos como antes, estoy deseando seducirte —susurró.

Sus labios se crisparon antes de que un ligero encogimiento de hombros la elevara. —Estás muy seguro de ti mismo, milord. Espero que no me decepciones.

—No lo haré, ni lo hice la última vez, por mucho que digas lo contrario. Te lo prometo —dijo, haciéndolos girar antes de subir por el otro lado de la pista de baile.

—Hay una estipulación que requiero antes de que comencemos nuestro romance ilícito —declaró ella.

Él observó sus labios, y el calor le recorrió la espalda. Quería besarla, aquí, ahora. —Lo que sea —dijo, dispuesto a hacer cualquier cosa que ella deseara, con tal de poder saborearla pronto.

—No habrá besos entre nosotros durante nuestros encuentros.

Dominic tropezó en el baile. —Disculpas —dijo, recuperando rápidamente el equilibrio—. Anhele besarte, Paris. ¿Por qué no podemos hacerlo? —Luchó por ocultar la decepción y el anhelo en su tono, pero fracasó miserablemente.

—Es demasiado íntimo, creo. No quiero que pienses en un interludio más de lo que es. Una forma de que ambos disfrutemos el uno del otro, de darnos placer mutuamente sin esperar nada más de la situación.

—Quiero besarte —admitió—. He querido besarte desde el primer momento en que te vi de nuevo hace unos días.

Ella negó con la cabeza, desviando su atención de él. —Es demasiado personal. El trato se cancela si no puedes aceptar esto.

—Te prometo no enamorarme de ti aunque lo hagamos —bromeó, esperando hacerla cambiar de opinión. ¿Cómo podría hacerle el amor, llevarla a las cumbres del placer, y no besar sus dulces labios?—. Por favor, no me niegues esto —suplicó vergonzosamente.

—Si no aceptas lo que quiero, no habrá nada más entre nosotros, Lord Astoridge. ¿Estás de acuerdo o no? —le exigió, su determinación fácil de leer en sus ojos.

Suspiró, sabiendo que quedaba poco por decir, aunque eso no le impediría intentar hacerla cambiar de opinión. Con el tiempo, quizás la persuadiría para que lo besara. —Muy bien, acepto lo que deseas, pero puedo besarte en cualquier otro lugar. ¿Estarás de acuerdo con eso?

—Por supuesto. Estoy ansiosa por ver dónde crees que me gustará ser besada.

Su miembro se endureció, y gimió internamente al pensar en dónde quería besar, lamer y llevarla al orgasmo. —Se me ocurren algunos lugares. No estoy seguro de que los conozcas, pero me gustaría mostrártelos.

Ella se rió, sus ojos brillando de diversión. —Oh, Lord Astoridge, no hay nada que puedas hacerme que no se haya hecho ya. Lord Hervey era un hombre apasionado, y disfruté de mis juegos de alcoba con él, ya que estamos siendo tan directos el uno con el otro.

—La idea de que seas íntima con alguien me hiela la sangre. No me gusta que lo menciones.

—¿De verdad? —dijo ella, con sorpresa cruzando su hermoso rostro—. Bueno, quizás deberías haber pensado en eso antes de abandonarme por una heredera que... —Frunció el ceño, mirando alrededor—. Aún no te he visto casado. ¿Hay alguna razón por la que no lo hayas hecho? No me digas que has estado sufriendo por mí todos estos años, porque no lo creería. Sé que tu reputación era tan desenfrenada y disoluta en Francia como lo era aquí antes de cortejarme. ¿Cómo es que nunca te casaste?

Dominic no estaba seguro de por qué no lo había hecho. No es que no hubiera tenido varias oportunidades en la sociedad parisina de cortejar y casarse con una joven elegible que hubiera cumplido con sus estipulaciones y los elevados ideales de su madre. Pero cada vez que estuvo

cerca de proponer matrimonio, el rostro de Paris revoloteaba en su mente, burlándose de él como la que había perdido, y las palabras nunca salieron.

—Las damas que cortejé no eran las adecuadas. No al final. Siempre faltaba algo que no podía encontrar, por mucho que intentara obligarme a pronunciar las palabras que debía.

—Entonces las compadezco. Espero que no las hayas llevado en un alegre baile como hiciste conmigo. Eso sería cruel e injusto, y no deseo oír que alguien más sufra por tus altivos ideales.

—Nunca corteé a nadie de la manera en que te perseguí a ti. Bailé y cené, incluso asistí a varias cenas en París a lo largo de los años, pero nunca sobrepasé los límites de la propiedad como lo hice contigo.

Paris encontró su mirada y pudo ver que era sincero, y aun así, una parte de ella quería herirlo. Atormentar su conciencia por la forma implacable en que la persiguió hasta que dejó de hacerlo. Que había sido como un hermoso día de verano en un minuto y una lluvia fría y empapadora al siguiente.

Tan cambiante. Tan hiriente en sus formas inquebrantables.

—Y, sin embargo, en realidad, nunca me hiciste nada que la sociedad no aprobara. Ellos no saben que te tomaste libertades que no debías, o que yo las permití. Te fuiste, y me casé con otro. No hubo daño alguno. ¿No es así? Fuiste un caballero en todos los aspectos externos posibles, pero cuando estábamos a solas, la forma en que hablabas me daba esperanzas. La manera en que me tocabas me decía que me querías como tu esposa. Espero que no hayas hecho lo mismo en el extranjero con más mujeres inocentes y ingenuas —Paris quería que sintiera que ella estaba cuestionando su moral, como era su derecho. Él la había arruinado y la había dejado a su suerte. Aunque no había sabido que su única noche juntos la había dejado embarazada, ella sí lo sabía, y él pagaría por el daño que le había causado.

—Nunca hice tal cosa. No con ninguna de las jóvenes damas, te lo prometo —declaró él.

Sus palabras hicieron que una calidez se asentara donde ella se había acostumbrado tanto al frío y la indiferencia. Se alegraba de que no se hubiera revolcado por toda Francia, pero entonces, tampoco debería importarle.

—Si vamos a involucrarnos en algo entre nosotros, habrá reglas que deberán obedecerse. No solo no habrá besos, sino que tampoco pasaremos la noche juntos. Debes irte, y yo también cuando nos hayamos involucrado en nuestros respectivos hogares. No debemos involucrarnos en nada en bailes y fiestas más allá de danzas como esta. Y debes cortejar y encontrar a una mujer que te convenga como esposa. No quiero interponerme en tu camino para que encuentres a alguien con quien casarte —Con él cortejando a otra, evitaría caer rendida a sus pies una vez más. No besar a Dominic, no enredarse emocionalmente con él, la protegería y sería lo mejor para ambos.

Su tiempo había pasado. Ella se había casado con otro y tenía un hijo maravilloso que continuaría el nombre de su esposo y una hija que llenaba su corazón. Lord Astoridge necesitaba hacer lo mismo con cualquiera que no fuera ella.

—¿Quieres que corteje a otra mientras dormimos juntos? —preguntó él, acercándola más, su gran mano deslizándose por su espalda y haciendo que su piel se erizara de consciencia.

—Sí, eso es lo que deseo. No siento nada por ti, Lord Astoridge. Nada en absoluto. No debes pensar que lo hago simplemente porque esté dispuesta a ser tu amante.

Él la miró fijamente, con la boca abierta antes de cerrarla de golpe. —¿No sientes nada por mí en absoluto? No lo creo, no si vamos a participar en lo que estamos discutiendo, mi lady —argumentó, con un pequeño ceño frunciendo su frente.

—Es lo que es, mi lord. Han pasado cinco años, y han sucedido tantas cosas desde que te fuiste. Por supuesto que no siento nada por ti y deseo que tengas lo que yo tuve con Lord Hervey. No soy completamente insensible, pero no quiero que busques algo entre nosotros cuando nunca habrá ningún apego emocional de mi parte hacia ti de nuevo.

Él se aclaró la garganta, y durante varias vueltas, valsaron por la pista de baile sin hablar. Ella podía ver que estaba reflexionando sobre sus palabras, debatiendo si discutir más si sus labios apretados eran una indicación, pero al final, él suspiró, y ella supo que había ganado esta batalla al menos.

—Muy bien. Estaré de acuerdo con todo lo que dices, pero no puedes impedirme que tenga la esperanza de que con el tiempo pueda recuperar tu confianza y tal vez tu corazón.

Paris sonrió pero negó con la cabeza. —No creo que eso llegue a suceder nunca, mi lord. Si hay algo que ha cambiado en mí en los últimos cinco años es que soy más independiente y obstinada de lo que nunca fui antes. Sé lo que quiero y lo que no quiero, y otro esposo, por todo su valor, no es algo que desee. Estoy contenta con mi vida, de ahí que tome un amante, pero nada más. Fracasarás en tu búsqueda si lo intentas —dijo, viendo solo determinación brillar en su mirada marrón.

—Que comiencen los juegos, mi lady.

Ella se rio. —Si tú lo dices, mi lord.

CAPÍTULO SIETE

LA NOCHE SIGUIENTE, Dominic estaba sentado solo en el salón de cenas del baile de Lord y Lady Smithfield, observando cómo la condesa de Hervey coqueteaba descaradamente con Lord Bankes, un conde de Somerset.

Se llevaba cucharadas de sílabos a la boca, con la atención fija en la condesa mientras ella reía y, de vez en cuando, extendía la mano para tocar el brazo del conde mientras hablaban.

El hecho de que el conde, un hombre cinco años mayor que él, fuera rico y tuviera una abundante y extravagante finca en Somerset solo empeoraba los incesantes nervios que le retorcían el estómago.

Debería unirse a ellos, interponerse entre ambos de alguna manera, pero no lo hizo. Ella no quería que interfiriera en su vida, y él solo tenía que culparse a sí mismo por la frialdad que ella le mostraba en situaciones sociales.

Pero, ¿cuándo podría estar a solas con ella? Su cuerpo ardía por tenerla entre sus brazos. Quería besarla, aunque ella hubiera prohibido tales acciones íntimas, pero estaba seguro de que podría persuadirla de lo contrario. Hacerla cambiar de opinión sobre no involucrarse emocionalmente con él.

¿Cómo podría no hacerlo? ¿Cómo podrían ambos permanecer distantes al ser tan íntimos el uno con el otro?

Ella se estaba engañando a sí misma, aunque él no se lo diría, pero disfrutaría demostrándole que estaba equivocada hasta que admitiera la verdad.

—Parece que estás a punto de cometer un asesinato —dijo Lord Lupton-Gage, sentándose a su lado y mirando en la dirección que él observaba.

—Ah, ya veo lo que ha captado tu atención. —La risa de su amigo irritó los nervios de Dominic, y lo miró con enojo—. ¿Has tenido algún éxito en recuperar su amistad, si no algo más? —le preguntó.

Dominic sabía que era mejor no revelar lo que había acordado con Paris, pero aun así, le habría encantado revelar y debatir qué podría hacer para recuperarla.

Bueno, supuso que podría hacer lo segundo.

—Me temo que será difícil de conquistar —admitió—. Tendré mucho trabajo por delante.

Eso es seguro. Pero también valdrá la pena la espera cuando sea mía una vez más.

Lupton-Gage sonrió a su esposa, que pasaba de regreso al salón de baile con la marquesa de Chilsten. —Descubro que cuando mi esposa se pone terca, debo seducirla para que vea las cosas a mi manera.

Dominic resopló, seguro de que la marquesa de Lupton-Gage no era una mujer fácil de convencer, al igual que la condesa de Hervey. —No des consejos que tú mismo no puedas seguir, Gage.

Su amigo se rio. —Muy bien, puede que tus palabras tengan algo de verdad, pero ¿qué otras opciones tienes?

—La amistad, supongo, aunque la idea de ser solo amigos con Lady Hervey me revuelve el estómago. Me arrepiento de la elección que hice hace cinco años, y desearía poder retractarme, pero no puedo, y ahora temo que no haya futuro, como ella dice. —Sin mencionar que le había mentido y estaba ocultando su difícil situación financiera, que solo podría mantener en secreto por un tiempo limitado. Eventualmente, se sabría que estaba luchando para pagar todo lo que su familia necesitaba para la temporada. Ya tenía un cajón lleno de cuentas sin pagar y promesas a esos proveedores.

—Bueno, si ella no quiere un marido, ¿por qué no buscar en otra parte? No puedes obligar a una mujer a volver a lo que una vez fue. Con el tiempo, las personas cambian —mencionó Gage, con los ojos puestos en su esposa, que estaba junto a Paris y la duquesa de Romney.

—Los sentimientos de Lady Lupton-Gage no parecieron cambiar sin importar cuánto tiempo estuvieron separados.

—No, no lo hicieron —admitió—. Pero no todos son iguales, y por lo que entiendo, Lady Hervey fue feliz en su matrimonio. Tal vez deberías buscar en otra parte, hacer lo que ella dice. Desde mi posición, no parece que ella te quiera de esa manera.

Las palabras de su amigo eran difíciles de tragar, y apuró su vino, observando a Paris mientras Lord Bankes la escoltaba a la pista de baile. Parecía más feliz de lo que él esperaba. No parecía importarle en absoluto que él estuviera allí, mientras que él había estado observando desde lejos y prácticamente suspirando por la mujer.

Tal vez Gage tenía razón. Tal vez debería cortejar a otra y esforzarse por casarse por riqueza. Eso no significaba que no obtendría afecto de la unión.

—Creo que tienes razón. Buscaré cortejar a una mujer que esté de acuerdo con una unión conmigo. —Y si Lady Hervey resulta querer disfrutar de los placeres de la cama con él mientras tanto, tanto mejor. Pero no la perseguiría como un tonto enamorado que no podía sacarla de su mente.

No era una lapa. Era un vizconde, un lord del reino, no un tonto enamorado suspirando por una mujer que no lo quería.

Decidido, se volvió hacia Lord Lupton-Gage. —Me voy entonces. Veo que Lady Esme está de pie junto a su madre y está sola. Iré a hablar con ella, le pediré que baile. Es hora de que me

asiente, y ella será suficiente.

Gage alzó una ceja. —Al menos intenta enamorarte de tu esposa. Hará que la unión sea mucho mejor, créeme —dijo.

Dominic se levantó y se dirigió hacia ella. Ella lo vio y se sonrojó graciosamente. Él hizo una reverencia ante ella y su madre. —Lady Esme, ¿me haría el honor de bailar conmigo? —le preguntó.

Ella miró a su madre antes de regalarle una sonrisa que iluminó su rostro. Era una mujer hermosa con un color de cabello similar al de Lady Hervey, sin mencionar que sus ojos también eran azules. Tragó saliva. Seguramente las similitudes no eran intencionadas de su parte. No era tan tonto como para elegir a la única mujer en Londres que se parecía más a Paris.

—Sería un honor, milord —dijo ella, tomando su mano.

La llevó a la pista para un vals y se sacudió las dudas que lo acosaban. Lady Esme era hermosa, rica y perfectamente adecuada. No importaba que no fuera Paris Smith.

No importaba en absoluto.

Paris no sabía qué le pasaba, pero la vista de Lord Astoridge bailando y jugando al alegre soltero, el lord suave y encantador con Lady Esme, le hacía rechinar los dientes. Sin duda por la dulzura que parecía estar otorgando a la heredera.

¿Estaba siguiendo su consejo y cortejando a otra? Esperaba que así fuera. Era lo mejor, ya que hacía mucho tiempo que debía casarse y tener un heredero. Ella ya había hecho todas esas cosas, y felizmente, no quería estar obligada a otro marido de nuevo.

Ni siquiera el apuesto y pícaro vizconde Astoridge.

Entonces, ¿por qué la visión de su señoría bailando y riendo con Lady Esme la irritaba tanto? Ella era una heredera y le convendría perfectamente en ese sentido, al menos.

—Pareces alterada —dijo Millie a su lado, pasándole una copa de champán—. No pensé que quisieras tener algo que ver con Lord Astoridge.

Paris negó con la cabeza y dio un largo sorbo a su vino.

—No quiero. Eso no ha cambiado, pero supongo que el hecho de que haya regresado y ahora esté cortejando a una heredera me irrita. No entiendo por qué algunos caballeros piensan que ese es el factor más importante en un matrimonio. Lord Hervey no pensaba así.

—El ejemplar Lord Hervey, que en paz descansa, era un caballero especial y te adoraba.

Paris entrecerró los ojos. ¿Acaso las palabras de su amiga significaban que no creía que Lord Astoridge la quisiera tanto como su esposo? Todo cierto, supuso, ya que le resultó tan fácil rechazarla aquella dolorosa tarde.

—Su Gracia, señorita Smith, un baile encantador, ¿no es así? —dijo la vizcondesa viuda Astoridge, uniéndose a ellas y sonriendo hacia la multitud reunida.

Paris oyó a Millie atragantarse con su bebida, y ella miró a la mujer mayor con disgusto. No era lo suficientemente ingenua como para no saber que muchas de las decisiones pasadas de Dominic se habían tomado debido a la intromisión de la matrona trepadora social que tenía a su

lado.

—Lady Astoridge, es un placer verla, pero está equivocada —dijo Millie cuando recuperó el decoro—. Mi buena amiga Lady Hervey no ha sido la señorita Smith desde hace varios años. ¿Ha olvidado que se casó con el conde de Hervey? —le preguntó.

La mujer mayor echó la cabeza hacia atrás y rio como si la duquesa hubiera hecho un comentario gracioso.

—Oh, por supuesto. Se me olvida, ¿sabe? Me disculpo. No ha sido parte de la sociedad durante tanto tiempo. Casi me olvidé de que existía hasta que la vi aquí esta noche. —Los labios de la mujer mayor se tensaron en una línea de disgusto—. La misma noche y baile al que asiste mi hijo, Lord Astoridge. Qué providencial.

Paris contuvo la réplica cáustica que quería soltar y en su lugar sonrió.

—Quizás su memoria esté un poco confusa, mi lady. No fui yo quien dejó Inglaterra durante cinco años. He estado aquí todo el tiempo y soy parte de esta sociedad. Lord y Lady Smithfield son buenos amigos. No me perdería su baile anual por nada del mundo —dijo, tratando de mantener un tono distante, pero por el pequeño músculo que se movió en la mandíbula de la vizcondesa, temió haber fracasado.

—Por supuesto —declaró Lady Astoridge—. Pero mi hijo era uno de tus favoritos, ¿no es así? Espero que ya no lo favorezcas, pues temo que tu corazón pueda ser lastimado por segunda vez. Especialmente porque ha mostrado gran interés en Lady Esme. Estoy segura de que la recuerdas, ya que te casaste con el hombre del que se rumoreaba que ella estaba enamorada. — Su señoría se volvió y observó a su hijo y su pareja de baile durante varios momentos—. Si hablas con él, espero que me ayudes en mi búsqueda de que se case. Ella es simplemente perfecta para él —dijo, tocando a Paris en el brazo con su abanico.

Paris entrecerró los ojos, y algo amargo y resentido se quebró dentro de ella.

—Por supuesto, mi lady. Haré todo lo que pueda para ayudar a Lord Astoridge a tomar su decisión —murmuró mientras su señoría se alejaba.

—¿Me atrevo a preguntar de qué se trataba todo eso? —cuestionó Millie.

Paris negó con la cabeza.

—En absoluto. No vale la pena que te preocupes —respondió, mirando hacia la pista de baile. La boca del estómago se le contrajo al ver que Dominic la observaba.

Él podía cortejar a quien quisiera, pero eso no significaba que ella no tomaría su libra de carne, lo haría enamorarse de ella como ella lo había hecho de él, y luego le rompería el corazón como él le había roto el suyo. Su venganza podría ser cruel e innecesaria, pero definitivamente había sido despreciada, y era hora de que tuviera su retribución.

CAPÍTULO OCHO

DOMINIC OBSERVÓ CÓMO Paris se disculpaba ante su grupo y se dirigía hacia la terraza. Echó un vistazo a la sala y la siguió, satisfecho de que nadie lo estuviera mirando.

Al pisar las grandes losas cuadradas, vislumbró el vestido de tul dorado de ella desapareciendo por una esquina oscura. El frío del aire lo tomó por sorpresa al cerrar la puerta, comprendiendo por qué nadie más estaba fuera esta noche, prefiriendo el interior.

Se apresuró hacia la esquina y encontró a Paris sentada en un banco de piedra, mirando hacia el cielo sin luna.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, colocándose a su lado.

—Tu madre sigue detestándome tanto como siempre. ¿Sabes que esta noche me llamó señorita Smith como para recordarme mis humildes orígenes? No es que tal insulto tuviera la reacción que a ella le hubiera gustado. Si acaso, solo me hace estar más decidida a molestarla aún más con mi presencia.

—Mis disculpas, Paris. Puede ser difícil a veces.

Ella se levantó y se acercó a él, observándolo con una intensidad que lo puso nervioso e hizo que la sangre en sus venas se acelerara. —Estoy orgullosa de mi familia y de mi pequeño pueblo de Grafton. Tu madre es una esnob y olvida que ahora tengo un rango superior al suyo en la sociedad y que puedo hacer su vida difícil si continúa tratando de insultarme. Te sugiero que la mantengas a raya, no sea que se encuentre sin invitaciones a los bailes y fiestas que tanto valora en su vida.

Dominic tragó saliva y maldijo interiormente. No necesitaba que su madre ahuyentara a Paris, siendo tan grosera con una mujer que no se lo merecía. Si alguien se enteraba de que estaban sin dinero y a punto de perder todo lo que poseían, las invitaciones pronto se agotarían. Eran amigos como Paris, Lord Lupton-Gage y otros quienes podrían mantener a los lobos alejados de la puerta si necesitaba pedir ayuda.

No es que pudiera hacer tal cosa, preferiría casarse con Lady Esme antes que rebajarse a ese nivel. O mejor aún, convencer a Paris de que estaba enojada con él, sí, pero que aún lo amaba, lo deseaba.

Su apasionado acuerdo le decía que ella aún lo deseaba, y eso le daba esperanza.

—Hablaré con ella —dijo.

Paris lo estudió un momento antes de acercarse a él, deslizando sus manos por el frente de su abrigo de superfino. Un gasto que difícilmente podía permitirse, pero necesario para la temporada.

Su toque hizo que el aliento en sus pulmones se entrecortara, y tragó la necesidad que lo recorría. —No me gusta que me digan qué hacer, Dominic. Me gusta hacer y decir lo que quiera y no rendirle cuentas a nadie. Quiero disfrutar de mi temporada y no ser insultada por mujeres que ya no tienen poder sobre mí y mi pobre yo del pasado. —Golpeó suavemente su pecho, con una sonrisa melancólica jugando en sus labios besables—. No dejes que me insulte de nuevo, o nuestro trato se cancela.

El fuego corrió por su sangre y la agarró por la cintura, atrayéndola hacia sí. —Si hago lo que dices, que lo haré, te lo prometo, ¿me dejarás besarte ahora? —casi le suplicó, encogiéndose interiormente por lo mucho que la deseaba, la necesitaba.

Cómo había sobrevivido tantos años sin ella en Francia, no podía entenderlo. Era un bastardo por haber querido una segunda oportunidad, y se merecía su reserva. Ella no le debía nada.

—No lo creo. Nada de besos ni nada más, al menos no esta noche. —Le dio unas palmaditas en el pecho, empujándolo—. Te haré saber cuándo desee continuar con nuestro acuerdo. Ten paciencia. —Se apartó de su abrazo y se dirigió hacia las puertas de la terraza, dejándolo en la oscuridad.

Se pasó una mano por el pelo. Su cuerpo ardía con una necesidad insatisfecha. Habían pasado meses desde que había estado con una mujer, y aun entonces, la dama había sido pagada por su tiempo.

Pero tener a Paris calentando su cama, sus largos cabellos color fresa esparcidos sobre sus almohadas, sus curvas femeninas y dispuestas para que él las apreciara y saboreara... Apretó los dientes, luchando contra el impulso de seguirla, robarle un beso y seducirla para que estuviera con él ahora.

¿Cedería ella? ¿Sucumbiría a sus encantos? Estaba tan fuera de práctica que dudaba que lo hiciera.

Con un suspiro, regresó al baile y bebió varios vinos antes de buscar a Lady Esme para un segundo baile. Si no podía tener a Paris, al menos intentaría ponerla celosa mientras tanto.

A la mañana siguiente, Paris tomó uno de los caballos y mozos y cabalgó hacia Hyde Park. Un vigoroso paseo a caballo temprano por la mañana era justo lo que necesitaba para aclarar su mente después del baile de la noche anterior.

Bueno, para ser sincera, su interacción con Lord Astoridge. Le había costado todo su poder no sucumbir a sus encantos. Sus palabras sinceras y la necesidad que prácticamente emanaba de su alma.

Había escuchado tales promesas antes. Había caído en las palabras que los labios mentirosos de los hombres derramaban.

Cuando Lord Hervey le pidió matrimonio, apenas días después de que Lord Astoridge la rechazara, supo que no podía negarse. Él era su salvador, un hombre que la quería por sí misma y no le importaba que no trajera nada consigo.

Hombres como Dominic brillaban, y la gente naturalmente gravitaba hacia ellos. Pero el hecho de que alguien resplandeciera y fuera atractivo no significaba que fueran iguales por dentro.

Paris llegó a Rotten Row y se alegró de ver solo a un puñado de personas usando la pista. Caminó por su borde, feliz de simplemente estar fuera y disfrutando del vigoroso paseo matutino. Varios jinetes pasaron al trote, y ella saludó cuando le dieron la bienvenida antes de que el golpeteo de los cascos de los caballos sonara más cerca de lo que debería.

—Pensé que eras tú —dijo Lord Astoridge, acercando su caballo junto al de ella. Paris suspiró interiormente ante la imagen que presentaba. Su corbatín atado flojamente alrededor de su cuello dejaba entrever su pecho debajo. Su cabello despeinado por el viento caía sobre su frente, y la sombra de la barba incipiente en su mandíbula prácticamente gritaba libertino.

No se debería permitir que los hombres fueran tan apuestos. Especialmente los hombres que habían roto corazones de mujeres y no merecían elogios. —Lord Astoridge. Se ha levantado temprano esta mañana —dijo ella, haciendo avanzar a su caballo.

Él se rió, el sonido profundo haciendo temblar sus entrañas. ¿Cómo podía seguir reaccionando así ante él después de todo lo que le había hecho? Maldito fuera su débil corazón por deleitarse en su presencia.

—Disfruto de un buen y vigoroso paseo por la mañana —dijo él, con un brillo perverso en sus ojos.

Ella negó con la cabeza, sin ceder ante su picardía.

—Supongo que eso está bien —dijo, mirando alrededor y notando que, aparte de tres jinetes muy por delante de ellos, estaban bastante solos—. Necesitaba despejar mi mente. Hoy tengo muchas visitas que hacer, además del baile de disfraces de esta noche en casa de los Duncannon. ¿Asistirás? —le preguntó.

Él asintió.

—Sí. Iré como César. Un pariente lejano según lo que mi padre alguna vez proclamó, aunque nadie en mi familia ha confirmado jamás tales sospechas.

—Así que llevarás un vestido como yo —bromeó ella, incapaz de no imaginarlo con una toga. ¿Podría vislumbrar sus rodillas y parte de sus muslos? ¿Serían tan musculosos como los recordaba?

El pensamiento hizo que el calor se acumulara entre sus piernas, y se maldijo por sucumbir a sus encantos. No debería. Él no merecía su consideración, pero era tan tentador... ¿cómo no desear lo que una vez había anhelado?

Lo que le había ofrecido hace solo unas noches. Lo estudió, bebió de su hermoso perfil y su boca besable, y reflexionó más sobre el asunto.

—Lo haré —respondió él, su voz rebosante de insinuación—. ¿Y tú? ¿De quién irás disfrazada? —preguntó.

Paris se encogió de hombros, sin querer revelar todo tan pronto, y además, no estaba segura en absoluto de lo que se pondría. Tenía varios atuendos entre los que elegir.

—Eso tendrás que esperar para verlo, milord —dijo, reprimiendo una sonrisa, sabiendo que eso no era del todo cierto. Su disfraz de Cleopatra había sido elegido días atrás.

—Espero verlo muy bien —dijo con voz arrastrada. Cabalgaron de nuevo en silencio durante varios pasos antes de que él dijera—: ¿Has pensado más en la sugerencia que te hice la otra noche?

Ella arqueó una ceja, fingiendo ignorancia.

—No sé a qué te refieres.

Sus labios se crisparon, y ella supo que había leído entre líneas.

—Me refiero a que tú y yo nos convirtamos en amantes. Te quiero en mi cama. No sé cómo puedo ser más claro.

La idea hizo que su sangre cantara, y por la reacción de su cuerpo a sus palabras, ella también lo deseaba. Para herirlo y castigarlo, sí, pero también para obtener placer. Para disfrutar de la compañía de un hombre en un espacio tan íntimo. Había pasado tanto tiempo, más de un año, desde que había estado con alguien, y su cuerpo anhelaba ser tocado, besado y todas las otras cosas deliciosas que un hombre podía hacerle a una mujer.

—Ah, eso —rio ella, encogiéndose de hombros—. Tal vez necesite esperar y ver qué estás dispuesto a hacer primero. Esta noche en casa de los Duncannon, encuéntrame en la sala de música. Está a varias puertas del salón de baile. Allí discutiremos el asunto más a fondo, y veré si estás realmente comprometido.

—Estoy dedicado, Paris —afirmó él, mirándola a los ojos, y algo oscuro y hambriento que ella leyó en sus ojos marrones le dijo que así era.

CAPÍTULO NUEVE

LOS DUNCANNON se habían superado a sí mismos con las decoraciones para el baile de disfraces. Cientos de invitados asistieron, el salón de baile estaba repleto de personas de toda la historia. Algunas menos favorables que otras. Paris pudo ver a Enrique VIII y su esposa Ana Bolena, la pobre muchachita esperaba tener una mejor velada que la que tuvo la verdadera dama en vida.

—Qué divertida será esta noche —declaró Millie a su lado. Vestida esa noche como María de Médici, aunque se parecía a tantas otras reinas francesas que paseaban por la pista de baile.

—Encuentro los bailes de disfraces tan divertidos que uno no puede evitar pasar una velada agradable —dijo. Paris miró alrededor del salón y no pudo ver a Dominic entre los presentes.

Esperaba que no tardara mucho, aunque solo fuera para verlo con una toga. Pero esa no era la única razón. También lo quería en su cama. No es que le hubiera perdonado sus pecados contra ella, sino simplemente para aplacar un dolor que había comenzado en su interior y que no cedía.

Nunca le perdonaría por cómo la había tratado, pero era el único hombre que la había hecho arder de deseo, y necesitaba sentirse viva de nuevo.

Sin mencionar que quería hacer que se enamorara de ella, darle esperanzas para luego arrebatarlas cuando menos se lo esperara.

El pensamiento la emocionó, y tomó dos copas de champán de cristal de un lacayo que pasaba y le entregó una a Millie.

—Por el baile de disfraces. Que lo pasemos en grande —brindó.

Millie chocó su copa contra la de Paris, y ambas dieron un buen sorbo. —Creo que tu Marco Antonio está aquí —dijo Millie, señalando hacia la puerta del salón de baile.

Paris miró en dirección a las puertas y sintió que se le abría la boca. —Ese no es Marco Antonio. Es César —dijo, sin querer que nadie pensara que ella se había disfrazado del interés amoroso de César. Frunció el ceño, odiando la idea de que las lenguas pudieran agitarse, y se arrepintió inmediatamente de su disfraz.

—Bueno, en cualquier caso, tu caballero romano parece estar dirigiéndose hacia ti —dijo Millie, golpeando su copa contra la de ella por segunda vez antes de alejarse con paso despreocupado.

Paris le susurró que volviera, pero fue en vano. Su amiga ignoró su súplica y se alejó hacia

otro grupo de amigos. Paris maldijo interiormente. Ver a Lord Astoridge caminar hacia ella con una determinación que la dejaba sin aliento no era lo que necesitaba.

Necesitaba seguir enojada con él. No permitir que la gallardía que emanaba de cada uno de sus poros la sedujera para olvidar cómo la había tratado.

Puede que ahora se comportara como todo un caballero, pero no siempre había sido así. Debido a su crueldad, su hija nunca sabría quién era su verdadero padre.

—Mi reina —dijo, haciendo una profunda reverencia ante ella, sus ojos brillando con picardía cuando se incorporó.

Ella arqueó las cejas e intentó parecer poco impresionada. No es que alguien pudiera no estar impresionado con su disfraz. Una toga históricamente precisa hasta las sandalias de cuero.

Su atención se desvió hacia sus pies, sus pantorrillas y rodillas musculosas y desnudas. Era tan velludo como lo recordaba, y que Dios salvara su alma pecaminosa, se preguntó si llevaba algo debajo de esa seda además de sí mismo.

—César. Todavía vivo, por lo que veo —dijo con desdén.

—Así es. —Se rio y se colocó a su lado—. Te ves hermosa, Paris —dijo, su mirada recorriéndola como una caricia. Ella sintió cada movimiento de sus ojos desde la punta de su nariz hasta sus pies—. Cuando te vi esta noche, sentí que se me cortaba la respiración.

Paris echó la cabeza hacia atrás y rio, una parte de ella deleitándose con su atención, sus dulces y seductoras palabras, mientras que otra parte, una porción oscura y enojada de su alma, quería gruñir que se atreviera siquiera a hablarle.

—Eres muy bueno con las palabras, milord. Me recuerdas al hombre que una vez conocí. Un hombre dispuesto a decir cualquier cosa con tal de salirse con la suya o obtener placer —susurró—. Antes de pasar a pastos más verdes.

Él se estremeció ante sus palabras, y un pequeño ceño fruncido se formó entre sus ojos. —¿No podemos dejar de lanzarnos pullas esta noche? Sé que te hice daño, pero te casaste bien a pesar de mi atroz comportamiento contigo. Sé que compartimos una noche pecaminosa, pero nada resultó de ello.

Paris se mordió la réplica de que algo sí había resultado de que durmieran juntos. Una niña hermosa y dulce a la que se le había negado su verdadero nombre debido a la indiferencia del hombre que tenía delante. Pero no podía decírselo. Hacerlo arruinaría a Maya, y sin importar cuán enojada o herida estuviera, no podía lastimar a su hija.

—Muy bien, depondré mi espada, lo cual es probablemente lo mejor. Odiaría que César fuera asesinado de nuevo por una puñalada por la espalda —dijo, solo medio en broma.

Él sonrió, observándola. —¿Bailamos? —preguntó, extendiendo su mano.

Ella deslizó su mano en la de él de mala gana y dejó que la guiara a la pista. La orquesta comenzó a tocar un vals, y pronto estaba flotando por la pista con su túnica blanca de seda, lo único que la separaba de Dominic.

Su mano se sentía cálida y grande en su espalda, el fino material no era barrera para su toque

ardiente. Su piel se erizó, y un escalofrío recorrió su columna. Qué fácil sería caer de nuevo ante tales encantos. Pero no podía. No eran para ella. Él estaría mejor bailando con Lady Esme.

Como si el reflejo de la mujer que más la odiaba en la sociedad se hubiera conjurado con el pensamiento, la notó al lado de la pista de baile, observándolos. Su boca fruncida le dijo a Paris sin palabras que no le gustaba que Lord Astoridge bailara con ella.

—Lady Esme me odiará aún más ahora que estás bailando conmigo. Deberías pasar más tiempo con ella, en lugar de desperdiciarlo conmigo.

—No quiero a Lady Esme en mi cama —declaró él—. Solo hay una mujer que me interesa en este momento, y la tengo en mis brazos.

—Sigues siendo muy bueno con las palabras, Lord Astoridge —dijo ella, olvidando que había prometido ser cortés.

Él la miró, desconcertado. —Pórtate bien, Paris —le advirtió.

—¿Y si no quiero? —respondió ella, sintiendo como si la conversación hubiera derivado en otro tema completamente distinto y nada apropiado.

—Entonces tendré que castigarte, mi reina —afirmó él—. Como senador romano, creo que es mi deber guiarte cuando considero que estás equivocada en tu pensamiento.

Ella se burló, preguntándose si él había sido siempre tan arrogante cuando lo conoció años atrás. No lo creía. —¿Castigarme? ¿Y cómo se supone que vas a hacer eso? —cuestionó, sintiendo un calor que se acumulaba entre sus muslos.

Era perversa y estaba equivocada, pero también había estado sin un hombre durante tanto tiempo que le dolía. Mejor el diablo conocido que el desconocido.

—No especificaste una hora para encontrarnos en la sala de música esta noche. Dime cuándo y te lo revelaré todo —dijo él, luchando por evitar que su miembro se pusiera en posición de firmes.

La toga no era buena en tales circunstancias, y lo último que quería era caminar con su miembro erecto y sobresaliendo de su disfraz como un perro en celo.

Lo cual, en verdad, era. Había pasado mucho tiempo desde que había estado con una mujer. La idea de tener a Paris, de despojarla de su túnica, de saciarse con su cuerpo, hizo que el sudor brotara en su labio superior.

—Antes de la cena —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Él leyó el fuego que ardía en su mirada azul, la suya también era una conflagración. El vals llegó a su fin, y él la hizo girar hasta detenerse. —Hasta entonces, mi reina —dijo, soltándola a regañadientes.

Ella giró sobre sus pies calzados con sandalias y lo dejó observándola mientras se alejaba, tan majestuosa como la misma reina Cleopatra.

Él reprimió el deseo que lo consumía. Pensamientos de tenerla a solas, suya para hacerle el amor, y solo en cuestión de horas. Aún podía reconquistarla. La idea de cortejar a Lady Esme no era algo que pudiera continuar. La dama merecía algo mejor de lo que él podía ofrecerle, y él

siempre desearía a otra.

El resto de la velada se arrastró, incluso cuando se ofreció a bailar con varias damas, incluida Lady Esme, a quien no podía desairar. Eso no estaría bien, y ya no era el joven inmaduro que había sido una vez.

Aun así, no dio a ninguna de ellas una idea de que su interés fuera más allá del de un conocido, y con suerte, Lady Esme pronto se daría cuenta de lo mismo.

Se quedó cerca de las puertas del comedor, observando por dónde salían las damas para dirigirse al tocador. Vislumbró a una mujer vestida de seda blanca deslizarse por la puerta, y supo que Paris había partido para su encuentro.

Apuró lo último de su brandy y fue tras ella, escabulléndose por las puertas del salón de baile antes de dirigirse a la sala de música.

La encontró sentada en el taburete del piano, de cara a la puerta. Se reclinaba contra el instrumento, con la tapa del piano bajada para evitar que hiciera música.

La luz de la luna brillaba a través de las puertas, y Paris parecía una diosa del pasado.

—Cierra la puerta y échale el cerrojo —le indicó.

Él hizo lo que le ordenó, caminando hacia ella con pasos decididos. Su miembro se endureció, y se paró frente a ella, sin intentar ocultar cómo lo hacía sentir.

Ella lo miró, con picardía en los ojos. —Dijiste que me castigarías, pero no creo que un senador romano tenga tal poder sobre una reina, así que creo que hay algo más que deberías hacer por tu monarca.

Él tomó un respiro para calmarse, asintiendo. —Lo que desees. Soy tu humilde servidor —dijo, siguiéndole el juego.

—Mmmm, bien, veamos —ronroneó ella—. Creo que deberías arrodillarte y suplicar perdón. Creo que merezco tal humillación —dijo, la determinación en sus ojos indicándole que hablaba en serio.

Su orgullo rugió ante la idea, pero cedió e hizo lo que ella le ordenó. Ella lo observó, abriendo ampliamente las piernas.

—Gánate mi perdón, Lord Astoridge —ordenó su reina—. Creo que puedes entender de qué manera lo quiero.

CAPÍTULO DIEZ

PARIS RESPIRÓ HONDO para calmarse y luchó por no sonrojarse, por no detener esta locura en la que estaba a punto de embarcarse.

Se sentó en el taburete del piano, observando con gran anticipación, junto con la satisfacción de ver a Dominic de rodillas ante ella.

Se inclinó hacia adelante, levantando su barbilla cuando él hizo lo que le pidió. —Ahora que estás ante mí de rodillas, creo que deberías pedir perdón antes de que continuemos con cualquier otra cosa.

Él se inclinó hacia ella, tratando de capturar sus labios, y ella negó con la cabeza. —No, no, no, milord. Nada de besos, ¿recuerdas? —dijo, colocando un dedo sobre sus labios.

Él suspiró pero se echó hacia atrás en señal de acuerdo. —Mi reina —declaró.

—No —dijo ella, deteniéndolo—. No soy tu reina. Paris es mi nombre. —Necesitaba oírle usar su nombre de pila, no algún nombre de fantasía para esta noche.

Él se aclaró la garganta. —Paris, por favor, perdóname por lo que te hice. Era joven y tonto y no sabía lo que hacía. Dejé que otros me guiaran, y no debería haberte hecho eso. Merecías mucho más de lo que te ofrecí. Permíteme compensarte esta noche. Déjame darte placer en lugar de dolor.

Ella tragó con dificultad el nudo que se le formó en la garganta al escuchar su disculpa. Nada de lo que hiciera o dijera podría hacer que lo perdonara por el daño que le había hecho, no solo a ella, sino también a su hija, se recordó. Joven o no, debería haber sabido mejor.

Juega el juego, Paris. Enséñale una lección de amor que nunca olvidará...

La determinación corrió por sus venas y se recompuso. Jugaría este juego de seducción, tomaría lo que quisiera, le daría esperanza y luego se la arrebataría cuando menos lo esperara.

La venganza era una amante cruel, y Lord Astoridge estaba a punto de descubrir cuán cruel podía ser.

—Acepto tus disculpas, milord —dijo, reclinándose de nuevo en el pianoforte.

Él la miró a los ojos, y ella se estremeció ante la determinación, el deseo que ardía en su mirada. Extendió las manos, sujetando el dobladillo de su túnica.

Ella tragó saliva mientras él se mordía el labio, deslizando la seda de su vestido sobre sus

rodillas para revelar sus muslos. —Tan condenadamente hermosa —susurró, separándole más las piernas—. No tienes idea de cuánto he soñado con estar contigo de nuevo. Con tenerte en mi cama.

Paris se mordió el labio mientras él le subía el vestido hasta las caderas, exponiéndola a su mirada hambrienta. Él bajó la cabeza, rozando sus labios contra la piel de su muslo, prestando atención a la carne sensible junto a sus rodillas.

Ella suspiró, aferrándose al taburete del piano con determinación para evitar alcanzar a Dominic.

—Maldición, te deseo tanto —admitió él, deslizando su lengua por el interior de una pierna antes de llegar a su monte de Venus. Le pasó las piernas por encima de sus hombros y la atrajo contra su boca.

Ella jadeó cuando su lengua se deslizó entre sus pliegues, lamiendo su sexo con un hambre que la dejó tambaleándose. Su boca se movía sobre ella con golpes voraces, acariciando y adentrándose en ella con una perfección implacable.

Paris luchó por no gemir, por no gritar ante la exquisitez de su toque. Una y otra vez, se recordó que estaban en un baile. No era lugar para ser tan audaz, pero tampoco podía ignorar lo que él le hacía.

Su cuerpo estaba encendido de necesidad. La humedad se acumulaba en su núcleo dolorido, y la dulce sensación de satisfacción se acercaba lentamente con cada lamida, cada roce de su lengua.

—Oh, sí —respiró, agarrando sus mechones con las manos.

Él gruñó contra su sexo, moviendo su mano para tocarla allí. Su dedo se hundió en ella, llenándola como lo había hecho una vez, y ella gimió. —Quiero mi verga donde está mi mano —admitió.

Ella bajó la mirada y lo observó tomarla lentamente con su dedo, entrando y saliendo en una gloriosa repetición que la dejó incapaz de hablar. Se lamió los labios, deseando lo mismo, pero no esta noche. Esta noche era para que él hiciera lo que ella deseaba. Para darle placer. Sería condenada si vacilaba en su plan y le daba satisfacción a él también.

—Pronto —prometió.

Él bajó la cabeza, aumentando sus embestidas con la mano, empujando profundo, un placer dulce que la provocaba sin fin. Ella cerró los ojos cuando su boca descendió sobre ella nuevamente. Succionó su botón, y fue demasiado.

Olas de placer la invadieron, y ella cabalgó su mano y su rostro, tomó lo que quería y permitió que el deleite vibrara a través de ella hasta que se sintió liviana de satisfacción.

—Sabes perversa y dulce —dijo él, exprimiendo cada gota de su orgasmo—. Estoy tan jodidamente duro —admitió, tomándose a sí mismo con la mano.

Ella se inclinó hacia adelante, deslizando sus piernas de sus hombros, y lo empujó hacia atrás. Su vestido se acomodó alrededor de sus piernas como si no acabaran de participar en algo

completamente escandaloso. —Te agradezco tu servicio, milord. Espero que podamos hacer esto de nuevo. Fue de lo más agradable. —Paris se puso de pie y pasó junto a él.

Lo oyó levantarse torpemente antes de que la detuviera bruscamente en la puerta. —Paris, ¿adónde vas? Pensé que...

Ella le dio unas palmaditas en el pecho antes de arreglar su toga, que se había arrugado un poco durante su encuentro. —¿Pensaste qué, milord? —preguntó, queriendo oírle decir las palabras en voz alta.

Él frunció el ceño y se pasó una mano por el pelo. La confusión en su hermoso rostro hizo que su ira flaqueara, pero un momento después, recordó por qué aún lo detestaba.

—No es nada —dijo él, aparentemente comprendiendo que ella iba a recibir placer, pero nadie más esta noche.

Paris reprimió el sentimiento de culpa que surgió por sus acciones. Las palabras de que dos errores no hacen un acierto pasaron por su mente. Pero, ¿era eso completamente cierto? Ella era una mujer, y ellas eran el sexo que siempre se llevaba la peor parte de cualquier trato. ¿Por qué no podía salir victoriosa, al menos esta noche?

—Será mejor que regreses primero, y yo te seguiré en unos minutos. No queremos que nos descubran juntos. Sé cuánto te desagradaría eso.

Paris giró sobre sus zapatillas, abrió la puerta y huyó. ¿Acaso sus palabras eran una pequeña afrenta por cómo lo había tratado esa noche? ¿Le estaba haciendo saber que entendía que lo había usado para conseguir lo que quería? Tal como él la había usado antes de marcharse sin mirar atrás.

En lugar de volver al baile, subió las escaleras para usar el tocador. Afortunadamente, el espacio estaba vacío, y se dirigió a una ventana y la abrió de golpe, respirando profundamente el fresco aire nocturno.

Podía hacer esto. Podía permanecer distante e indiferente hacia él. Usarlo y herirlo. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

¿No era así?

Dominic se pasó la mano por la boca y respiró profundamente. ¿Qué demonios acababa de suceder? Nunca en su vida una mujer lo había usado de la manera en que Paris lo había hecho, no sin devolverle el favor.

Cerró la puerta de la sala de música y se apoyó contra ella, necesitando aclarar su mente y calmar los latidos de su pecho.

¿Lo había usado? ¿Le había ordenado hacer lo que ella quería sin intención de darle satisfacción a cambio?

Una pequeña parte de él se maravillaba de su atrevimiento y del uso despiadado que había hecho de él. Los hombres usaban a las mujeres para tales cosas todo el tiempo, pero que se volviera contra él, un lord, sin importar su terrible situación financiera, era una tentación embriagadora.

Por Dios, ahora la deseaba aún más.

Quería que ella lo usara por completo. Que le ordenara hacer lo que ella deseara. Hacerla llegar al clímax en su rostro, en su miembro, encima o debajo de él. La tomaría de cualquier manera que ella le regalara su hermoso y delicioso ser y sería feliz.

Se dirigió a una ventana y la abrió de golpe, respirando profundamente el aire fresco de la noche. Necesitaba controlarse. No podía salir de esta habitación hasta que la tienda de campaña bajo su toga se disipara, y necesitaba irse a casa, aunque solo fuera para aliviarse pensando en ella.

El aire nocturno ayudó en cierta medida a que su pulso volviera a un ritmo normal, y tomó un respiro para calmarse. La idea de verla de nuevo, de estar a solas con ella como lo habían estado esta noche, no era suficiente.

¿Debería visitarla mañana por la tarde después de que concluyeran las "reuniones en casa" de la mañana? ¿Sería capaz de seducirla para tener otro encuentro apasionado, como el que habían disfrutado esta noche?

Se llevó la mano a su miembro, acariciándolo, luchando contra el impulso de derramarse en una planta cercana. No era tan bajo ni vulgar, pero cielos, esta noche Paris había mostrado otro lado de ella que lo dejó tambaleándose.

Un lado que le gustaba mucho y que podría usar a su favor.

CAPÍTULO ONCE

PARIS AGRADECIÓ al último de sus invitados que la visitó 'en casa' antes de desplomarse en su sofá del salón y tomar un profundo respiro.

Su primera función social en casa había salido bien, y estaba complacida de que tantos de sus pares hubieran venido a verla. Incluyendo a Millie, quien le había preguntado insistentemente sobre la noche anterior y adónde se había escabullido justo antes de la cena.

No es que ella fuera a decir mucho sobre ese asunto. Ni ella misma sabía lo que todo aquello significaba, y si había avanzado demasiado por un camino particular del que ahora no podía dar marcha atrás y cambiar de opinión.

—Lord Astoridge está aquí para verla, mi señora. ¿Desea que lo despida? —preguntó su mayordomo Frederick en un tono más bajo para que su señoría no pudiera oírlo.

Paris se quedó mirando la chimenea apagada y se enderezó. Echó un vistazo a la hora, preguntándose por qué estaría aquí tan tarde. —Puedes hacer pasar a su señoría, gracias —dijo, sin estar del todo segura de qué le diría a Dominic al verlo de nuevo.

Todo era diferente ahora. Su plan de castigarlo ya no se sentía bien en su conciencia.

Era cruel usar a otra persona. Ella lo sabía mejor que nadie. Así que dar la vuelta y castigar a alguien con la misma intención de causar daño parecía incorrecto.

Miró hacia la repisa de la chimenea y vio las dos pequeñas miniaturas de sus hijos, y un poco de su aprensión desapareció. Su hija había estado tan cerca de convertirse en una bastarda. Una joven que nunca habría tenido todo lo que ahora tenía gracias a Lord Hervey.

No. No importaba cuán mal se sintiera su plan en su alma, Lord Astoridge merecía un pequeño escarmiento.

—Lady Hervey —dijo una voz profunda desde la puerta antes de que el chasquido de la puerta al cerrarse, encerrándolos juntos, resonara fuerte en la habitación.

—Lord Astoridge, no esperaba verlo hoy —dijo ella, inclinándose hacia adelante y sirviendo dos tazas de té. Sin preguntar, colocó un cubo de azúcar y un chorrito de crema, tal como a él le gustaba.

Él se sentó en el sillón de orejas, cruzando sus largas piernas antes de extender la mano para tomar el té. —Gracias —dijo, dando un sorbo—. Veo que no lo has olvidado.

Paris aseguró su taza y se recostó en el sofá, haciendo una pausa antes de responder. —Una buena anfitriona recuerda cómo toman el té todos sus amigos.

—¿Amigos? ¿Es eso lo que somos, Paris? —le preguntó.

Ella se encogió de hombros, preguntándose si lo eran. —Enemigos también, supongo.

Sus ojos se estrecharon y la estudió por un momento. Paris luchó por no inquietarse y preguntarle qué significaba su inspección. Qué estaba haciendo aquí en la privacidad de su propia casa cuando ella no lo había mandado llamar. No le había pedido que se reuniera con ella esta tarde.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó él.

Ella se rio para ocultar el calor que besó sus mejillas ante su pregunta. —Creo que fue bastante obvio lo que ocurrió, mi lord. No me digas que no puedes recordar lo que pasa cuando estás a solas con una mujer como lo estuvimos nosotros.

—Sé lo que pasó físicamente, Paris, pero quiero saber por qué tuve la impresión de que me estabas provocando. Tentándome sin intención de compartir el disfrute.

Paris tomó un sorbo de té. No le diría que su tiempo juntos la noche anterior la había dejado tambaleando. Que ella también había regresado a casa, desarreglada y perturbada. Satisfecha y sin embargo no.

—Estábamos en un baile. No siempre hay tiempo para que ambas partes encuentren satisfacción —respondió—. La próxima vez, quizás ambos lleguemos a una conclusión gratificante.

—Has cambiado —dijo él al fin—. Ya no eres tan despreocupada y dulce como solías ser. Supongo que solo puedo culparme a mí mismo por eso. Y si yo no lo hago, entonces tú ciertamente lo harás.

—¿Puedes culparme? —replicó ella, sin querer ser la villana de esta historia—. Me entregué a ti, y me desechaste como a una ramera que habías encontrado deficiente. Pasé de verte, hablar y besarte casi todas las noches a quedarme sola, recibiendo el corte directo frente a todo el ton. Lord Hervey vio cómo me tratabas y me ofreció su mano, y yo acepté. La joven de temperamento dulce que te adoraba ya no existe, y lamento no ser tan ingenua como solía ser. Supongo que eso significa que ya no puedo ser usada o manipulada.

Un músculo se tensó en su mandíbula mientras la observaba. Ella se preguntó qué estaría pasando por esa mente astuta suya. Él terminó su té y dejó su taza en la pequeña mesa frente a ellos. —Nunca te manipulé. Eso es injusto, Paris.

—Bueno, la vida es injusta, y también lo son los encuentros sexuales algunas veces. Lamento que no hayas podido disfrutar anoche, pero estoy segura de que podrías haberte encargado de eso bastante bien por tu cuenta más tarde. No se ha hecho ningún daño.

—¿Ningún daño? —repitió—. Me tomó media hora lograr que mi verga bajara lo suficiente para poder salir de la sala de música de los Duncannon.

Sus palabras evocaron una imagen en su mente, y ella se rio. —Lo siento terriblemente. Qué

doloroso debe haber sido —Hizo una pausa—. Pero te alegrará saber que yo disfruté espléndidamente, y estoy ansiosa por la próxima vez que me complazcas.

—¿En serio? —dijo arrastrando las palabras—. ¿Complacerte? ¿No hay espacio para que yo también disfrute? Sabes que aún te deseo.

—Lo sé —dijo ella—. Y no siempre estaremos en bailes y fiestas donde el tiempo es esencial.

—¿Como ahora? —preguntó, mirando hacia la puerta cerrada—. ¿No podemos disfrutar de la compañía del otro un poco ahora? No hay nadie que nos interrumpa.

Paris observó sus largas piernas, cómo se sentaba en la silla y aun así parecía ocupar todo el espacio de la habitación. Tan dominante y autoritario, y sin embargo anoche había sido como arcilla en sus manos. Suyo para hacer lo que le placiera, y a ella le había placido mucho.

—¿Qué tienes en mente? —se oyó preguntar, preguntándose si alguna vez sería capaz de negarle algo, y dudando inmediatamente de ese pensamiento.

Dominic se frotó la mandíbula mientras debatía qué hacer con la pequeña pícara que estaba sentada frente a él. El desafío determinado en sus ojos azules encendió el suyo propio, y todo tipo de ideas perversas y obstinadas flotaron ante él.

Ante todo, quería besarla. Presionar sus labios contra aquellos pecaminosos de ella y hacerla sucumbir ante él. Que le entregara su corazón una vez más.

Pero su Paris siempre había sido testaruda, y era un rasgo que no había perdido en los cinco años que habían estado separados. Se levantó y se sentó a su lado.

—Anoche sí pensé en aliviarme yo mismo. De hecho, cada vez que pensaba en ti, mi miembro se endurecía, y junto con ese atributo, la irritación recorría cada parte de mi ser.

Ella sonrió, aparentemente complacida con sus palabras.

Él negó con la cabeza. —No creo que esto sea algo de lo que debas estar orgullosa, Paris. Mis testículos estuvieron adoloridos toda la noche, y creo que es justo que hagamos un acuerdo para que ambos encontremos satisfacción cada vez que tengamos un encuentro.

—¿Como ahora, te gustaría que fuéramos íntimos? —le preguntó antes de hacer una mueca—. No creo que tenga tiempo. Tengo una cita con la modista.

—¿Estás intentando torturarme? —soltó, empezando a preguntarse si eso era realmente lo que ella intentaba hacer.

—Por supuesto que no —dijo ella, con un tono de inocencia, pero él no se lo creyó. Estaba disfrutando inmensamente—. Nunca sería tan cruel.

—No estoy seguro de creerte. —Sin previo aviso, la atrajo a su regazo, con la cadera de ella ajustándose perfectamente contra su miembro. Ella se removió en sus brazos, buscando una posición más cómoda, pero no intentó escapar.

Una pequeña victoria, supuso.

Ella encontró su mirada y sonrió. —¿Qué vas a hacerme ahora?

Él no respondió, simplemente deslizó su mano por la pierna de ella, agarrando su vestido con

el puño. Lo subió por su cuerpo, reminiscente de lo que había hecho con su túnica la noche anterior.

—Pon tu mano en mi miembro, Paris. Vamos a llegar juntos esta tarde —declaró.

Los ojos de ella se ensancharon, pero después de un momento, su toque tentativo presionó contra el pecho de él, deslizándose por su camisa y chaleco antes de detenerse en la parte superior de sus calzones.

—Abre la bragueta y tómame en tu mano. Quiero que me toques —dijo, esperando no sonar como un mendigo desesperado. A pesar de todas sus órdenes, autoridad y las libertades que se estaba tomando, ciertamente se sentía como uno.

CAPÍTULO DOCE

PARIS LUCHÓ por no dejarse arrastrar por la dulce seducción que Dominic siempre evocaba en ella. Siempre había sido así entre ellos desde el primer momento en que se conocieron.

Una chispa que, por mucho que él hubiera luchado contra ella, aún ardía brillante y caliente. Incluso ahora, después de todo lo que había pasado entre ellos, estaba ahí, latente, atrayéndolos, por mucho que Paris deseara que no fuera así.

Su mano se deslizó contra su monte de Venus y el calor la recorrió. Dejó que la tocara, que acariciara su carne dolorida y la provocara hasta alcanzar un punto febril.

Tan delicioso. Tan caliente y lo que había anhelado durante tanto tiempo. Siempre había disfrutado durmiendo con su marido, él era guapo y amable, y no había nada que no fuera placentero.

Pero sin importar el pasado tóxico y cruel que compartía con el hombre en sus brazos, que Dominic la tocara siempre había sido como una tormenta de fuego de deseo y necesidad que no cedía.

—Tócame, por favor, Paris. Te lo suplico —su voz sonaba ronca, desgarrada, y ella no pudo negárselo.

Ella lo alcanzó, desabrochando su bragueta. Su miembro saltó a su mano, y ella lo envolvió con sus dedos, lo acarició hasta la base y jugueteó con el endurecido miembro.

Era tan suave y sin embargo duro como una piedra bajo su palma. Miró entre ellos, y la visión de ambos dándose placer mutuamente era más de lo que podía soportar.

—Dominic —gimió.

Él le tomó la mejilla con la mano y la acercó—. Bésame, Paris. Por favor —suplicó.

Ella negó con la cabeza, sabiendo que si cedía a esa única demanda, no habría vuelta atrás. No sería capaz de negarle nada y volvería a ser esa mujer joven, lamentable y triste que había sido cuando llegó por primera vez a Londres. Una mujer sin nada que de alguna manera se había enamorado de un vizconde, solo para ver todas sus esperanzas y sueños destrozados.

No, no le daría ese poder sobre ella de nuevo.

Apretó su agarre sobre su hombría, aumentando el ritmo. Su miembro se endureció aún más, la cabeza de su erección púrpura y rezumando su semilla.

Una vista magnífica de contemplar.

Él deslizó un dedo dentro de ella, y ella jadeó, sin haber esperado tal exquisita tortura. Onduló sobre su mano, cabalgándolo, deseándolo. El calor y la humedad se acumularon en su centro, pero no le importó. Tomaría todo lo que pudiera de él, lo haría necesitarla, incapaz de vivir sin ella, antes de que él también aprendiera lo que era perderlo todo sin razón alguna.

Sin una razón digna, en cualquier caso.

—Sí, Dominic —gimió mientras espasmo tras delicioso espasmo recorría su cuerpo. Se aferró a él mientras su orgasmo desgarraba cada nervio de su cuerpo, temblor tras temblor que la dejó agotada.

—Eres tan hermosa —susurró él, robándole un beso en el cuello. Se quedó allí, otorgándole pequeños mordiscos en la oreja que la hicieron estremecer.

Paris volvió su atención a su miembro, dispuesta a dejarle tener este momento placentero. Le desabrochó el chaleco y le subió la camisa.

Se deslizó de su regazo y se arrodilló ante él. Sus ojos se ensancharon, y el deseo ardió brillante y caliente en sus ojos marrones.

—¿Qué estás haciendo, Paris? —preguntó, con un ligero temblor en su tono.

—Hacerte llegar —explicó ella, tomándolo con la mano y acariciando su miembro. Era un hombre grande, y ella recordaba su única noche juntos.

Después de su incomodidad inicial, su consideración, su necesidad de hacerla disfrutar la había dejado sin aliento, dolorida de hambre. Él no la había decepcionado, llevándola a un orgasmo que la había iluminado.

Hasta el día de hoy, lamentaba lo que había sucedido entre ellos. Una oportunidad perdida, sin duda. Les habría ido bien juntos. Siempre lo había pensado porque en el fondo creía que, sin importar lo que él le hubiera dicho en la biblioteca de Romney, la había amado. Que había sido persuadido de alejarse de ella era la única razón por la que la había eliminado de su vida.

Su hombría se tensó, las venas pulsando mientras ella lo provocaba, acariciaba y jugaba.

—Chúpame —suplicó, sus manos aferrando los cojines del sofá con un agarre tenaz.

Ella negó con la cabeza, no dispuesta a llegar tan lejos. No hoy, al menos, pero con el tiempo tal vez lo haría—. Ten paciencia, milord —lo provocó, aumentando sus caricias a un ritmo constante—. Apenas hemos comenzado.

Él gruñó, observándola, sus ojos pesados de necesidad. Su mirada embriagadora hizo que su estómago revoloteara. Hacía tiempo que no lo veía mirarla así, hambriento y decidido.

Una pequeña y ridícula parte de ella lo disfrutaba. Quería que fuera el hombre dulce y cortés que una vez había sido. Mientras que otra tomaría todas estas miradas y sentimientos que ella evocaba y se los devolvería a la cara.

Tal como él le había hecho a ella.

—Sí, maldita sea, Paris —su miembro se tensó más en su mano, y ella sintió su hombría pulsando mientras se derramaba sobre su pecho, el líquido color perla derramándose sobre él.

Ella se sentó frente a él, observando cómo recuperaba el aliento. Él la alcanzó, tocando su mejilla y encontrando sus ojos.

—Gracias —respiró—. Pero sabes que solo me hace desearte más —admitió, inclinándose hacia adelante—. Entrégate a mí, Paris. Podemos ser como éramos antes. Perdona los errores y sé feliz.

Si solo pudieran, pero los errores eran demasiado grandes. Quería gritarle que la había dejado antes incluso de averiguar si su única noche juntos había resultado en un hijo.

¿Cómo había podido hacerle eso? Hasta el día de hoy, no podía entenderlo.

Suponía que podría haber sido su juventud, su familia presionándolo para que lo hiciera mejor, pero él ya era el vizconde. Podría haber elegido por sí mismo y que se condenara lo que su familia pensara.

Paris se apartó del sofá y sacó el pañuelo del chaleco de Dominic, dejándolo caer sobre su estómago. —Será mejor que te limpies y te vayas antes de que pase demasiado tiempo. No necesito que mis sirvientes hablen sobre lo que sucede en esta habitación.

Él tomó el pañuelo e hizo lo que ella le pidió. Sin decir otra palabra, se bajó la camisa, asegurándola dentro de sus pantalones antes de abotonarse el chaleco. —¿Te veré en la reunión de Lady Hirsch esta noche?

—Sí —dijo ella, sentándose junto al fuego y agradecida por el espacio entre ellos. No sucumbiría a su encanto, ni a sus desesperadas palabras de reconciliación.

No podía ser tan débil como para caer nuevamente en esas dulces y vacías palabras.

—Pero realmente deberías cortejar a una joven que busque marido, ya que tú buscas esposa. No soy esa dama, Dominic. Nunca volveré a ser esa dama —declaró, tratando de hacerle entrar en razón. Para que no buscara en ella algo que no le daría.

Él tuvo su oportunidad y la había echado a la calle. Ella no le permitiría tener todo el poder nunca más.

Él se rio, pero ella pudo escuchar la incertidumbre en su tono. Con suerte, empezaba a entender lo que ella estaba y no estaba dispuesta a dar.

—Te veré esta noche —dijo él, haciendo una reverencia y saliendo de la habitación.

Paris suspiró y se dejó caer en la silla, agradecida de estar sola. Aunque solo fuera para recuperar el equilibrio. No podía pensar con claridad cuando él estaba cerca y necesitaba ser fuerte. Quizás su plan de lastimarlo debería detenerse, especialmente cuando temía que él no sería el único con dolor al final de su aventura.

Dominic estaba de pie en el salón del piso superior de la reunión de Lady Hirsch. Todas las habitaciones estaban abarrotadas, la gente se mezclaba, hablaba, bebía, y aun así sentía como si nadie estuviera diciendo nada en absoluto.

Divisó a Lord Lupton-Gage y se dirigió hacia él, inclinándose sobre la mano de su señoría en señal de saludo. —Es un placer verlos a ambos. Con esta multitud, es difícil encontrar a los conocidos.

Lady Lupton-Gage se rio y se acercó más a su marido. —Iremos a la reunión de los Jenkins después de esta. ¿Quién hubiera pensado que habría tanta gente en Londres en esta época del año? —dijo.

—Muy cierto —concordó Dominic.

—¿Cómo va tu amistad con Lady Hervey? ¿Has arreglado las cosas con ella? —le preguntó Gage.

Dominic miró a su señoría, y Gage desestimó sus preocupaciones con un gesto. —No te preocupes por la marquesa. No hay nada que le oculte —dijo, con los labios temblando en un intento de ocultar su sonrisa.

Dominic suspiró y se volvió para observar a todos los demás que caminaban por los pasillos y habitaciones de la casa. —No sé qué está pasando entre nosotros, para ser honesto. Siento como si estuviera completamente confundido. He expresado mis sentimientos, y hay momentos en los que siento que ella corresponde esas emociones, pero luego otras veces... —Dejó que sus palabras se apagaran, luchando por encontrar las frases correctas para decir en voz alta. Expresiones que no ofendieran ni revelaran demasiado de lo que habían hecho juntos.

—¿Qué sucede en esas otras ocasiones? —preguntó Gage, la preocupación en su tono dándole la fuerza para expresar lo que temía en lo profundo de su ser.

—Que ella está ahí, pero no lo está, si es que eso tiene algún sentido. No sé qué quiere, y a veces me pregunto si siquiera le agrado, y luego en otros momentos no hay nada que pueda mantenernos separados.

—¿Se lo has preguntado? —le cuestionó Gage.

—Lo he intentado, y he sido honesto. Me he disculpado por cómo la traté. Era joven y un tonto, escuchando a las personas equivocadas, y se lo he admitido, pero siento que no es suficiente. Siento que no me cree y que no la conquistaré. —Se encogió de hombros, frunciendo el ceño ante su explicación—. Siento como si ya la hubiera perdido o que nunca tuve realmente la oportunidad de ganarla.

—Ser joven difícilmente es una excusa, milord —replicó Lady Lupton-Gage—. Le rompiste el corazón, y aunque lo siento por ti, debo ponerme del lado de Lady Hervey en esto. No creo que después de varios días en la temporada puedas esperar que ella sea complaciente y haga todo lo que desees. —Se rio, pero el sonido fue burlón—. El corazón de una mujer no sana tan rápidamente, y creo que tendrás que arrastrarte mucho más de lo que ya lo has hecho antes de recibir el perdón sincero. —Se inclinó hacia su marido y le susurró algo al oído antes de decir—: Si me disculpan. Veo a mi amiga Julia.

Dominic miró a Gage y notó la expresión pensativa de su amigo. —Parece que la marquesa también está enojada conmigo. No puedo ganar esta temporada. Estoy condenado al fracaso.

Gage le dio una palmada en la espalda, suspirando. —Vamos, hombre, no hay necesidad de ser tan melancólico. Debes recuperarte, recuerda tu objetivo, ¿cuál es? —le preguntó.

—Ganar la confianza y el amor de Lady Hervey una vez más. Hacer que sea mi esposa antes

de que termine la temporada.

—Todo es posible cuando te lo propones —dijo Gage. Hizo un gesto en dirección a su esposa—. Mi amor tiene un punto válido, sin embargo. No esperes el perdón de la noche a la mañana. Puede que arda en la cama, pero los hombres pueden hacer eso tan bien como las mujeres y no tener ningún apego emocional. Debes cortejarla. Hacerla recordar la diversión y la risa que una vez compartieron. Lo que pueden compartir de nuevo si ella está dispuesta.

Dominic reflexionó sobre las palabras de su amigo y se dio cuenta de que no podía seducirla para que pensara como él. Tenía que hacer que se enamorara de él nuevamente con los rasgos que la atraieron en un principio. Frunció el ceño. Si tan solo supiera cuáles eran...

CAPÍTULO TRECE

PARIS ACEPTÓ la nota de su mayordomo y rompió el sello, leyendo rápidamente la misiva. Se levantó y caminó hacia la ventana, sintiendo que su boca se abría ante la vista frente a ella.

—Está esperando por usted, mi lady. ¿Qué desea que le diga a su señoría? —preguntó Frederick detrás de ella.

Por un momento, observó a Lord Astoridge arreglarse el cabello mientras estaba sentado en el curriculo negro, sus caballos grises a juego dóciles mientras esperaban. Suspiró al verlo. Era tan apuesto, aún hacía que su corazón latiera rápido, y sin embargo, detrás de ese hermoso rostro se escondía un hombre capaz de crueldad. De palabras insensibles lo suficientemente poderosas como para romper el más fuerte de los corazones.

Él hablaba con dos damas que pasaban frente a su casa de la ciudad. Puso los ojos en blanco ante sus risitas por la atención de él. ¿Acaso todas las damas se derretían alrededor del vizconde? Había empezado a pensar que sí lo hacían.

—Iré a cambiarme. Dile a su señoría que saldré enseguida.

—Sí, mi lady —oyó decir a Frederick antes de salir de la habitación.

Con la ayuda de su doncella, no le tomó mucho tiempo cambiarse a su vestido azul de carruaje con alamares a lo largo del dobladillo y los puños. Paris se puso su sombrero y comenzó a bajar las escaleras, preguntándose a dónde los llevaría su pequeña expedición hoy.

Un lacayo abrió la puerta, y ella se quedó en el umbral, luchando contra el impulso de suspirar de deleite cuando Lord Astoridge saltó y vino a recogerla, su sonrisa y ojos brillantes recordándole tiempos pasados. Tiempos mucho más felices cuando se escabullían juntos sin que nadie lo notara.

—Lady Hervey, su carruaje la espera —dijo, haciendo una reverencia ridículamente baja que era apropiada para una reina, no para una condesa.

—Lord Astoridge, qué sorpresa verlo aquí hoy. Pensé que estaría demasiado cansado después de las reuniones de anoche. Por lo que escuché, hubo varias.

Sus labios se tensaron en una línea de disgusto, y se acercó, tomando su mano y besándola. Sus labios presionaron suavemente contra sus guantes, y ella sintió la conmoción de su toque hasta los dedos de los pies.

—¿Te refieres a las muchas reuniones a las que asistí y tú no? Te busqué por todas partes, y para la tercera en casa de Lord Flowers, me di cuenta de que había sido engañado.

Paris no pudo evitar reír, sin haber sabido lo divertido que sería burlarse un poco de él. Y perderse algunos entretenimientos de la alta sociedad no era tan malo. —Me disculpo, mi lord. Tenía jaqueca.

—¿En serio? —dijo arrastrando las palabras, con un tono de incredulidad—. Pero, no importa, ahora estamos juntos, y te estoy llevando a Richmond para un picnic.

La idea sonaba encantadora, no es que ella fuera a alardear tanto ante él. —Espero que hayas empacado una comida abundante para ambos. El viaje a Richmond es de al menos una hora —dijo ella.

Él la condujo hacia el carruaje y la ayudó a subir antes de unirse a ella y tomar las riendas. Los caballos se movieron hacia adelante con un movimiento de sus muñecas, y pronto se dirigían fuera de las bulliciosas calles de Mayfair.

—He empacado una excelente comida que disfrutarás, confía en mí —dijo, sonriéndole.

Paris no pudo evitar sonreír de vuelta. Un día fuera de Londres, sin visitas, y sin necesidad de devolverlas sonaba celestial. De hecho, la noche anterior, después de decidir no asistir a las reuniones, había disfrutado de una noche en casa, leyendo más de su libro y acostándose temprano, en lugar de tambalearse hacia su casa a horas atroces de la mañana.

—Eso suena divino —dijo. Mantuvieron un ritmo constante, las carreteras volviéndose más tranquilas a medida que viajaban fuera de la ciudad. Pronto avanzaban a un ritmo constante hacia el parque. Esta mañana, no había una nube en el cielo ni una pizca de viento.

De vez en cuando, viajaban bajo un grupo de árboles, y Paris miraba hacia arriba y observaba la luz moteada mientras jugaba sobre ambos.

Sorprendió a Dominic observándola con una pequeña sonrisa nostálgica y ella suspiró internamente. A pesar de toda su ira hacia él, su resentimiento, él era el único hombre que podía hacerla desear cosas que ninguna dama debería.

Bueno, tal vez deberían, en realidad. Si las mujeres tomaran y exigieran más de la especie masculina, quizás no habría tantas matronas irritables en la alta sociedad.

—No deberías mirarme así —advirtió, necesitando detener la incómoda sensación que surgía dentro de ella cada vez que estaba cerca de Dominic. La sensación de caer bajo su encanto como la tonta que una vez fue—. Deberías guardar esas miradas para Lady Esme.

Él negó con la cabeza, pero su sonrisa permaneció. —He decidido que te quiero, Lady Herve, y no tengo miedo de admitir lo que quiero. Ahora —hizo una pausa, tomando una de sus manos y besando su palma, enviando una avalancha de sensaciones a través de ella que no necesitaba—, puedes estar en desacuerdo con mi apuro y luchar contra él a cada paso, pero voy a recuperar tu corazón, mi lady. Aunque sea lo último que haga en esta hermosa tierra.

—Estás muy seguro de ti mismo —dijo ella, una pequeña parte de ella complacida de que sin importar cuán cortante había sido, él no se había echado atrás. ¿Hablaban en serio? ¿Realmente

quería decir lo que decía?

Tal vez las personas podían cambiar con el tiempo, crecer y aprender.

No había razón por la que Dominic no pudiera. Pero posiblemente solo si se mantenía alejado de su entrometida madre.

—No creo que la viuda de Astoridge esté de acuerdo contigo en tu apuro, mi lord.

—Mi madre puede preocuparse por mis hermanas esta temporada y no por mí —dijo, su tono más duro de lo que lo había oído toda la mañana.

No queriendo empañar su salida hablando de su madre, que la detestaba, se animó y miró hacia adelante. —¿Puedo intentar dirigir los caballos? Nunca lo he hecho antes.

—¿No lo has hecho? —preguntó, con sorpresa en su voz—. Por supuesto.

Paris no dijo una palabra cuando él se acercó por detrás y la envolvió en sus brazos. Sus manos se cerraron sobre las de ella y deslizaron las riendas entre sus dedos.

—Ahora, mantén las riendas firmes pero flexibles. No es necesario ser dura con la boca de los caballos —dijo él.

Ella asintió, tomando las riendas, sintiendo un pequeño escalofrío de deleite al tener el control de dos grandes caballos. Trotaron por el camino de grava, y ella vigilaba la llegada de carruajes o giros y vueltas en su camino.

—Con el tiempo, podrás controlar los caballos con una sola mano, un pequeño giro hacia un lado, un movimiento mínimo hacia el otro, y girarán en consecuencia.

Paris asintió, asimilando todo lo que él decía. Un carruaje apareció frente a ellos, y él se acercó a ella, guiando sus manos pero sin tomar el control.

—Muévete hacia un lado del camino ahora. Hay suficiente espacio para que ambos carruajes pasen con seguridad.

Paris hizo lo que él dijo y se rio cuando el carruaje pasó junto a ellos, libre y seguro. —Lo hice —exclamó, sonriéndole.

Él le devolvió la sonrisa, ambos más cerca de lo que deberían estar. Sus brazos aún la rodeaban, y por un momento, ella olvidó dónde estaban y qué estaban haciendo.

Uno de los caballos relinchó, y ella se sobresaltó, volviendo a mirar hacia dónde se dirigían y agradecida de que no hubieran llegado a una curva para la que no estuviera preparada.

Lo último que deseaba era terminar en una zanja al lado del camino. Eso nunca serviría.

Dominic se sentó lejos de ella, relajado en el asiento del carruaje. —Ya eres competente, mi señora —dijo.

Ella negó con la cabeza, disfrutando de su broma pero sabiendo que no hablaba en serio. —Vaya, te agradezco el cumplido. No creo que pudiera hacer esto por mucho tiempo. Mis brazos ya me duelen.

Él se rio y se acercó, tomando las riendas, las cuales ella estaba más que feliz de ceder. —Te acostumbrarás al tirón de los caballos con el tiempo y más práctica. Por eso debes dejar un poco de espacio para el movimiento del animal. Si recuerdas mi consejo, no terminarás con los

músculos de los hombros y el cuello adoloridos.

—Lo retendré —dijo ella, sosteniendo sus manos en su regazo, contenta de disfrutar su paseo por el campo—. No me has hablado de tus hermanas, que tengo entendido están en la ciudad esta temporada. ¿Están disfrutando de los muchos bailes y fiestas? ¿Ya han ido a Almacks? —le preguntó.

Él gimió, poniendo los ojos en blanco. —Debo llevarlas allí el miércoles por la noche. —La miró de reojo—. ¿No te gustaría asistir también? Mi madre no puede ir, otro evento al que no puede faltar, o eso me han dicho, y podría usar tu ayuda. Estoy seguro de que les encantaría conocerte.

Paris dudó en responder, insegura de si deseaba volver a Almacks, pero la desesperación en su rostro venció su negativa y aceptó. —Puedo ayudarte, mi lord. Estoy deseando conocerlas a ambas.

Su sonrisa hizo que su corazón latiera rápidamente. —Ellas también están ansiosas por conocerte.

CAPÍTULO CATORCE

HASTA AHORA, el plan de Dominic estaba funcionando a la perfección. Hoy tendrían una agradable salida, un pícnic y buena conversación, nada más. No presionaría a Paris para que fuera íntima con él ni insinuaría que deseaba despojarla de su bonito vestido de paseo y hacerla suya sobre la hierba. Nada.

El placer de su compañía era todo lo que necesitaba, y esperaba que hoy fuera el comienzo de una nueva amistad entre ellos.

Un nuevo comienzo que merecían.

La vio mirar hacia arriba a través de los árboles mientras pasaban bajo ellos, la luz moteada jugando sobre sus hermosas facciones. Le cortaba la respiración, y se maldijo por idiota por haberla dejado ir.

Solo podía agradecer a Dios por pequeñas misericordias que no hubiera sabido que se había casado. No habría podido soportar tal verdad.

Pero pronto, ella sería suya de nuevo. Vería que la adoraba y que solo la quería a ella y a nadie más en la alta sociedad. Solo esperaba que no descubriera cuán deficientes eran sus finanzas antes de que cayera rendida a sus pies.

No lo aceptaría entonces. Pensaría que había sido un mentiroso, un canalla que la engañó por segunda vez para obtener el dinero que había heredado.

No es que supiera con certeza que era una viuda acaudalada, pero se rumoreaba que Lord Hervey le había dejado una suma considerable para mantenerla bien por el resto de su vida.

—Mis hermanas Lady Anwen y Lady Kate son gemelas, si no lo recuerdas. A los dieciocho años, puedes entender que ambas son muy obstinadas, y esas opiniones suelen significar que todos los demás están equivocados y ellas tienen razón —rio—. Pero siendo honesto, son las mejores amigas, y las adoro. Espero que ambas encuentren el amor.

Paris suspiró a su lado, mirando al frente como si estuviera perdida en su propio mundo. Por un momento, pensó que quizás no lo había estado escuchando.

—Suenas como si te hubieras vuelto un romántico, milord. No me digas que es así —bromeó.

—No hay vergüenza en ser romántico. Incluso ahora, no puedo creer cuán afortunado soy de

estar aquí contigo, de tener tu compañía una vez más. Te he echado de menos —admitió.

Ella puso los ojos en blanco, pero un hermoso rubor rosado cubrió sus mejillas.

—Siempre has tenido un don con las palabras.

—Solo tengo un don con las palabras cuando lo que digo es verdad —llegaron a una curva y él redujo la velocidad del carruaje, girando sin problemas.

—Este lugar donde vamos a hacer el pícnic. ¿Has estado aquí antes? —preguntó ella.

—Varias veces. A veces, durante el calor del verano, cuando estábamos en la ciudad para la Temporada, veníamos aquí a nadar. Esta propiedad colinda con Richmond Park, pero está en terreno privado.

—Oh, ¿hay un río? Qué maravilla. Me gustaría mojar mis pies.

Él miró al cielo, el sol subía cada minuto más alto.

—Bueno, ciertamente hace suficiente calor hoy para disfrutar de eso —dijo.

Viajaron varios minutos más antes de que él detuviera los caballos bajo un grupo de grandes árboles que ofrecían abundante sombra. Observó cómo Paris se dirigía hacia el río mientras él desenganchaba los caballos y los ataba a los árboles cercanos antes de agarrar la cesta de pícnic y unirse a ella.

—Qué lugar tan encantador. ¿Cómo lo encontraste? —le preguntó.

—Esta tierra pertenece a un conocido mío, el Duque de Renford. Le envié una misiva ayer diciéndole que estaría aquí hoy. No le importa siempre y cuando se le avise —explicó. No es que le hubiera dicho a Renford que traería a Paris aquí, pero incluso si lo hubiera hecho, estaba seguro de que a su amigo no le habría importado.

Colocaron la manta y la cesta del pícnic bajo un pequeño árbol junto al río. El tintineo del agua era un agradable escape del bullicioso tráfico de Londres durante el apogeo de la Temporada.

—¿Y nadabas aquí durante tus años escolares, dijiste? —le preguntó.

Él asintió, abriendo la cesta de pícnic y sacando una botella de limonada que su cocinera había empaquetado. Observó a Paris, sabiendo que todo lo que había traído para ellos hoy era lo que a ella le gustaba cuando la cortejaba hace cinco años.

Su sonrisa de deleite calentó su alma, y le pasó un vaso, deleitándose cuando ella tomó un buen sorbo.

—Esto está delicioso, Dominic —tomó otro sorbo y suspiró—. Tu cocinera lo hizo, ¿verdad? Es la única que hace que la limonada sepa a primavera.

—Le diré que le ofreces tus cumplidos —dijo él.

Ella miró dentro de la cesta, sus ojos se agrandaron al ver lo que había allí.

—Pequeños pasteles de queso, oh, simplemente divinos —Paris tomó uno y se lo metió en la boca. Cerró los ojos, saboreando el gusto.

Dominic se unió a ella, queriendo darle todo lo que pudiera, incluso si la comida de hoy le había costado más de lo que podía permitirse. Apartó el pensamiento desalentador de sus

menguantes fondos y en su lugar se concentró en hacer su día maravilloso.

—Tendré que visitarte y hablar con tu cocinera. La mía no es la mejor con los pasteles franceses, pero la tuya siempre pareció dominarlos perfectamente, a pesar de que es más inglesa que cualquiera de nosotros.

—Eso es muy cierto —sacó algunas frutas de verano y las colocó en un plato para compartir—. Gracias por venir conmigo hoy, Paris. Sé que te hice daño, y no estás obligada a darme ninguna parte de tu tiempo.

Ella lo observó, y él odiaba la sombra que pasaba por sus hermosas facciones cada vez que mencionaba el pasado. Pero necesitaba que ella supiera que había cambiado. Que no era el mismo joven tonto que había sido.

—Nunca he subido a un curricle antes. ¿Cómo podría dejar pasar semejante oportunidad? —bromeó, tomando otro pastelillo de queso y deslizándolo entre sus labios.

Dominic reprimió el deseo que surgió al verla hacer cualquier cosa cerca de él. —Eres muy generosa —dijo.

—Fui feliz con Lord Hervey, Dominic —dijo ella. Había usado su nombre de pila varias veces hoy. Ese conocimiento le daba esperanza.

—Él me salvó, y siempre estaré agradecida por él y por el amor que le dio a mis hijos.

Dominic se frotó la mandíbula, odiando que otro hubiera sido íntimo con la mujer que él había codiciado, la única mujer que había adorado por encima de todo, sin importar su origen común y sencillo.

De hecho, el que no fuera parte de la aristocracia solo había aumentado su aprecio por ella.

O quizás algo más...

Paris sabía que debería dejar de comer los pastelillos de queso, pero entonces, no quería insultar al cocinero de Dominic, a quien siempre había codiciado para sí misma, incluso cuando él estaba en Francia.

La idea de robarle el cocinero a Lady Astoridge había sido una tentación que, a veces, era difícil de negar.

—Me alegro de que fueras feliz.

Ella le lanzó una pequeña sonrisa. Su amabilidad, su dulce naturaleza que parecía tan opuesta al joven que la había cortejado años atrás, era difícil de reconciliar.

Era difícil seguir enojada y amargada con él cuando parecía querer cambiar o al menos reparar el daño que su abandono le había causado.

—Debes saber que aunque te perdone por lo que me hiciste, no deseo casarme de nuevo —declaró, la idea no tan firme en su mente como lo estaba al comienzo de la temporada. O incluso hace varias noches.

Por qué, no podía comprenderlo. Tal vez era que la idea de tomar un amante le había recordado todo lo que había perdido con la muerte de Hervey. O quizás era porque el primer hombre que había amado estaba sentado a su lado, intentando que se enamorara de él

nuevamente, siendo dulce, amable y diciendo todo lo que una mujer que había sufrido un corazón roto quería escuchar.

—Esto es un problema —dijo él, mordiendo un pastelillo de queso y dejando caer varias migas sobre su abrigo en el proceso—. Porque estoy decidido a casarme, y la única mujer que deseo como esposa está sentada a mi lado. Una mujer que está muy decidida a permanecer viuda el resto de sus días, aunque es demasiado joven para ser puesta en el estante.

Paris luchó por no sonreír. En el estante, vaya. —El hecho de que no desee casarme no significa que seré relegada de esa manera. Acepté ayudarte en Almacks, y asisto a muchos bailes y fiestas y tengo amigos en altos círculos, ¿no es así? Es una suerte para tus hermanas que sea buena amiga de Lady Sefton, una de las anfitrionas de Almacks. Serlo ayudará a allanar su camino durante la velada.

—Podría besarte por ser tan generosa —dijo él—. Pero me abstendré porque soy un caballero.

Paris se deslizó otro pastelillo de queso en la boca. Mejor eso que besarla ella misma simplemente porque estaba empezando a pensar que estaba lejos de ser una dama.

CAPÍTULO QUINCE

PARIS NO RECORDABA un día más hermoso fuera de Londres. No es que estuvieran demasiado lejos. El sol brillaba, apenas había brisa, y el agua no estaba tan fría como para que sus pies, una vez que se quitó las botas y las medias, se convirtieran en pequeños bloques de hielo azul.

Dominic, también, estaba siendo el anfitrión perfecto. Le servía limonadas e incluso llegó a enfriar la botella en el río cuando exploraban. Los caballos dormían bajo los árboles, lo que le recordaba a los tiempos que pasaban juntos antes de que todo saliera tan mal.

Por mucho que una vez hubiera deseado que Dominic fuera su esposo, ya no podía permitirse ese lujo. La idea de que él viera a su hija, la hija de ambos, le provocaba escalofríos.

En el momento en que viera a Maya, lo sabría. Vería que era suya. Afortunadamente, Lord Herve y Dominic compartían colores similares. Ambos tenían el cabello de un tono más oscuro y los ojos marrones.

Pero él se daría cuenta. Sabía en lo más profundo de su ser que él vería la forma de sus ojos, el giro de sus labios que era el mismo que el suyo cuando bromeaba. Lo vería, y entonces su hija estaría arruinada.

—¿Cuáles son tus planes después de la temporada? —le preguntó mientras caminaban por la parte menos profunda del río, las suaves piedras redondas bajo sus pies no resultaban desagradables.

—Volveré a Surrey y me ocuparé de la finca. Espero que Anwen y Kate estén casadas y felizmente instaladas, pero aún es temprano en la temporada y ningún caballero ha mostrado interés todavía.

—¿Y tu madre? ¿Se quedará en la ciudad o volverá contigo a Surrey? —No es que Paris le deseara la adusta Vizcondesa Viuda de Astoridge a nadie, y ciertamente no a la nueva novia de Dominic, pero su señoría, cuando se trataba de su hijo, nunca parecía estar lejos.

—La casa de la viuda ha sido remodelada recientemente —dijo él, con una expresión de desagrado que Paris se preguntó a qué se debía—. Ella se mudará allí antes de que termine el año.

—¿No deseas que deje tu finca? —preguntó ella.

Él frunció el ceño y la miró a los ojos. —¿Por qué preguntas algo así?

Ella se encogió de hombros, mirando de nuevo hacia el agua. —Parecías afligido por el hecho de que se esté mudando.

—Ah —murmuró—. No, no es eso. Hay otras cosas en juego que necesitan atención en casa. Madre es solo una de ellas. —Caminaron unos minutos más en silencio antes de que él dijera—: ¿Y tú? ¿Volverás a Landon Hall? Tengo entendido que la finca del conde es bastante grandiosa.

—Es sustancial, pero afortunadamente tengo un excelente administrador que se encarga de todo mientras estoy fuera, y recibo informes semanales. Quiero que mi hijo herede una finca rentable, y haré todo lo posible por proteger ese legado.

—Eres mejor que algunos —dijo él, sus palabras teñidas de arrepentimiento.

Paris lo estudió, preguntándose por qué de repente parecía tan melancólico. Tal vez era la charla sobre sus hijos o su vida de casada con Lord Hervey.

—Pero tus hermanas tendrán éxito, estoy segura, y espero conocerlas. ¿A qué hora quieres que nos encontremos en Almacks? —preguntó, pensando que era mejor cambiar de tema.

—¿Te vendría bien a las nueve? Sé que están ansiosas por asistir al menos una vez esta temporada, y estarán encantadas de tener como acompañante a una condesa que es amiga de una de las patronas.

—Será un placer —dijo ella, con toda sinceridad. Sin importar lo que hubiera ocurrido entre ella y Lord Astoridge, sus hermanas no tenían nada que ver con eso, y ella ayudaría a cualquiera si pudiera, sin importar su posición o riqueza. No es que las dos jóvenes damas tuvieran que preocuparse por esto último. Dominic era uno de los vizcondes más ricos de Inglaterra. No tenían nada de qué preocuparse.

Él se acercó a ella, con los pantalones arremangados hasta por encima de las rodillas. Se veía tan despreocupado y desarreglado, y Paris tenía que admitir que le gustaba más así que de cualquier otra manera. Había una calma en él en estos entornos. Ninguno de los dos tenía que preocuparse por lo que decían o cómo se veían. Similar a cómo ella creció en Grafton, una joven pueblerina sin preocupaciones en el mundo.

—Eres la mejor persona, Paris. Que estés aquí, pasando tiempo conmigo, permitiéndome la oportunidad de intentar corregir el error que cometí, me habla de tu corazón indulgente.

Paris intentó restarle importancia a sus palabras con una risa, pero fracasó. Encontró su mirada y, por su vida, no pudo apartarla. Él la observaba, con sinceridad en cada rasgo de su apuesto rostro.

No caigas, Paris. No vuelvas a fallarte a ti misma.

Pero ya podía sentirse cayendo. ¿Cómo no hacerlo? Dominic fue el primer hombre que amó. El único hombre que la hacía olvidar todo pensamiento razonable y simplemente... necesitar.

No había lógica en ello. Debería odiarlo para siempre. Y por todo lo sagrado en la tierra, lo había intentado, pero no podía aferrarse a ese odio perpetuamente.

Dudaba que alguien pudiera hacerlo sin volverse amargado y frío, incluso despiadado.

Ella no quería ser así, y aunque quería castigarlo y hacerlo arrepentirse de su elección,

también sabía que, en algún momento, tenía que dejar ir lo que había ocurrido entre ellos.

Tal vez eran demasiado jóvenes. Él era demasiado inmaduro y estaba bajo la guía de su horrible madre. Ella también tenía la culpa. Nunca debió haber sido íntima con él, no sin alguna seguridad, que en ese momento no tenía ninguna.

El error de una joven tonta que casi la había arruinado. Gracias al cielo por Hervey.

—Tal vez ambos hemos sido necios y hemos cometido errores por igual, pero no quiero castigarte para siempre. Es agotador tratar de permanecer enojada contigo cuando eres tan encantador —bromeó—. No —le pinchó el pecho con el dedo— que quiera volver a casarme. No lo quiero. Sería mejor que aún encontraras una esposa que no sea yo, pero creo que podemos ser amigos. Amigos con beneficios.

Él arqueó las cejas y ella soltó una risita.

—He estado disfrutando de nuestros beneficios —ronroneó él, agarrándola por las caderas.

—Yo también —dijo ella—. Me gustaría continuar con ellos si estás de acuerdo.

—Oh, estoy de acuerdo. —Y antes de que Paris pudiera detener a Dominic, él inclinó la cabeza y le robó un beso. Fue un roce de labios, tan suave, tan rápido que si hubiera parpadeado, se lo habría perdido.

Y sin embargo, eso no era cierto. Su cuerpo cobró vida con su toque. Su corazón aceleró el ritmo y su piel se erizó de consciencia. Quería que la besara de nuevo, y tal vez algo en sus facciones reveló sus pensamientos porque él bajó la cabeza por segunda vez y la besó una vez más.

Dominic sintió el beso con Paris hasta la punta de los pies. Cuando bajó la cabeza, no esperaba que ella se quedara donde estaba. Pensó que lo apartaría, haría una broma ligera, recordándole por qué no lo besaría, pero no lo hizo.

Y eso lo dejó tambaleándose.

Profundizó el beso, saboreándola por primera vez en años. Era dulce, sabía a sol y verano, limonada y todo lo que era perfecto en el mundo.

Quería envolverse en los sentimientos que ella evocaba en él. Una sensación de rectitud, arrepentimiento y esperanza, todo mezclado en uno.

Las manos de ella se deslizaron por su pecho antes de recorrer sus hombros. La sintió levantarse en el agua de puntillas para profundizar el abrazo, y él estaba allí para todo ello.

La deseaba. Toda ella, por siempre y para siempre.

La besó, vertió todo lo que sentía por la mujer en sus brazos en ese primer beso. Necesitaba que ella supiera, que sintiera que él iba en serio.

Que aún la quería muchísimo.

La amaba...

El pensamiento lo sacudió pero no lo asustó. De alguna manera, en el fondo, siempre supo que solo la amaba a ella. No importaba que la hubiera abandonado y dejado defenderse sola después de haber sido íntimos, aun así, justo ahora, en este mismo momento, ella le ofrecía una

segunda oportunidad.

Le daba lo que él no estaba seguro de poder proporcionar a otra si los papeles se invirtieran.

Ella era muy superior a lo que él podría ser jamás, ¿y cómo no amar a una persona así?

Sus lenguas se entrelazaron, lucharon por el dominio, y él se deleitó con su sabor. Dispuesta y toda calor líquido en sus brazos. Su cuerpo se tambaleó, su eje se inclinó, y estaba perdido.

No habría vuelta atrás desde aquí.

Dominic tomó a Paris en sus brazos y la sacó del río, besándola todo el tiempo mientras caminaba hacia su manta de picnic.

Ella era todo fuego en sus brazos, exigiendo y tomando todo lo que él le daba, y él le daría todo si tan solo ella se lo permitiera.

La tendió sobre la manta, y ella lo atrajo encima de ella, tomando sus labios en un beso que envió su juicio por los aires.

—Te deseo —jadeó ella, alcanzando sus pantalones y tirando de los botones.

Él le agarró la mano, deteniéndola.

—No te traje aquí hoy para esto. No tenemos que hacer esto, Paris —dijo, sintiendo cada palabra.

—Quiero hacerlo, Dominic —respondió ella, sus manos menos urgentes en sus pantalones, pero igual de decididas.

Él renunció a la última de sus luchas internas. ¿Quién era él para negarle algo a una dama, y especialmente a esta dama? La única por la que se preocupaba tanto que, a veces, le dolía físicamente.

El hecho de haberla herido lo atormentaba, y deseaba poder cambiar el pasado, pero bien podía hacer que el futuro para ellos fuera mucho mejor.

Si pudiera ganar su corazón una vez más. Cambiar su opinión sobre casarse con él.

Interiormente se estremeció, deseando ser tan adinerado como una vez lo fue. No quería que ella pensara que algo de lo que hacía era porque necesitaba una esposa rica. Podría casarse con cualquiera en la alta sociedad que buscara un título y no tanto dinero, pero no lo hacía.

No quería ser ese hombre. Quería ser un hombre mejor.

El caballero esposo de Paris.

No le llevó mucho tiempo subir su vestido de carruaje. Su miembro dolía y se tensaba, el pensamiento de estar con ella de nuevo era casi demasiado para soportar.

Ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, y él respiró profundamente, luchando contra el creciente dolor en sus testículos, queriendo hacerla llegar antes de derramarse como un novato con su primera amante.

Embistió dentro de ella, y todo estaba bien en el mundo.

—Paris —gimió, besando el dulce suspiro que brotaba de sus labios—. He deseado esto durante tanto tiempo.

Los dedos de ella se aferraron a su espalda, atrayéndolo hacia ella. Él hizo lo que ella quería,

necesitaba complacerla. Darle tanto disfrute y placer como él recibiría de este maravilloso día.

—Se siente tan bien —jadeó ella.

Él la besó, profunda y largamente, embistió dentro de ella, dándole lo que quería. Ella respondió a cada embestida y lo arrastró hacia el placer que los atormentaba a ambos. Sus testículos se tensaron, y luchó por no derramarse. Necesitaba que ella llegara. Quería oírla gritar su nombre.

Ella se mecía contra él, y él aumentó el ritmo, su unión frenética. Los primeros temblores de su orgasmo la atravesaron, y gritó, gimió su nombre, y lo cabalgó lo mejor que pudo mientras él la poseía. Su miembro se endureció, y él se corrió, bombeando su semilla dentro de ella, deseando que engordara con su hijo. Quería un futuro con la mujer que se perdía en sus brazos.

Con Paris.

CAPÍTULO DIECISÉIS

MÁS TARDE ESA NOCHE, Paris yacía en la bañera y bebía una copa de vino que se había servido antes de despedir a su doncella por la noche. Su cuerpo aún vibraba y dolía por su encuentro con Dominic esa tarde.

Desde que Dominic había regresado a la ciudad, nunca había actuado de manera tan escandalosa. El recuerdo de lo que habían hecho, y dónde, le hacía arder la piel. Él sacaba a relucir un lado de ella que creía perdido hacía mucho tiempo.

Pero ahí estaba, el fuego y la picardía que solo él parecía arrancar de ella.

¿Era malo para ella? Sin duda. Ya le había roto el corazón una vez, pero ahora parecía diferente. Un hombre cambiado. Un hombre que había aprendido de su error y quería enmendarse.

Pero perdonarlo y permitirle volver a su vida solo podía ocurrir en la ciudad. Él nunca podría conocer a Maya, o su farsa terminaría, y él exigiría respuestas.

No es que le gustaran las respuestas que ella le daría, pues no lo pintarían de manera favorable. Paris miraba fijamente el fuego cuando un suave golpe sonó en su puerta, y la voz amortiguada de Millie la llamó desde el otro lado.

—Pasa —respondió y se giró para ver a su amiga, vestida para el baile de esa noche, entrar en su habitación.

—Tu mayordomo dijo que no asistirías al baile de los Lincoln esta noche, y ahora puedo ver por qué. Pensé que podrías estar enferma o algo así y vine a ver cómo estabas —dijo Millie, dejándose caer en el taburete del tocador.

—No, nada de eso. Estoy perfectamente bien, como puedes ver. Mi única enfermedad es Lord Astoridge —le confesó a su amiga.

Millie arqueó una ceja, con interés brillando en sus ojos marrones. —¿En serio? ¿Ha habido novedades de las que deba estar al tanto? —preguntó.

—Sí —suspiró Paris, tomando su copa de vino y dando un largo sorbo—. Fui íntima con él.

Los ojos de Millie se agrandaron, y se quedó boquiabierta durante varios segundos sin decir palabra. —¿Qué? —balbuceó.

Paris suspiró. —Fui íntima con él de nuevo —repitió—. Hice la bestia de dos espaldas.

Mezclé menudillos con él. ¿Quieres que siga explicando?

Millie arqueó una ceja, imperturbable. —Pero no ibas a hacer eso en absoluto. ¿Qué pasó, por favor?

Deseaba poder decir que no lo sabía, pero sí lo sabía. —Me besó, y me perdí, transportada de vuelta a la joven que lo amaba tan intensamente, demasiado para su propia cordura. Pero parece diferente ahora. Siento que realmente está tratando de enmendarse, pero no creo que desee casarme de nuevo. Él nunca puede conocer a Maya. Sabes cuánto se parece a él. Vería a través de mi matrimonio con Hervey y no le agradecería que su hija lleve el nombre de otro hombre.

—¿Y qué esperaba que hicieras? Hiciste lo que cualquier mujer en nuestra situación habría hecho si nos encontráramos abandonadas, desechadas y embarazadas. Hiciste lo que tenías que hacer, no hay muchas opciones aparte de la ruina, y no se hizo ningún daño. Maya no es la heredera. El pequeño Oliver tiene el título, y es de sangre de Hervey. No hiciste nada malo, Paris, y aunque creo que es maravilloso que puedas perdonar, ten cuidado. Si no deseas casarte de nuevo, ser íntima con un hombre es un riesgo.

—Lo sé, y afortunadamente también sé qué puedo hacer para prevenir sorpresas como la que tuve hace cinco años, pero no puedo decirle que no. Simplemente tiene que mirarme, y me pierdo. Olvido todo lo que me prometí a mí misma y caigo en sus brazos como una tonta enamorada.

—Aún lo amas.

La afirmación de Millie le provocó una descarga de miedo. No lo amaba. No podía. No después de todo lo que había pasado entre ellos. Todos los años que permaneció enojada con él. Sin mencionar que no había futuro. Nunca podría decirle la verdad sobre su hija. Eso sería injusto tanto para Maya como para Dominic.

No había nada que pudiera cambiar sobre su pasado. Ni podía alterar quién era el padre de su hija. —He estado enojada con él durante tanto tiempo, ¿cómo puedes pensar que aún lo quiero tan profundamente?

—Porque no habrías estado con él, permitido tales libertades de nuevo si no fuera así. Puedes seguir enojada con Lord Astoridge y aun así desearlo, añorar lo que perdiste. Tal vez eso esté más cerca de la verdad —dijo Millie, poniéndose de pie.

—Me has dado mucho en qué pensar —dijo, observando cómo Millie caminaba hacia la puerta de su dormitorio—. Gracias por venir a verme. Espero que tengas una noche agradable.

—Te veré mañana por la noche —dijo Millie, saliendo silenciosamente de su habitación y dejándola sola. Paris suspiró y se hundió bajo el agua. Su mente luchaba con qué hacer y qué pensar de Dominic. Habían hecho una tregua, y la pasión, la innegable necesidad aún ardía entre ellos tan intensamente como siempre, pero ¿era eso suficiente?

Tanto había pasado entre ellos. Tantos errores, la mayoría cometidos contra ella y su hija, aunque fuera sin saberlo.

Supuso que seguir siendo su amante mientras estuvieran en Londres no podía hacer daño. Le

ayudaría a pasar el tiempo más rápidamente antes de regresar a casa en el campo.

Pero él no podía estar con ella más allá de ese tiempo. El secreto que guardaba no podía ser conocido ni descubierto. No lastimaría a su hija de esa manera, ni a Dominic.

Tenía que mantener su distancia una vez que terminara la temporada. Con suerte, con el tiempo él se casaría y se olvidaría de ella y de su pasado.

Paris se incorporó en la bañera y abrazó sus rodillas, mirando fijamente el fuego que calentaba la habitación. Su situación habría sido mucho más simple si lo hubiera mantenido alejado. Si no se hubiera propuesto romperle el corazón como él le había roto el suyo. Ahora su corazón no estaba jugando según las reglas que ella había establecido, y eso no era lo que había pretendido.

Pero al igual que cuando era una debutante tonta, su corazón no estaba escuchando. Y mira dónde la había colocado al final.

Con el corazón roto.

Dominic se reclinó en su silla en Brooks y se pasó una mano por la cara. Aquella tarde había sido maravillosa y frustrante a la vez. Deseaba que Paris le entregara su corazón de nuevo. Que confiara en el hecho de que ya no era aquel muchacho inmaduro e influenciable que fue una vez.

Ahora era un hombre, podía tomar sus propias decisiones y quería que ella estuviera a su lado cuando lo hiciera.

Echó un vistazo al opulento club de caballeros, sabiendo que su tiempo en lugares como este era limitado. Pronto sería incapaz de dar la cara en tales sitios, no cuando se revelara la verdad sobre su deuda.

Se estremeció por dentro, odiando siquiera pensar en que Paris descubriera que carecía de fondos. Ella pensaría que su cortejo tenía un motivo ulterior.

No era así. Ella era rica, sí, se rumoreaba que Lord Hervey le había otorgado una suma considerable para asegurarse de que no dependiera de sus hijos cuando estos alcanzaran la mayoría de edad, pero ese no era el motivo por el que la quería de vuelta.

Cerró los ojos y sopesó decirle la verdad sobre su situación. Sincerarse y explicarle los errores que había cometido y cómo eso no afectaba su decisión de ganarse su amor.

Aunque cualquier esposa rica serviría, supo en el momento en que la vio de nuevo que, aunque hubiera sido tan pobre como cinco años atrás, aun así la habría cortejado.

Pero, ¿cómo convencerla de este hecho?

No había forma de hacerlo. La única manera de que ella aceptara casarse con él era si nunca supiera la verdad hasta que fuera demasiado tarde.

El pensamiento le avergonzó, y alcanzó su brandy, bebiéndolo de un trago.

—Tranquilo, Astoridge. Saldrás rodando por las puertas en lugar de pavonearte —dijo el Duque de Romney, con risa en su voz.

Dominic miró al pilar de la sociedad y al hombre que se había casado con la mejor amiga de Paris. —Su Gracia, no pensaba que Brooks fuera su lugar habitual.

El duque miró alrededor del club y luego se sentó frente a él. El cuero de su silla crujió ante la intrusión. —No lo es. Normalmente estoy en Whites, pero Renford ha vuelto a la ciudad y me invitó, y es un buen amigo, ya sabes.

El duque lo observó por un momento antes de llamar a un lacayo y pedir una cerveza. —Pareces llevar el peso del mundo sobre tus hombros. ¿Quieres aligerarlo? —le preguntó.

Dominic se frotó la nuca, sin estar seguro de si debía decirle algo al hombre que sin duda era ferozmente leal a Paris. Pero entonces, tal vez podría darle algún consejo y perspectiva.

—He vuelto a la ciudad para casarme, una necesidad, ya sabes. No me estoy haciendo más joven —mintió—. Pero Lady Hervey parece decidida a permanecer viuda, y no estoy seguro de poder hacerla cambiar de opinión en ese asunto.

Romney tomó su cerveza y bebió un sorbo. —Lady Hervey es una mujer independiente, tuvo que serlo después de... bueno, mejor dejar esa situación atrás —dijo.

Dominic apretó los dientes, sabiendo muy bien a qué aludía. Se aclaró la garganta. —Sí, es mejor, creo —estuvo de acuerdo.

—Tiene una familia y no necesita casarse. Aparte de una mayor seguridad financiera, ¿qué puedes ofrecerle que nadie más pueda? Si estás tratando de recuperarla, y por lo que he visto durante la Temporada, supongo que lo estás, ¿qué puedes darle a Lady Hervey que no encontrará con nadie más?

La palabra amor reverberó en su mente una vez más y no cedió.

Ni le asustó. Si acaso, calentó su alma y alivió el miedo, la ansiedad de que estaba cayendo más y más en deuda cuanto más tiempo permanecían en la ciudad durante la Temporada. Sus hermanas le estaban costando una fortuna y la Temporada aún no había alcanzado su apogeo.

—Lo único que puedo ofrecerle, aún creo que no será suficiente. Por mucho que desee que sea así —admitió—. Otros factores pronto disolverán ese único elemento que puedo dar y que creo compartir con Lady Hervey, por mucho que ella pueda negarlo por su parte. Pero no es suficiente. Sé que no la persuadiré.

Romney bebió su cerveza, con una mirada pensativa. —Entonces tendrás que convencer a Lady Hervey de que hablas en serio y que es suficiente, y que nada más vale la pena perder lo que compartís. Aunque no conozco los detalles de tu vida, y tampoco creo que hayas tratado a la mejor amiga de mi esposa de manera justa o con respeto hace cinco años, también sé que esta no es mi vida. Lady Hervey debe elegir, así que si hablas en serio, y quieres decir todo lo que dices y lucharás por ella, no dejes que cualquier asunto trivial te impida expresar cómo te sientes y lo que quieres.

Dominic escuchó y sopesó todo lo que el duque dijo. Todos buenos consejos y todo lo que había pensado hacer y, sin embargo, no lo había hecho por miedo al rechazo y a lo desconocido. —¿Y qué hago si ella rechaza todo lo que le ofrezco? —le preguntó a Romney.

El duque se rio. —Bueno, si es algo parecida a mi esposa, la duquesa, te hará trabajar por su mano. Pero no te desanimes. Nada es insuperable si eres honesto y hablas en serio. —El duque se

puso de pie, dedicándole una pequeña sonrisa—. Te deseo suerte, Astoridge. Creo que si te humillas lo suficiente, aún podrás ganar esta guerra —dijo, alejándose.

Dominic reflexionó sobre las palabras del duque, y la esperanza y una renovada determinación florecieron con su consejo. Ganaría su confianza y su corazón aún. No había otra opción. No para ninguno de los dos.

CAPÍTULO

DIECISIETE

PARIS TOMÓ el brazo de Dominic mientras la guiaba hacia un lado del salón de baile de Almacks, donde iba a conocer por primera vez a Lady Anwen y Lady Kate Astoridge.

Ni siquiera durante su cortejo en el año de su presentación en sociedad había conocido a las hermanas menores del vizconde.

Las dos jóvenes, ahora mujeres, observaban mientras ella se acercaba. Sus ojos tenían el mismo brillo travieso que los de Dominic a su edad, y ambas eran impresionantes.

—Anwen, Kate —dijo Dominic—. Permitidme presentaros a la condesa de Hervey. Condesa, estas son mis hermanas, Lady Anwen y Lady Kate Astoridge.

Paris hizo una pequeña reverencia y sonrió mientras las chicas hacían lo mismo. —Es un placer conoceros a ambas. ¿Estáis disfrutando de la temporada hasta ahora? —les preguntó.

Asintieron con sonrisas cálidas y acogedoras. —Es un placer conocerla también, Lady Hervey —dijo Kate—. Sentimos haber esperado tanto para conocerla. Dominic habla muy bien de usted.

Las palabras de la joven hicieron sonreír a Paris, y miró a Dominic, solo para encontrarlo observándola. Era tan apuesto, tan cambiado del hombre que recordaba que le había roto el corazón. De nuevo su mente la atormentaba, debatía y se confundía con todo lo que él le hacía sentir, y sin éxito. No sabía qué hacer.

—Sois muy amables, pero he oído que habéis estado ocupadas en Londres.

—Estamos disfrutando mucho, mi lady —dijo Anwen—. Nuestro hermano ha estado haciendo todo lo posible para asegurar nuestro éxito, y ahora que usted está aquí esta noche, estamos seguras de que no cometeremos ningún error.

—Odiaríamos disgustar a las patronas —dijo Kate, sonriendo.

Paris rió, colocándose junto a ellas. —No disgustaréis a nadie. Simplemente recordad vuestros modales y no os vayáis con ningún caballero a donde no podamos veros, y todo irá espléndidamente.

Dominic se aclaró la garganta, captando rápidamente la mirada de Paris. —¿Recuerdas nuestra primera noche en Almacks, Paris? —susurró contra su oído, enviando un escalofrío de deleite por su columna.

El calor besó sus mejillas, y se preguntó por su pregunta. ¿Cómo podía pensar que olvidaría una noche así? La noche en que la había llevado a escondidas en este edificio, besándola hasta que sus dedos se curvaron en sus zapatillas de seda.

Incluso ahora, el pensamiento de tal beso la hacía anhelar probarlo de nuevo. Estar a solas, solo ellos dos.

—Oh, vemos a Lady Anna Bell. ¿Podemos ir a hablar con ella? Está sola —dijo Anwen, volviéndose hacia ambos.

—Id y disfrutad de la noche, y no olvidéis llenar vuestras tarjetas de baile —aconsejó Dominic antes de que prácticamente corrieran al otro lado de la sala hacia su amiga.

Paris sonrió, recordando aquellos días despreocupados de ser una debutante. Cómo el pensamiento de posibilidad, de un futuro desconocido, te llenaba de emoción y expectativa. —Vuestras hermanas serán un éxito, milord. Mirad, incluso ahora, varios jóvenes se dirigen a su pequeño grupo. Creo que tendréis una boda doble antes de que termine la temporada.

—Oh, eso espero —dijo él, con un pequeño ceño entre sus cejas mientras observaba a sus hermanas—. Son buenas chicas... mujeres, supongo que debería corregir. Espero que hagan un matrimonio por amor y estén establecidas y felices antes de mucho tiempo.

Paris le dio unas palmaditas en el brazo cerca de donde descansaba su mano. La sensación de su abrigo de superfino llamó su atención, y lo inspeccionó. —Lord Astoridge, tenéis un pequeño desgarró en la manga de vuestro abrigo —dijo.

—¿Lo tengo? —Miró el pequeño desgarró con sorpresa—. Tendré que hacer que mi ayuda de cámara lo revise cuando regrese a casa —dijo, con la boca frunciéndose en una línea de desagrado.

Paris volvió a mirar a la multitud de invitados. —Creo que fue en Almacks donde nos conocimos por primera vez —le recordó, queriendo volver al tema de su cortejo. La parte dulce y memorable, en cualquier caso.

Su profunda risa ante sus palabras también trajo tantos recuerdos. —¿Recuerdas nuestra tercera asistencia aquí? ¿Deberíamos escabullirnos y ver si el armario sigue sin llave?

La idea tenía mérito, y Paris asintió sin pensar demasiado en el asunto.

—¿Puedes recordar dónde está? —le preguntó.

Paris casi se burló de la pregunta. Recordar dónde estaba el armario, por supuesto. Era un lugar que nunca podría olvidar, y siendo uno de los recuerdos más dulces que tenía de Dominic, nunca había tenido razón para hacerlo.

—Lo recuerdo. Me reuniré contigo allí directamente.

Dominic sintió su respuesta en el centro de su alma. Su cuerpo vibraba con la necesidad de estar con ella de nuevo. De besarla y tocarla, de recordarse a sí mismo que ella lo deseaba tanto como él a ella.

Quería más que tenerla deseándolo de esa manera. Quería que fuera su esposa, y esto era simplemente un paso más para demostrarle que no la decepcionaría esta vez. Que había un futuro

para ellos si solo ella diera un salto de fe.

No le tomó mucho tiempo encontrar el armario que guardaba tantos recuerdos apasionantes para ambos. Que ninguno de sus amigos supiera de su cortejo había sido una verdad maravillosa y liberadora.

Abrió el armario y lo cerró, intentando ser lo más paciente posible. El hecho de que hubiera explotado el hecho de que sus amigos no conocieran su interés por Paris y lo hubiera usado para su ventaja más tarde disminuyó su entusiasmo, pero lo apartó.

Ya no era ese chico inmaduro y temerario. Ahora era un hombre y uno que sabía lo que quería, a quién siempre había querido. Si hubiera pensado en casarse con otra, lo habría hecho, pero nunca pudo encontrar las palabras ni la mujer adecuada para el título de vizcondesa.

Había una razón para eso. Cuando el pomo giró y la puerta se abrió, esa razón estaba frente a él.

La arrastró al pequeño y oscuro lugar y la besó.

Con fuerza.

Sus lenguas se entrelazaron y danzaron mientras él la guiaba contra la pared, presionando sus cuerpos juntos. El suyo ardía por liberarse. Deseaba levantarla en sus brazos y que ella envolviera sus deliciosamente esbeltas piernas alrededor de su cintura mientras les daba placer a ambos.

La mano de ella se deslizó entre ellos, frotando contra su miembro, y él gimió a través del beso.

—Paris, me harás derramarme como un jovenzuelo inexperto en mis calzones de seda.

Una prenda que no podía permitirse arruinar, sin importar lo satisfactorio que fuera.

Ella soltó una risita y empujó su pecho. Él observó, embelesado, y sintió que su corazón se detenía mientras ella besaba su pecho a través de la camisa y el chaleco.

Sus ojos se encontraron cuando ella se arrodilló frente a él, y pudo leer la picardía en su mirada. Tragó saliva, se mordió el labio y extendió la mano para apoyarse en la pared.

—No dejaré que arruines tus calzones de seda —arrulló ella, desabrochando cada botón de su bragueta con una lentitud exasperante. Él tomó un respiro para calmarse, preguntándose si ella haría lo que él esperaba fervientemente que estuviera imaginando.

Ella liberó su miembro, y este cayó sobre su mano, duro y prácticamente suplicando por su toque. Él jadeó cuando la lengua de ella lamió la pequeña gota de semen de la punta. Cerró los ojos, con picardía en sus facciones antes de tomarlo en su mano y guiar su verga hacia su boca caliente y dispuesta.

Lo succionó, y él jadeó, la observó, luchó por no derramarse, por no bombear su semilla por su garganta como deseaba.

Ella trabajó en él, su mano sincronizada con su boca, tirando, succionando, provocando su longitud con su lengua, sus dientes con moderación.

—Joder, Paris —maldijo él, moviendo sus caderas.

Ella murmuró su deleite, una pequeña sonrisa en sus labios antes de tomarlo en su boca nuevamente, trabajándolo, provocándolo. Nunca en su vida había ardido por alguien con tanta necesidad.

Sus testículos se tensaron, y supo que estaba cerca. Con un sonido húmedo, ella se separó de su miembro, y él aprovechó la oportunidad para levantarla.

La giró y la presionó contra la pared.

—Mi turno —susurró contra su oído, alcanzando para levantar su vestido.

Ella no hizo ningún movimiento para detenerlo, su trasero presionando contra su miembro.

—Sé que quieres que te folle —la provocó.

Ella asintió, sus manos contra la pared y donde apoyaba su cabeza.

—Me alegra que te hayas dado cuenta —dijo, dejándolo desconcertado.

Él sintió su trasero, desnudo al tacto, y separó sus piernas con el pie.

—Voy a hacer que te corras tan fuerte, Paris —dijo.

Ella murmuró su acuerdo mientras él se posicionaba detrás de ella y se hundía en su apretado y caliente sexo.

La tomó con embestidas implacables y usó su mano para provocar su pequeño botón endurecido. Estaba húmeda, ondulándose contra él, aceptando todo lo que él le daba, y luces estallaron detrás de sus ojos.

Tan condenadamente bueno. Tan jodidamente caliente.

—No puedo tener suficiente de ti —admitió, sus testículos tensándose por segunda vez. Ella alcanzó hacia atrás, agarrándolo por el cuello, manteniéndolo cerca, y él la sintió temblar.

Su orgasmo la atravesó, y él la siguió. Bombeó su semilla dentro de ella, y dejó que sus contracciones extrajeran su propio placer.

Gimió, jadeó su nombre, y la tomó hasta que no quedó nada más que dar, nada más atrás.

Solo satisfacción.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

PARIS IBA SENTADA en el carruaje mientras se dirigían al segundo baile de la noche. Almacks había sido un éxito para Lady Anwen y Lady Kate, y ambas mujeres habían bailado varias veces.

El cuerpo de Paris aún vibraba con el placer que Dominic le había provocado. Él estaba sentado frente a ella, y podía sentir sus ojos como una caricia física.

Durante varios minutos, luchó por mantener su atención en las calles de Mayfair, sin estar del todo segura de que fuera seguro mirarlo, pero finalmente el deseo pudo más y miró en su dirección.

No debería haberlo hecho. Sus ojos ardían de pasión, de determinación, y no pudo apartar la mirada, ni siquiera cuando Kate soltó una risita a su lado.

—Lady Hervey, tengo entendido que tiene dos hijos —dijo Kate, apartando su atención de Dominic.

Paris asintió, sonriendo al mencionar a sus hijos. —Así es. Lady Maya y Lord Oliver Hervey. Están en casa, en Landon Hall, pero según nuestra tradición, pasarán las dos últimas semanas de la temporada en la ciudad conmigo antes de que cerremos la casa de Londres —dijo, preguntándose cómo mantendría a Dominic alejado de sus hijos. Una situación que no había tenido en cuenta.

—Oh, qué encantador. Nuestra madre nunca nos dejó ir a la ciudad con ella y Dominic cuando éramos más jóvenes —dijo Lady Anwen, haciendo un puchero a su hermano como si fuera su culpa.

Dominic puso los ojos en blanco. —Erais molestas —explicó—. Y ya conocéis la disposición de madre hacia los niños —bromeó, sonriendo a Paris.

Ella se rió, sabiendo lo irritante que era su madre para todos los demás. Pero afortunadamente, no había tenido el disgusto de verla de nuevo desde su última interacción con la vizcondesa viuda. Aunque no había abordado el tema con Dominic, solo podía suponer que su advertencia había sido atendida y que le había dicho a su madre que la dejara en paz.

—Estará en el baile de los Craig, desafortunadamente, y sin duda nos empujará hacia caballeros que ya hemos dicho que no nos interesan.

A Paris no le gustó nada cómo sonaba eso. Una temporada en Londres debería ser divertida y

despreocupada, no llena de temor a ser arrojada ante un caballero lo suficientemente mayor como para ser tu abuelo.

No es que supiera que eso era lo que la vizcondesa viuda estaba tramando, pero podía imaginarlo. Ciertamente quería que su hijo se casara bien, y sin duda eso también se aplicaba a sus hijas.

La idea de que Dominic bailara con alguien que no fuera ella le hacía hervir la sangre. Había cambiado tanto desde que lo había visto de nuevo después de todo el dolor de su pasado.

Pero entonces, él también había cambiado, lo cual era afortunado. Era cariñoso, se había disculpado por su trato hacia ella, aunque solo conocía la mitad de lo que había hecho.

¿Qué pensaría? ¿Cómo reaccionaría si supiera que había dado a luz a su hijo? Que la pequeña Lady Maya era suya y no de Lord Hervey.

—Gracias por su ayuda esta noche, Lady Hervey, en Almacks. Estoy segura de que Lady Sefton está ahora bastante encantada con nosotras —dijo Anwen, con satisfacción en sus labios.

Dominic negó con la cabeza y se rió. —Pronto lo sabremos, supongo. Si recibís otra invitación, entonces tu resumen es correcto.

—Espero que Lord Devlin esté presente esta noche. O el señor Kane para ti, Anwen. Son los caballeros que deseamos ver, ¿no es así? —preguntó Kate a su hermana.

—Oh, sí, el señor Kane tiene una pequeña finca en Reading y vale mil libras al año según me han dicho. No es mucho, lo sé, pero es mortalmente guapo, y creo que besa muy bien.

Dominic se aclaró la garganta y le dio a Paris una mirada de horror. —No estoy seguro de que lo que gastas en vestidos se satisfaga con un caballero que solo vale mil libras al año —dijo, tirando de su corbata.

Sus palabras enfriaron un poco la diversión que todos estaban teniendo en el carruaje, y la mirada de devastación en el rostro de Kate hizo que Paris se detuviera. ¿Estaba poniendo la riqueza de alguien por encima del deseo de su corazón?

El carruaje se detuvo y las chicas salieron rápidamente antes de que Paris y Dominic las siguieran a un paso más lento. —¿Por qué le habrías dicho eso a Lady Kate? ¿Qué importa si el señor Kane no es tan rico como tú? Ella tiene una dote sustancial y puede satisfacer los ingresos más que suficiente para ambos.

—Mis disculpas —dijo, ayudándola con su capa—. Solo quise decir que no quiero que mis hermanas se lancen a una unión meramente por una cara bonita.

—¿Como hiciste conmigo hasta que descubriste que era pobre y te marchaste? —replicó, no satisfecha con su respuesta.

Él la detuvo antes de las puertas del salón de baile, acercándose. Ella inhaló el profundo aroma a vainilla que emanaba de su atuendo esta noche y luchó por mantener la cabeza. Olía tan bien, pero no lo suficiente como para no seguir molesta con él.

—No, nada de eso. Sabes que lo que te hice fue un error y uno por el que estoy pagando incluso ahora cuando lo usas contra mí en cada oportunidad que tienes.

Ella caminó adelante, sabiendo que eso era cierto, pero ¿qué esperaba? Especialmente cuando decía cosas extrañas como lo había hecho a su hermana en el carruaje.

Entraron en el salón de baile, y Paris observó cómo las hermanas de Dominic saludaban a su madre y pronto fueron llevadas hacia un grupo de jóvenes damas y caballeros que estaban hablando a cierta distancia.

Su madre, una vez satisfecha con la situación de sus hijas, se giró. Paris maldijo interiormente cuando la viuda detectó que estaba al lado de Dominic. La boca de la madre de Dominic se torció en una línea de desagrado mientras se pavoneaba hacia ellos, con la nariz en alto como si comandara el salón de baile por encima de los anfitriones.

Qué esnob petulante era, y cómo Paris detestaba a la mujer que había estado en el centro de toda su desgracia. Que había sido cruel e implacable con una mujer sin rango ni fortuna, y debido a lo cual su hija ahora nunca conocería a su verdadero padre.

—Lady Hervey —prácticamente escupió, examinando el atuendo de Paris como si lo que llevaba fuera ofensivo de alguna manera. Por debajo de sus exaltados estándares que no eran estándares en absoluto. El carácter cruel y desagradable de la mujer hacia cualquiera que considerara indigno la hacía así.

—Lady Astoridge. Qué placer verla de nuevo —dijo Paris, con un tono burlón.

La viuda parpadeó lentamente, y Paris luchó por no sonreír. Esperaba que entendiera que cualquier antipatía era completamente mutua.

—He oído que ayudaste a escoltar a mis hijas a Almacks. —Se volvió hacia Dominic, clavándole una mirada dura—. ¿Por qué no me lo pediste a mí, querido? Soy más que capaz, y he estado en sociedad mucho más tiempo que Lady Hervey.

Dominic tomó dos copas de ratafia de un lacayo que pasaba y le entregó una a Paris. —Lady Hervey fue lo suficientemente amable como para aceptar mi petición, y no hay nada malo en que otros escolten a Kate y Anwen. No siempre tiene que ser cosa nuestra, y además —dijo, dando un sorbo a la dulce bebida—, Lady Hervey es amiga de Lady Sefton, y creo que eso ayudó a mis hermanas en su búsqueda de una velada exitosa.

Sus palabras no admitían discusión, y la viuda no podía decir mucho a lo que él había dicho. A menos que quisiera parecer aún más rencorosa de lo que ya parecía.

—Humph —resopló—. Bueno, esperemos que eso les ayude, porque ambas necesitan buenos partidos. Los Astoridge solo se casan bien —dijo, mirando a Paris mientras pronunciaba las palabras.

Paris luchó por no fulminar con la mirada a la vieja entrometida. ¿Cómo podía una persona que tenía unas hijas tan dulces ser tan vengativa y mezquina? No tenía ningún sentido.

—El hecho de que yo escolte a sus hijas no perjudicará sus posibilidades de encontrar un buen partido, mi señora. —Hizo una pausa, sopesando sus siguientes palabras y decidiendo continuar con ellas—. Incluso una mujer como yo, que empezó sin fortuna ni rango cuando llegó a Londres por primera vez, tuvo una temporada exitosa. A pesar del esfuerzo que otros pusieron

durante mi estancia aquí para que no fuera así.

La viuda se quedó boquiabierta antes de entrecerrar los ojos. —Espero que no estés insinuando nada, querida. Odiaría que tuviéramos un desencuentro, ya que pareces estar familiarizada con mi hijo de nuevo.

—Madre...

Paris tocó el brazo de Dominic, deteniendo sus palabras. Hacía tiempo que había aprendido a defenderse sola, y ciertamente no necesitaba que un hombre hablara por ella. Se acercó a la viuda para que solo ella pudiera oír. —No creo que nunca hayamos tenido un encuentro. —Paris sonrió, bebiendo un sorbo de su bebida antes de pasar junto a la viuda, sin importarle chocar con su hombro.

Se dirigió hacia Millie, necesitando una conversación cuerda y amable durante varios minutos. Dominic podía lidiar con su madre. Ella ya no tenía tiempo para ella.

Ni parecería que cuanto más tiempo pasara en sociedad, pudiera cuidar sus modales, incluso con las matronas de la alta sociedad como Lady Astoridge. No podía respetar a nadie que no la respetara a cambio. Familia de Dominic o no.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DOMINIC SUSPIRÓ cuando Paris arrugó la nariz ante su madre y los dejó para ir a hablar con la duquesa de Romney.

No podía culparla. Su madre era una arpía y una persona de la que él también se cansaba cuando tenía que pasar un periodo prolongado de tiempo con ella. La alegría de verla de nuevo después de haber vivido en el extranjero había sido efímera. Seguía siendo tan opinionada y mordaz como siempre, y temía que nunca cambiaría.

Ciertamente no con respecto a Paris.

—No puedes hablarle a Lady Hervey de esa manera. Es muy respetada y apreciada en Londres. Sin mencionar que a mí también me agrada. Solo estás causando daño a mí y a mis hermanas.

Su madre se burló de sus palabras, su rostro contraído por el disgusto hacia la condesa.

—Como si necesitara a esa don nadie para ayudar a mi familia. Somos más ricos y poderosos que los Hervey. Puede que tengan el condado, pero nuestro vizcondado se remonta cientos de años más atrás que el suyo, y todos sabemos que el segundo conde solo obtuvo su título porque era el primo segundo del rey.

Dominic suspiró y debatió si decirle a su madre que el dinero se había esfumado. Que debería querer la ayuda de personas como Lady Hervey para conseguir un buen partido para sus hijas. Aparte de sus dulces rostros y caracteres, tenían poco que ofrecer.

Ambas necesitaban casarse con hombres ricos a quienes no les importara la dote. Un hombre raro, sin duda, en la sociedad londinense.

—He oído un rumor y debo preguntarte sobre él —dijo su madre, observándolo.

Él también había oído el rumor y no le agradaba. Y ciertamente no quería hablar de ello con su madre.

—¿Cuál es el último chisme del que quieres hablar? —preguntó de todos modos, esperando que fuera diferente.

—¿Que tienes intenciones románticas hacia la señorita Smith? —susurró, escupiendo el nombre de Paris como si fuera lodo en su boca.

Él apretó los dientes, rogando por paciencia.

—No veo cómo eso es asunto de nadie más que mío. Te ayudaría no escuchar chismes. Es indigno de ti.

—Y sin embargo, no lo niegas. —Su boca fruncida le indicó que estaba luchando por controlar su ira. La mujer era más fácil de leer que un libro, y al observar la sala, varios invitados se habían interesado en su conversación.

Él se encogió de hombros.

—Odio decirte esto, madre, pero no soy un niño. Puedo elegir con quién relacionarme, ya sea de manera amistosa o romántica.

Ella lo pinchó en el pecho, su uña clavándose en su piel.

—Nunca la aceptaré en la familia, ni a sus hijos. No sigas ese camino de nuevo, Dominic. No lo toleraré. —Su madre divisó a alguien que conocía, y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa, transformando su semblante de enemigo a amigo en un instante. Tan voluble, tan amargada. Se preguntó, mientras la observaba acercarse a su amiga, cómo había llegado a ser así. Vio a sus hermanas y se alegró de que no se hubieran convertido en personas como sus padres, incluso con su ausencia. Su temporada habría sido un desastre entonces y un completo fracaso. Nadie quería una arpía, y ciertamente no como esposa.

Paris estaba de pie en la puerta de la casa de los Craig, esperando que llegara su carruaje. Había enviado un mensaje a través de un lacayo a su casa para que enviaran su equipaje.

La noche se había vuelto fría, y se acurrucó en su capa mientras el sonido de cascos de caballos resonaba cerca en el camino empedrado. Con suerte, sería su carruaje.

Afortunadamente, el vehículo se dirigió hacia la casa, y ella se preparó para regresar a casa. Necesitaba su cama. La noche había sido agotadora, agradable e igualmente enloquecedora con la horrible madre de Lord Astoridge presente.

Una mano cálida y grande presionó contra su cadera antes de que una profunda voz de barítono susurrara en su oído:

—Déjame escoltarte a casa.

Ella miró a Dominic mientras el carruaje se detenía frente a ellos, y un lacayo abrió la puerta, bajando los escalones.

—Muy bien —dijo, deseando estar a solas con él, tenerlo cerca, que la consolara después de la agotadora noche.

Tomando la mano del lacayo, subió al carruaje, y Dominic la siguió. El lacayo cerró la puerta, y pronto quedaron encerrados en el espacio oscuro.

—Dé una vuelta por un tiempo —gritó él, encontrando sus ojos a través del carruaje en penumbras, con una luz maliciosa ardiendo en los suyos.

Ella se estremeció ante la idea de lo que él tenía en mente. Nunca había hecho nada en un carruaje más que viajar de un punto a otro, pero algo en su mirada poco escrupulosa le dijo que él tenía otros planes para ellos.

—Lamento lo de mi madre. De nuevo —dijo él.

Ella descartó sus preocupaciones con un gesto. No quería hablar más de esa mujer. Era una pérdida de aliento, en opinión de Paris.

—No quiero hablar de tu madre —dijo, sintiendo crecer la necesidad dentro de ella, eliminando cualquier pensamiento que no fuera sobre él.

Sus labios se curvaron antes de que rápidamente desatara las cortinas del carruaje, dejándolas caer, encerrándolos aún más en la oscuridad.

—¿De qué te gustaría hablar? —le preguntó, recostándose en los asientos.

Era tan apuesto, su mandíbula cincelada rogando ser sostenida, sus labios besables para ser tomados en un abrazo ardiente.

Se mordió el labio, preguntándose si sería lo suficientemente audaz como para tomar más de lo que quería, tal como lo había hecho antes esa noche.

Se inclinó hacia adelante y agarró el dobladillo de su vestido, levantándolo por encima de sus rodillas. Los ojos de él se oscurecieron, pero antes de que pudiera moverse, ella fue hacia él.

Se sentó a horcajadas sobre su regazo, ajustándose para presionar contra la masa endurecida en sus pantalones.

Tan exquisito, y todo suyo para hacer lo que le placiera.

Él jadeó, agarró su trasero, y ella presionó con más fuerza contra él.

—Podría devorarte viva —murmuró, cerrando el espacio entre ellos y besando su barbilla.

Un escalofrío le recorrió la espalda y echó la cabeza hacia atrás, permitiéndole hacer lo que quisiera, siempre y cuando sintiera el dulce y delicioso sabor del éxtasis que él siempre parecía proporcionarle.

Deslizó las manos por su pecho, deleitándose con la sensación de los músculos que se flexionaban bajo sus palmas. No le costó mucho liberarlo de sus calzones. Su miembro duro y pesado se deslizó contra su palma, y ella lo provocó antes de guiarlo hacia su interior.

La tomó con fuerza, embistiéndola, y sus gemidos se entremezclaron en el pequeño espacio.

—Te quiero. Te quiero toda —dijo él, tomando su rostro entre sus manos y obligándola a mirarlo. Sin importar su pasado, algo en su tono, la mirada de adoración en su rostro, le hizo saber con certeza que hablaba en serio.

Quería que fuera su esposa.

Ella había querido herirlo, hacerle pagar con su corazón como él le había hecho pagar con el suyo. Pero ahora no podía hacer eso. ¿Cómo podía ser tan cruel cuando tanto tiempo y crecimiento habían ocurrido para ambos?

Ya no eran los mismos de antes, ni tenían que escuchar a otros para que los guiaran.

Paris no sabía cómo responder, cómo decirle todo lo que había planeado para arruinar y destrozarse su corazón, así que en su lugar, se entregó a hacerle el amor.

Cabalgó sobre él, disfrutando del delicioso deslizamiento mientras él llenaba e inflamaba su cuerpo. Sus manos se movían sobre ella, guiando, acariciando, provocándola hasta la locura.

—¿Cómo vamos a parar? —preguntó ella, su cuerpo enroscándose sobre sí mismo, el

exquisito dolor y el precipicio tentador que estaba justo fuera de su alcance, pero tentadoramente cerca.

—¿Por qué tenemos que parar? Nunca tenemos que parar. Si tan solo me dieras tu corazón una vez más. Podríamos tener un futuro, Paris. Podríamos comenzar una vida juntos. Podría ayudarte a criar a tus hijos, guiarlos y amarlos tanto como te amo a ti —confesó.

Los primeros temblores de su orgasmo la atravesaron, y se aferró a él, lo besó mientras lo cabalgaba a través de su placer.

Él no la siguió, sino que esperó a que recuperara el aliento y lo mirara a los ojos. —Hablo en serio, Paris. Nunca he estado más serio en mi vida, y pasaré cada día del resto de ella demostrándote que digo lo que siento.

Paris no sabía qué decir o hacer. Esto no era lo que había planeado, pero entonces, todo se había vuelto tan confuso que ya no sabía realmente qué quería cuando se trataba de Dominic.

Él la amaba.

Cómo iba a pensar con claridad cuando sabía un hecho tan maravilloso. Habría sido mucho más fácil si él no se hubiera convertido en el hombre que era hoy, sino que hubiera seguido siendo el joven egoísta y persuadible que una vez fue. Habría sido mucho más fácil alejarse entonces, pero ahora? Ahora no estaba segura de poder hacerlo en absoluto.

CAPÍTULO VEINTE

LA TARDE SIGUIENTE, lord y lady Astor celebraron un té en su propiedad a orillas del Támesis. Un evento anual que se llevaba a cabo durante el día o como un baile nocturno.

La tarde era un poco fresca, con nubes empañando el cielo, y Paris llevaba un spencer color crema sobre su vestido de tarde de muselina azul.

Los jardines bullían de invitados, todos los que eran alguien estaban presentes. Paris estudió la multitud mientras una sensación de inquietud se apoderaba de ella.

Se volvió hacia los escalones de la terraza que conducían a la casa y divisó a lord Astoridge. Estaba solo, con una copa de brandy en la mano y su atención completamente centrada en ella.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Después de su interludio en el carruaje y lo que él le había confesado allí, todo había cambiado. La idea de que él quisiera un futuro con ella, ser parte de su vida con sus hijos, le revolvía el estómago.

Por mucho que le hubiera encantado ser una familia en algún momento, eso ya no era tan fácil ahora. Él bastaría con echarle un vistazo a Maya para saber que era su padre. La idea de decirle la verdad después de todos estos años la aterrorizaba. Él se sentiría enojado y herido, confundido, y sin duda arremetería contra ella por ocultarle la verdad. La propia Maya, aunque solo tuviera cinco años, había crecido conociendo a un solo padre. Enterarse de que lord Hervey no era su papá la devastaría y afectaría su futuro. Y aunque el pasado no era enteramente su culpa, quizás podría haber luchado más en aquel momento y exigido que él asumiera la responsabilidad por el niño que crecía en su vientre. Haberlo obligado a casarse con ella sin importar su falta de dote. No lo había hecho.

No es que creyera que hubiera podido hacerlo en ese momento. No realmente. Él había sido arrogante y egoísta entonces, y ella había estado aterrorizada de miedo. Si él se hubiera enterado de su hijo, ella siempre habría tenido ese temor flotando sobre ella, solo esperando para estrellarse contra su vida y arruinarla a ella y a Maya para siempre.

No, no podía darle lo que él quería, sin importar que cuanto más tiempo pasaba con él, más era algo que ella también deseaba.

—¿Me lo admitirás ahora? —le preguntó Millie, pasándole un vaso de limonada.

—¿Admitir qué? —preguntó ella, dando un sorbo a la refrescante bebida.

—Que estás enamorada de lord Astoridge. —Su amiga miró en dirección a su señorita, que ahora hablaba con lord Grose—. Sabes que si continuas con este romance, en algún momento conocerá a tus hijos.

La advertencia de su amiga fue escuchada, y ella se estremeció internamente, consciente de ello, una preocupación constante para debatir—. Planeaba herirlo. Hacer que se enamorara de mí de nuevo, usándolo como sentí que él me usó a mí.

—Lo cual hizo —interrumpió Millie, lanzándole una mirada penetrante.

Paris suspiró—. Lo sé, pero ya no puedo continuar con mi plan. Él ha cambiado. No deja de disculparse y pedir perdón. Es cariñoso, dulce y maduro, algo que no era hace cinco años. Creo que habla en serio, y creo que, sin importar el riesgo, debería considerarlo.

Millie sonrió a varias damas que pasaban antes de tomarla del brazo y llevarla más lejos de los invitados reunidos—. ¿Qué planeabas hacer? —le preguntó.

—Herirlo —admitió—. Como él me hirió a mí, pero ya no puedo hacer eso ahora, pero tampoco puedo arruinar a mi hija. Si él se entera de ella...

—Es su culpa que te vieras obligada a hacer lo que tuviste que hacer, Paris. Él es responsable de eso. Que supiera o no del niño es irrelevante. Siempre era posible que hubiera un hijo entre dos personas cuando son íntimas, y el hecho de que no pensara en ti, sino que simplemente empacara su vida y huyera a Francia, demuestra cuánto le importabas. —Su amiga hizo una pausa, tomando aliento—. Ahora, aunque creo que tienes razón y que ha madurado y cambiado, no te culpes por esto ni por un momento. Él te rompió el corazón y huyó sin mirar atrás. No tiene derecho a sentirse insultado y herido cuando la verdad de sus acciones se presenta ante él en la piel de lady Maya.

Paris asintió, habiendo necesitado escuchar esta verdad de su amiga, y tenía razón. Sin importar cuándo o si Dominic conocía a sus hijos, él no tenía derecho a sentirse insultado y enojado con ella. Especialmente cuando ella tenía más derecho a estarlo que él, ella había sido quien se había casado con otro por pánico y necesidad. Y aunque ese matrimonio había sido una bendición, afortunadamente, podría no haberlo sido. Podría haber terminado en desastre.

—Tienes razón, por supuesto, y tomaré cada día como venga. Si llegara a conocer a los niños, siempre existe la posibilidad de que no se vea a sí mismo en Maya en absoluto. Podría estar preocupándome por nada, y nadie más que tú y yo conoce a su verdadero padre.

—Y eso no cambiará a menos que le digas la verdad —dijo Millie, extendiendo la mano y tomando la suya—. Siempre estaré aquí para ti, Paris.

Paris sonrió a su amiga, agradecida por su apoyo y amistad duradera—. Y yo para ti —dijo y se giró justo cuando lord Astoridge se unió a ellas.

—Su Gracia, lady Hervey —dijo, con placer en sus ojos. Su atención recorrió a Paris como una caricia, y distraídamente, ella oyó a Millie disculparse y dejarlos solos.

—Te he echado de menos desde anoche —susurró él, colocándose a su lado.

Un calor le recorrió la espalda al sentir su mano en su columna, un dedo deslizándose por el

centro de su espalda y haciendo que su piel se erizara de conciencia—. ¿En serio? —preguntó ella.

—Sí, en serio —confirmó él. El hambre y el afecto en su mirada hicieron que su corazón se detuviera y el placer vibrara a través de ella. ¿Cómo iba a alejarse de él? La idea de hacerlo se volvía imposible de imaginar, y supo que no podía.

Entonces, ¿qué hacer ahora? ¿Decirle la verdad?

Aunque ese pensamiento no la satisfacía, podría ser su único camino hacia adelante. No podía continuar con lo que fuera que habían comenzado y no ser honesta por el resto de su vida.

La idea de iniciar esa conversación en particular le helaba la sangre, y se debatía sobre cuándo se le dice a alguien sobre un hijo que no conoce.

Cuánto más fácil habría sido la vida si él simplemente se hubiera mantenido alejado.

Dominic había observado a Paris y a la duquesa de Romney durante varios minutos y no podía evitar pensar que su conversación era seria.

Ambas mujeres parecían absortas en su debate, y él se había acercado a Paris, seguro de que estaba angustiada.

—¿No ocurre nada malo, verdad? —le preguntó—. Espero no haberte ofendido de ninguna manera. —Odiaba la idea de que ella pudiera pensar que la estaba utilizando para satisfacer sus necesidades.

No era así. Hablaba en serio y la quería como esposa, y no cejaría hasta demostrarle que aún la amaba. Que nunca había dejado de hacerlo.

—No, en absoluto —respondió ella, mordiéndose el labio mientras observaba a los invitados de la fiesta en el jardín mezclarse, hablar y reír entre ellos—. Pero hay algo que tenemos que hablar, y si vinieras a cenar mañana por la noche, sería lo mejor —dijo.

—Será un honor —respondió él, anticipando ya el tiempo que pasarían a solas. Le daría más oportunidades de cortejarla, hacerle el amor y convencerla de que él era a quien amaba y quería como marido.

No es que ella hubiera admitido tales cosas, pero él era un hombre paciente y no había prisa.

Excepto que tú tampoco has sido honesto con ella...

El pensamiento lo avergonzó, y supo que tenía que decirle la verdad sobre su situación. Caer sobre su espada, por así decirlo, y esperar que ella no lo echara como un cazafortunas, como parecería.

—Hermano, Lady Hervey, qué alegría verlos a ambos. Mamá ha acorralado a Kate con el hijo mayor de Lord Cole, y yo no podía soportar su aburrida conversación, y entonces los vi a ustedes dos aquí y tuve que venir a saludarlos —dijo Anwen, sonriéndoles a ambos como si hubiera ganado un premio maravilloso.

—Deberías estar apoyando a tu hermana —afirmó Dominic, buscando a su madre y a su hermana.

—Creí que Lady Kate había mencionado que le gustaba el señor Kane. Él también está aquí.

Lo vi cerca de la fuente hablando con Lady Astor —comentó Paris.

—Mamá no la dejará hablar con él. De hecho, la arrastró como si el señor Kane fuera una palabra sucia que no se debe pronunciar. Su fortuna no es tan grande, ¿sabes?, y mamá está empeñada en que ambas hagamos grandes matrimonios. No es que a mí me importe, de una forma u otra, mientras tenga caballos, no me importa un bledo cuánto dinero valga mi futuro marido.

—Puede que te arrepientas de tu decisión cuando no puedas permitirte ni un caballo para montar —dijo Dominic y lamentó sus palabras al instante cuando Paris lo miró con curiosidad.

—El dinero no lo es todo —replicó Paris—. Y tu hermano lo sabe. Solo está bromeando. Estoy segura de que si el señor Kane viniera a pedir la mano de Lady Kate, tu hermano aceptaría la unión. ¿No es así, Dominic? —le preguntó.

Se aclaró la garganta, asintiendo, aunque la idea de que su hermana fuera pobre y tuviera dificultades le dejó un mal sabor de boca. Sabía que no debería, pues en realidad, tenía que decirle a Paris que, en verdad, él era tan pobre como el señor Kane y podía ofrecer poca dote para sus hermanas. Su felicidad debería ser lo primordial para él, pero no quería verlas sufrir.

Ella pensaría que su propuesta, su intento de ganar su corazón, estaba motivado por el dinero. No había forma de que pudiera argumentar que no era así, pues no podía cambiar sus circunstancias. Había perdido la mayor parte de su fortuna, solo le quedaban su buen nombre y las propiedades vinculadas. Aparte de eso, no tenía nada.

A menos que se casara con una mujer rica.

—Hablaré con madre y le explicaré la situación, y me aseguraré de que Kate pueda elegir como le plazca. —Paris le sonrió, y él le devolvió la sonrisa, pero su estómago se revolvió ante la idea de lo que debía hacer.

Era hora de que le dijera a su familia la verdad sobre su situación, y era su elección con quién se casaban, incluso si esas elecciones venían con repercusiones con las que tendrían que vivir el resto de sus vidas.

En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, tal como decían los votos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

DOMINIC ESTABA SENTADO en su biblioteca revisando varias pilas de cuentas que habían llegado solo en la última semana. Sombrereras, modistas y fabricantes de sombreros sumaban cientos de libras.

Se pasó una mano por el pelo, sintiendo pánico antes de tomar un respiro para calmarse. ¿Cómo diablos iba a pagar todo eso?

—Ah, aquí estás, Dominic. He querido hablar contigo —dijo su madre, entrando en la habitación como si nada estuviera mal. ¿Y por qué habría de estarlo para ella? No conocía la verdad y seguía actuando como si nada hubiera cambiado para la familia.

Pero las cosas eran diferentes, habían cambiado, y tenía que decirle la verdad antes de que pasara otro día. Los gastos de la temporada se estaban saliendo de control, y no podía pagar ni la mitad de lo que había llegado.

—Por favor, toma asiento —pidió, señalando la silla al otro lado del escritorio—. Necesitamos discutir algunos asuntos importantes.

Ella le lanzó una mirada confusa antes de hacer lo que le indicó, jugueteando con el bolsito que llevaba en la mano.

—Estaba a punto de llevar a las chicas a la modista. Hay un encantador vestido de montar en el escaparate que vimos ayer, y creo que iría perfectamente con el tono de piel de Anwen.

—No habrá salida, ni más vestidos nuevos, guantes, zapatos, sombreros, nada.

De nuevo su madre pareció desconcertada y lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Qué quieres decir? Apenas estamos a mitad de la temporada. No se puede esperar que las chicas usen la misma ropa una y otra vez. Eso nunca funcionaría.

—Tendrán que usar los mismos vestidos, e incluso puede que tengan que usarlos también el año que viene.

—No entiendo —dijo su madre, su tono despreocupado de antes reemplazado por uno de temor. Debería temer lo que estaba a punto de decir, al igual que él. La idea de decir algo tan atroz en voz alta era horrorosa.

—No sé de qué otra manera decirte esto, madre, pero no hay dinero. Lo perdí todo mientras estaba en Francia. Varias inversiones desastrosas acabaron con el último dinero, y todo lo que

nos queda es nuestro buen nombre y las propiedades vinculadas. Estas facturas —dijo, levantando varias del escritorio y dejándolas caer de sus dedos—, no puedo pagarlas, y si no has usado ninguno de los vestidos nuevos entregados con estas cuentas, sugiero que los devuelvas cuanto antes.

Su madre lo miró boquiabierta y se puso de un tono gris mortal.

—No puedes hablar en serio, Dominic. ¿Cómo podemos no tener dinero? —dijo, riendo, pero el gesto no contenía ninguna diversión—. Somos una de las familias más ricas de Inglaterra.

—Éramos una de las familias más ricas de Inglaterra, pero parece que en mi intento de hacernos aún más ricos, fracasé y nos convertí en lo opuesto. Lamento ser tan brusco, y no quiero lastimarte a ti ni a mis hermanas, pero necesitan saber la verdad.

—Pero... pero ¿cómo viviremos? ¿Cómo sobreviviremos? —Su voz se quebró antes de que las lágrimas brotaran en sus ojos.

—En varios años, y si somos afortunados con buenas cosechas, recuperaremos algo de tu dinero, pero tendremos que despedir a la mayoría de nuestro personal. Los jardines pueden sufrir por tener menos jardineros para cuidar tus rosas, y las chicas tendrán que compartir una doncella contigo. Nos retiraremos al campo y alquilaremos esta casa de Londres para recuperar algo de dinero.

—Absolutamente no. —Su madre se levantó y se dirigió a las ventanas, mirando hacia la calle. Sus manos temblaban a sus costados, y la vergüenza lo invadió por haber sido tan descuidado—. Las chicas están teniendo su primera temporada. ¿Quién se casará con ellas ahora que se sepa que no tienen dote? —Se volvió hacia él, la ira ardiendo en sus ojos envejecidos—. Solo puedo asumir que gastaste su herencia junto con la tuya —escupió.

Había sido un imbécil, un lord egoísta y desdeñoso. Apenas podía soportar pensar en el chico que solía ser. El que usaba a la gente y se alejaba sin mirar atrás. Paris era prueba de eso por sí sola. Pero ella no era su única víctima. Su familia también sufriría por su descuido.

—Todo se ha ido, y la única razón por la que no he perdido la finca y la casa de Londres es porque no puedo venderlas. Todos tendremos que casarnos bien.

—¿Es por eso que estás cortejando a la señorita Smith? ¿Porque crees que tiene el dinero para salvarnos? —se burló su madre, mirándolo con desprecio—. No me importa que su marido le dejara un centavo. No queremos nada de ella. Los vizcondes de Astoridge solo se casan con mujeres de rango y fortuna. No con una mujer que se casó por dinero y se benefició de la muerte prematura de su marido.

—Sabes que Paris y yo tenemos un pasado que se remonta mucho más allá de su matrimonio o de mi pérdida de nuestra fortuna.

—Mira a Lady Esme. Es una heredera, nunca se ha casado y proviene de un maravilloso condado. Ella devolverá a nuestra familia a donde debe estar, y te favorece. La he observado en varios bailes y fiestas y siempre te sigue con la mirada. Creo que te complementaría bien.

—No quiero una esposa que me complemente, madre —espetó, negándose a hacer algo que

lo haría infeliz—. Deseo casarme por amor. ¿Por qué es tan difícil para ti entender eso? —Deseaba que ella no siempre viera a las personas por su valor monetario en lugar de su valor interior—. Voy a pedirle a Lady Hervey que se case conmigo, y voy a decirle que no vengo con nada más que mi título y dos casas que son caras de mantener. Necesitas aceptar esto y dejar de ser grosera con ella. Ella va a ser tu nuera, si me acepta.

Su madre se rió, un sonido agudo lleno de alarma.

—¿Casarte? ¿Con la señorita Smith? —escupió de nuevo—. No seas absurdo, Dominic. Ella es una don nadie, una mujer sin familia ni fortuna, de un pequeño pueblo de campo que a nadie le importa conocer. Vivía fuera del pueblo en una cabaña, por el amor de Dios. ¿Quién ha oído hablar de los Astoridge casándose con gente tan humilde? Si no se hubiera casado con Lord Hervey, habría terminado como institutriz o doncella o la ramera de algún caballero.

—No permitiré que se hable de ella de esa manera —gritó, poniéndose de pie y apoyándose sobre su escritorio, con la ira resonando en su interior como un tambor—. Es una mujer buena y honorable. Mejor que cualquiera de nosotros, y la respetarás. Serás amable y generosa con ella, porque si acepta casarse conmigo, tan pobre como soy, le deberás tu cómoda vida.

—¿Así que te casas con ella solo porque es rica, y no por amor? —se burló su madre, negando con la cabeza—. Hombre necio. Primero, pierdes todo el dinero del que depende nuestra familia, y luego nos humillas aún más casándote con una mujer que es rica, sí, pero pobre en todo lo que importa. Mis nietos algún día preguntarán por su herencia, ¿y qué les dirá ella? ¿Que es una chica de campo de Grafton? ¿Que tuvo la suerte de ser amiga de los Woodvilles, quienes la patrocinaron para una temporada? Tus hijos serán vistos como menos de lo que deberían ser por la sangre que corre por sus venas. No es suficiente que nos dejes en la insolvencia, sino que además nos insultas queriendo casarte con esa astuta furcia.

Dominic rogó por paciencia antes de decir o hacer algo de lo que se arrepintiera. —Si no puedes aceptar mi elección como señor de esta casa y como vizconde de Astoridge, entonces deberías prepararte para volver a Surrey. No eres bienvenida aquí si vas a ser grosera y vulgar. No permitiré que nada me impida casarme con Paris. La amo —admitió, curioso por lo fácil que fue decirlo en voz alta, incluso a su progenitora—. Necesito que sea la próxima vizcondesa de Astoridge porque siempre debió haber sido la vizcondesa de Astoridge. Creo que ella me ama también y aceptará mi propuesta. No podría soportar que no me aceptara, pues mi vida no tendría valor si la perdiera por segunda vez.

Su madre se burló y se dirigió a la puerta. —Por favor, Dominic. ¿Eres acaso un tonto llorando por el pasado como un niño? Sé serio y empieza a pensar mejor de lo que lo estás haciendo. Ella no vale el tiempo de esta familia. Nunca lo ha valido, y necesitas pensar en algo más que en tu patético corazón o tu verga, que parece estar guiándote estos días.

—Buenas tardes, madre. Cierra la puerta al salir, y recuerda lo que te dije. Reconcílate con mi elección o márchate.

Ella le lanzó una sonrisa que nunca antes había visto, haciéndole dudar. —Oh, no me voy a

ninguna parte. Que tengas un buen día, hijo —dijo, saliendo de la habitación.

Dominic se desplomó en su silla. Esta noche le pediría a Paris que se casara con él, y ella lo perdonaría, creería que su corazón era sincero. No podía pensar de otra manera, sin importar lo que pensara su progenitora.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—LA VIZCONDESA viuda de Astoridge para verla, Lady Hervey.

Paris se giró y miró más allá de su mayordomo hacia Lady Astoridge, quien estaba de pie detrás de su sirviente, con una expresión aburrida y molesta en su rostro agrio por ser retenida en el umbral de la puerta en lugar de permitírsele entrar de inmediato.

—Gracias —dijo—. Por favor, hágala pasar. —Paris se puso de pie y colocó el La Belle Assemblée que estaba hojeando sobre el sofá antes de volverse para saludar a la viuda.

No es que creyera que la visita de su señoría hoy sería agradable o terminaría con ellas siendo amigas. Su señoría parecía como si estuviera entrando en guerra, y Paris controló sus facciones, no queriendo que la viuda pensara que tenía algún poder sobre ella, de ninguna manera.

Porque no lo tenía.

Ella era una condesa ahora. Una viuda rica con un heredero. Lady Astoridge no podía tocarla ahora.

—Gracias por permitirme visitarla —dijo la viuda, caminando por la habitación como si este fuera su propio salón privado y no el de Paris en absoluto.

—Bueno, si hubiera sabido que iba a venir, estoy segura de que habría sabido que no le habría permitido la entrada. Pero ya está aquí, así que siéntese. Estoy segura de que hay algo que desea decirme, aunque no puedo imaginar qué. Tenemos muy poco en común.

La viuda se rio, asintiendo ante sus palabras. —Oh sí, y usa el término correcto, señorita Smith, porque usted es común, sin importar que se haya casado con Lord Hervey. —La viuda se sentó en un sofá, observando más detenidamente la habitación—. Recuerdo esta casa de cuando la madre del difunto conde solía celebrar aquí sus reuniones. Veo que no ha redecorado, pero supongo que una mujer de un pequeño pueblo rural no sabría mucho cuando se trata de moda.

Paris sonrió, pero en realidad, quería arañar los ojos fríos y helados de la mujer. ¿Cómo podía alguien odiar a otro simplemente porque venía de menos de lo que ella creía que debería?

—¿Vamos a lanzarnos insultos todo el día, mi señora? ¿O hay algo más que desea discutir conmigo? Ambas sabemos que no está aquí para hacer las paces —dijo, juntando las manos en su regazo.

La viuda la miró a los ojos y sonrió con suficiencia. —Pues sí, hay algo que deseo discutir con usted, señorita Smith. Y creo que debería escuchar lo que tengo que decir antes de que se pronuncie otra palabra.

Paris suspiró pero asintió en acuerdo. Algo en el tono de las palabras de la mujer le revolvió el estómago, y tuvo una sensación terrible que la recorrió como si algo estuviera mal.

—La escucho, mi señora. Puede comenzar —indicó.

Lady Astoridge se recompuso y cruzó las manos en su regazo. —Me informaron hoy que mi hijo está enamorado de usted y tiene la intención de pedirle que sea la próxima vizcondesa de Astoridge.

Paris luchó por no reaccionar ante las palabras de su señoría. Aunque no quería casarse de nuevo y le había dicho a Dominic eso varias veces, escuchar que él había informado a su madre, que aún quería ganar su mano, que la amaba, alivió un poco del pánico dentro de ella.

A pesar de toda su negación hacia él, su enojo y el daño que quería causarle, no podía negar que él se había metido bajo su piel, y ella también lo amaba. Y aunque no le había admitido tal cosa a él, sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que lo hiciera. Antes de que permitiera que sus sentimientos corrieran libres y le diera lo que él quería. Lo que ambos querían.

El matrimonio entre ellos.

—Estoy segura de que escuchar tal declaración de su señoría la llenó de placer, mi señora —se burló Paris, no queriendo que la viuda supiera cómo su admisión la hacía sentir. Nunca había sido cálida ni había ofrecido la mano de la amistad, y no merecía ninguna visión de su corazón ahora.

—Mi hijo es un hombre tonto, y eso se ha hecho aún más evidente para mí en mi conversación con él hace apenas unas horas. No se casará con él, señorita Smith, y es por lo que estoy a punto de decirle que no lo hará.

—¿En serio? —declaró Paris, levantando las cejas—. Ilumíneme sobre por qué no puedo tomar esta decisión por mí misma. —En este momento, incluso podría decirle que sí a Dominic solo para molestar a su madre.

—Porque mi hijo no tiene nada que ofrecerle. Tiene su título y propiedades, sí, pero muy poco dinero para financiar nada de ello. De hecho, me ha pedido que regrese a Surrey con sus hermanas y deje de gastar fondos que él no tiene.

Paris tragó la bilis que subió a su garganta y luchó por no reaccionar. El regocijo en los ojos fríos de la viuda le dijo que había fallado y había revelado algo sobre cómo se sentía. —¿Qué quiere decir exactamente con que su señoría no tiene dinero? —Paris pidió una aclaración. La idea de tal verdad era increíble.

—Hizo varias inversiones terribles en Francia según lo que explicó y ahora está sin un centavo, excepto por la pequeña cantidad de fondos que obtenemos de los cultivos y la agricultura, por supuesto. Pero eso no es suficiente para evitar que tengamos que reducir nuestro personal y limitar nuestros gastos de vida. Todo muy común y similar, supongo, a cómo creció

usted en Grafton, pero así no es como permitiré que proceda mi vida. Y así que ve, debe casarse con Lady Esme, porque incluso tan pobres como estamos en este momento, todavía no permitiré que mi hijo nos empobrezca aún más casándose con una mujer sin familia, sin gente, sin conexión con títulos o relaciones. Usted solo nos hará descender aún más de rango, y no permitiré tal desgracia.

Paris se aclaró la garganta, segura de que iba a vomitar. ¿Era por eso que Dominic la había cortejado tan implacablemente? ¿Porque era una viuda rica, aparte de la fortuna que se había dejado a su hijo e hija? ¿Necesitaba su dinero ahora?

Incapaz de sentarse un momento más, se puso de pie y caminó hacia la chimenea, apoyándose en el frío mármol para sostenerse. —¿Por qué regresó Lord Astoridge a Inglaterra? —preguntó, en realidad sin querer saber la respuesta. No realmente.

—Necesitaba una esposa rica y, con su cortejo pasado, pensó que usted sería una conquista más fácil que cualquier otra, y por lo que dicen los rumores en Londres, lo ha sido. No se equivocó en eso. Pero vengo aquí hoy para advertirle sobre el plan de mi hijo. Aunque tengo mis propias razones para no querer que se case con usted, estoy segura de que usted tampoco desea ser utilizada. Si se volviera a casar, estoy segura de que, como cualquier mujer querría, le gustaría tener algún mínimo de afecto en su unión, no una construida sobre mentiras y buscada meramente por lo que usted aporta al matrimonio. Dinero —aclaró la viuda.

Paris levantó la vista hacia el retrato de ella y lord Hervey, deseando que en ese momento él estuviera allí con ella otra vez. Para protegerla de los hombres que rompían corazones de mujeres y de sus madres que ansiaban regocijarse con su dolor.

—Le agradezco su honestidad, mi señora. No me rebajaré a su nivel contándole a nadie sobre los problemas financieros de su familia, pero le pido que nunca más me visite. No tenemos nada que decirnos a partir de hoy, ¿me entiende? —preguntó a la vizcondesa viuda, sintiendo que jamás había detestado a nadie tanto como aborrecía a esta mujer en ese momento. No solo porque era cruel y se deleitaba con su manera viciosa, sino porque con sus palabras también destrozaba la poca esperanza que tenía de un futuro con Dominic.

Ya no habría un mañana.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

PARIS ESTABA SENTADA en la mesa del comedor, dispuesta para dos esa noche, y le sonrió a Dominic desde el otro lado. Después de la llamada de su madre esa tarde, había reflexionado mucho sobre cómo conduciría la cena que habían planeado.

Les sirvieron el primer plato de champiñones guisados y durante varios minutos dejó que el silencio creciera entre ellos. Si Dominic percibió que algo andaba mal, no lo mencionó, y ella podía esperar su momento antes de confrontarlo sobre lo que su madre le había revelado.

Este pensamiento hizo que su apetito disminuyera, así que tomó su copa de vino y bebió un sorbo fortificante.

—Gracias por invitarme esta noche, Paris. Me complace que podamos cenar a solas, solo tú y yo. Hay mucho de lo que quiero hablar contigo.

Ella arqueó una ceja. ¿Significaba eso que él sacaría el tema del matrimonio sin que ella lo provocara primero? Para que su plan funcionara, necesitaba que él hiciera exactamente eso, y entonces podría confrontarlo con la verdad tal como la conocía.

—¿En serio? —dijo, llevándose una cucharada de champiñones a la boca. No es que tuviera apetito después de las cosas atroces que había dicho la vizcondesa viuda de Astoridge.

Observó a Dominic, recordando su abrigo superfino que tenía un desgarró, su determinación para que sus hermanas se casaran bien. Incluso esta noche, su traje no estaba a la altura de la moda. Si Lady Astoridge había dicho algo con exactitud hoy, era que Paris no estaba tan al día con los últimos diseños, pero podía reconocer un traje que había pasado su mejor momento.

Una pequeña parte de ella se dolía de que él hubiera caído tan bajo. Pero otra parte se enfurecía ante la idea de que solo se casaría con ella ahora, ofreciendo una unión tan sagrada meramente porque había caído tan bajo. Una forma de salvarse de la ruina financiera cuando ella no había sido lo suficientemente buena cuando la situación era la contraria.

—Sabes cuánto me importas, y creo que estas últimas semanas en Londres han sido agradables —dijo él.

Paris asintió y se volvió hacia el lacayo, que esperaba para servirles. —Puede retirarse. Le llamaré si le necesitamos de nuevo —dijo.

El joven se marchó y tuvo la sensatez de cerrar la puerta tras de sí. Paris se volvió hacia

Dominic y luchó por no expresar lo que pensaba de la agradable temporada que estaba teniendo con ella. Cómo era un mentiroso, y ella no quería oír más de sus falsedades.

—Continúa —dijo, lanzándole una pequeña sonrisa que le dolía formar. No tenía ganas de sonreír en absoluto. De hecho, tenía ganas de fulminar con la mirada al canalla.

Él se aclaró la garganta, ajustándose la corbata. ¿Estaba nervioso? Suponía que podría estarlo, ya que iba a pedir su mano. No es que no lo hubiera pedido antes, pero esta noche era diferente. Su petición de nuevo y su persecución se sentían como si su respuesta fuera a solidificar o concluir su futuro.

Cuán terrible se iba a volver su noche, y él ni siquiera lo sabía.

—Sé que hemos tenido un pasado complicado, y espero que estas últimas semanas te haya demostrado que eres la única mujer que quiero a mi lado por el resto de nuestras vidas. Estoy enamorado de ti, Paris. Pienso en aquella tarde en la biblioteca de Romney, y no reconozco al joven que tan descuidadamente tiró por la borda lo que teníamos. Era joven y estaba equivocado, fui tan injusto, y espero que sepas que nunca volveré a hacerte algo tan atroz. Nunca te trataré con tan poco respeto.

—¿Es eso cierto? —dijo ella, arrojando su servilleta y reclinándose en su silla—. Entonces explícame, Dominic, ¿por qué tu madre me visitó esta tarde, advirtiéndome que vas a ofrecermelo matrimonio para sacar a tu familia de apuros financieros?

—¿Qué? —balbuceó él, palideciendo—. ¿Mi madre te visitó aquí?

—Lo hizo —afirmó Paris, observándolo, escrutándolo para verlo retorcerse e intentar salir de este terrible aprieto—. No vino con ninguna razón genuina sino una nacida de su antipatía hacia mí. No me quiere como nuera. La señorita Smith, entiendes, no es lo suficientemente exaltada para los Astoridge, sin importar cuán rica o titulada sea yo ahora. Pero me desvió. Vino a decírmelo para que yo supiera la verdadera razón detrás de tu propuesta cuando me pidieras la mano.

Él se removió en su silla, y ella pudo ver que luchaba por comprender lo que estaba sucediendo.

—Mi razón para querer casarme contigo es porque te amo. No debería importar que haya cometido algunos errores financieros y ahora deba encontrar algunas formas de salir de ellos. Eso no tiene nada que ver contigo y conmigo, Paris —declaró.

Ella lo estudió, preguntándose si él creía lo que estaba saliendo de su boca. El hombre no tenía vergüenza. —¿Tu posición financiera no tiene nada que ver con lo que está pasando entre nosotros? ¿Hablas en serio, Dominic? Porque hace cinco años, tuvo todo que ver con por qué me rechazaste. Después de que hubiéramos sido íntimos. Después de que te hubiera entregado mi cuerpo. Un privilegio que pensé estar dando a mi futuro esposo, tú. Pero eso no sucedió porque yo no tenía dote. Y ahora, te sientas aquí, declarando que me amas mientras que todo el tiempo lo que realmente amas es el dinero que yo aportaría al matrimonio. Una forma en la que podrías obtener fondos para salir de malas inversiones.

»¿Cómo te atreves siquiera a pedirme que me case contigo cuando todo lo que tenemos es una mentira? Me usaste de nuevo, y tontamente empecé a creer que habías cambiado. Que estabas verdaderamente arrepentido por lo que me hiciste y nuestro... —Paris tomó un respiro calmante, habiendo casi mencionado a Maya en su enojo con él—. Lo que me hiciste a mí y a nuestro futuro que anhelaba y soñaba —corrigió—. No me casaré contigo, Dominic. No seré tu ficha para salir de deudas.

Dominic no sabía qué decir ni cómo responder. Nunca había visto a Paris tan enfadada con él. Pero ¿cómo explicarle, cómo decirle que estaba equivocada? Que quería casarse con ella por afecto y amor, por la desesperación de tenerla como esposa. No como una conocida pasajera o una antigua amante.

No podía soportar ni un día más verla bailar y coquetear o ser cortejada por cualquier otro en la sociedad. Si ella volviera a casarse, lo mataría en el acto.

La amaba, pero ¿cómo probárselo?

Ella nunca le creería ahora, y tenía a su madre que agradecer por ello. Y sin embargo, el temblor de las manos de Paris y su boca apretada le indicaban que quizás, incluso si lo hubiera escuchado de él y no de su madre, habría actuado igual. No le habría creído, aunque él hubiera presentado su situación primero.

—Quería decírtelo. Tantas veces quise hablar de mi situación. Solo se lo conté a mi madre esta mañana cuando llegaron varias facturas que, incluso ahora, no puedo pagar. Tuve que informarle que había perdido el dinero que heredé y que los gastos debían reducirse.

—Y entonces ella corrió hacia mí para usar esa información y eliminar cualquier esperanza que pudiera haber albergado para nosotros —Paris negó con la cabeza—. Sé que dije que no deseaba casarme, y hasta que volviste a Londres, no lo hacía. Pero al verte de nuevo, al tenerte en mi cama y en mi vida, incluso en contra de mi buen juicio, permití que mi corazón se abriera de nuevo a la posibilidad de nosotros. Qué tonta he sido. Eres un canalla. Un hombre que hará cualquier cosa, incluso fingir amar a alguien, cuando lo único que realmente amas es su dinero.

Él negó con la cabeza, dejando los cubiertos que de alguna manera aún sostenía en sus manos. —Eso no es cierto. Quería contártelo todo, pero estaba avergonzado. Sabía que no me creerías. Temía que pensaras como lo haces ahora. Pero no es cierto, Paris. Me importas. Te amo. Te quiero a ti, no tu dinero.

—Me quieres ahora que soy rica, pero no me querías cuando era pobre. Eres un mentiroso, y sea lo que sea esta cosa vil y tóxica que estamos jugando, se acabó. No seré tu amante, tu esposa, nada. No quiero tener nada que ver contigo.

Dominic luchó por respirar, le dolía el pecho y por varios momentos horribles, pensó que podría llorar. Los caballeros, los vizcondes no lloraban, y sin embargo, la imagen de Paris en sus ojos se volvió borrosa.

—¿Cómo puedo probarte que digo lo que siento? Que te amo, que te amo de verdad tanto que no puedo imaginar mi vida sin ti —declaró, con una voz que sonaba aguda incluso para sus

propios oídos.

Ella se puso de pie, se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón. —Por favor, acompañe a Lord Astoridge a la salida —ordenó al lacayo—. Adiós, milord. Le deseo lo mejor para el resto de su Temporada —le lanzó, las mismas palabras exactas que él le había dicho cinco años antes en la biblioteca de Romney.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

PARIS REGRESÓ A LANDON HALL, la casa ancestral de los Hervey, al día siguiente y, durante la última semana, había consentido a sus hijos y pasado cada momento libre que pudo jugando y compartiendo tiempo con ellos.

Tanto así que ahora deseaban volver a sus tareas habituales, dejándola contemplar todo lo que había sucedido en Londres con Dominic.

Miró fijamente la misiva de él que había llegado con el correo de la mañana, pero no podía abrirla. No tenía sentido hacerlo. Solo habría más declaraciones de amor, más razones por las que debía creerle y perdonar sus acciones.

Todo lo que ella no podía.

No lo haría.

Él no merecía una segunda oportunidad. ¿O era ya la tercera, considerando que había sido astuto de nuevo durante la temporada?

El sonido de las risas de sus hijos se hizo más fuerte a medida que se acercaban a la biblioteca, y ella deslizó la misiva en un cajón y sonrió cuando ambos aparecieron, sus dulces rostros emocionados la hicieron sentir mejor.

—Mamá —gritó Oliver, frenando en seco antes de que Maya llegara al escritorio—. Joseph dijo que podemos ir a montar si estás de acuerdo —dijo, con sus pequeños rostros iluminados de emoción.

Paris extendió la mano y apartó el cabello de la cara de Oliver antes de atraer a Maya a sus brazos, besando la parte superior de su cabeza. —Por supuesto que pueden, siempre y cuando no vayan más rápido que un trote y no salgan de los jardines.

—No lo haremos —dijo Maya, con la voz alta de emoción antes de que salieran corriendo de la habitación, dejándola tan rápido como habían llegado.

Paris los escuchó mientras gritaban a Joseph en el vestíbulo antes de que otra voz llamara su atención. Se irguió en su silla, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda.

—Buenas tardes. Soy Lord Astoridge, y ustedes deben ser Lord Hervey y Lady Maya —dijo la voz del hombre.

Sus hijos murmuraron algo en respuesta que Paris no logró entender mientras salía corriendo

de la biblioteca para detener la interacción. Se detuvo en el umbral y observó con una lentitud aterradora cómo Dominic estudiaba a Maya más que a Oliver.

Entrecerró los ojos y se puso de pie. —Dime, ¿cuántos años tienes, Lady Maya? —preguntó.

—Tengo cinco años, Lord Astoridge. Mi hermano Lord Oliver solo tiene tres —dijo ella, con orgullo en su voz por ser la hermana mayor. Normalmente, tal comentario habría hecho sonreír a Paris, pero no hoy.

Dominic encontró su mirada por encima de las cabezas de los niños, y ella supo hasta lo más profundo de su alma que él lo había adivinado. ¿Cómo no podría? Eran idénticas salvo por su diferencia de edad.

—Es un placer conocerlos a ambos —dijo, aclarándose la garganta—. Me gustaría ver su paseo a caballo algún día. Veo que los mozos de cuadra ya los están esperando afuera.

—¿Lo están? —casi gritó Oliver—. Vamos, Maya, estamos perdiendo el tiempo.

Los niños salieron corriendo de la casa, y Paris luchó por mantener la compostura. Había una posibilidad. Seguramente había una mínima posibilidad de que no lo hubiera adivinado. Tal vez solo se sentía desconsolado porque ella ya tenía una familia y él no.

Él entró a grandes zancadas en la biblioteca, pasando junto a ella, y supo que la pequeña esperanza que tenía era inútil.

Él lo sabía...

Paris cerró la puerta, esperando evitar que los sirvientes descubrieran su secreto. —¿Cómo te atreves? —dijo él, volviéndose hacia ella—. Tan altiva, regañándome por mi trato hacia ti, ¿y todo este tiempo has estado ocultando a mi hija?

Paris lo miró con furia, apretó los puños a los costados y luchó por no gritar ante su atrevimiento. —¿Cómo me atrevo, preguntas? ¿Cómo me atrevo a sentarme en la biblioteca de Romney después de entregarme a ti, pensando que ibas a pedirme matrimonio y luego tener mi corazón roto cuando me desechaste como alguna sucia y despreciable mujerzuela con la que te habías acostado en el East End? ¿Cómo me atrevo a descubrir semanas después que estaba esperando a tu hijo sin tener idea de qué hacer para salvarme? ¿Cómo me atrevo, dices? ¿Cómo te atreves tú a venir aquí, decirme eso y pensar que es aceptable?

Él cruzó los brazos sobre el pecho, su boca torcida por la ira. —Deberías habérmelo dicho. Habría cambiado de opinión sobre no casarme contigo.

Paris se burló, sacudiendo la cabeza. —¿Y que te casaras conmigo porque tenías que hacerlo? ¿Que te casaras conmigo por tu deber? No quería que un matrimonio con el hombre que amaba fuera así. Quería que te casaras conmigo porque me amabas. De cierta forma, me alegro de no habértelo dicho, porque me permitió tener un matrimonio feliz. Uno sin culpa, sin que mi esposo me resintiera por atraparlo en la unión debido a un hijo. No habría podido soportar verte empezar a odiarme por una elección que ambos hicimos, y lo habrías hecho. No estabas listo para una esposa. Nunca debí entregarme a ti. Eras demasiado joven, y yo también. Cometí un error tonto, pero convertí ese error en una vida maravillosa para Maya y para mí, y no permitiré

que vengas aquí a regañarme por ello. No tienes derecho.

—Tengo derecho a ser parte de su vida —dijo, señalando hacia la ventana.

Paris negó con la cabeza. —No, no lo tienes. Ella tiene un padre, y uno al que amó mucho. Tú no quisiste casarte conmigo, y ni una sola vez me preguntaste si un hijo había resultado de nuestro tiempo juntos. No preguntaste porque no te importaba saberlo. Así que no actúes como si estuvieras herido y ofendido ahora que lo sabes. No lo toleraré, ni permitiré que le quites a Maya lo que le pertenece por derecho. Ella es Lady Maya Hervey, y nada cambiará ese hecho, ni siquiera tu orgullo herido.

Dominic se paró frente a Paris, incapaz de creer lo que estaba escuchando. ¿Era padre? ¿Cómo pudo no haberlo sabido? ¿Cómo pudo ella haberle ocultado semejante secreto durante tanto tiempo?

¿Cómo no preguntaste hace cinco años si estaba embarazada?

Un sentimiento de desprecio por sí mismo lo invadió por no haberlo hecho. Debería haber preguntado, por supuesto, era una posibilidad siempre que un hombre y una mujer dormían juntos.

Ingenuamente había pensado que no les había sucedido a ellos.

Se desplomó en la silla detrás de él y se pasó una mano por el pelo, incapaz de pensar con claridad. ¿Era padre? Pero su hija nunca llevaría su apellido.

Un problema que, en realidad, era su culpa. Si hubiera pedido la mano de Paris, nada de esto habría sido motivo de preocupación. Y no podía culparla, no realmente, por las decisiones que tomó. Por su apresurado matrimonio con Hervey.

Eso solo debería haber despertado su interés, especialmente cuando sabía que le había roto el corazón.

—No puedes quedarte aquí. Debes irte —exigió ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

Él asintió, sabiendo que era cierto. Había venido aquí para suplicar perdón, para pedirle una vez más que le diera otra oportunidad. Pero ahora, ¿ahora? No estaba seguro de poder darle una a ella.

Su mente no podía comprender que una pequeña niña que se parecía exactamente a él caminaba a pocos metros de donde estaba sentado. La forma de sus labios y los ojos almendrados eran idénticos a los suyos.

Había necesitado toda su buena educación para no quedarse boquiabierto ante la niña. Era una pequeña imagen en el espejo. No era de extrañar que Paris no quisiera un futuro con él. Tener uno significaría que tendría que tener una relación con sus hijos, y al conocerlos por primera vez, se había quedado impactado por el parecido de Maya con él.

En algún momento, Paris habría tenido que explicar como él tenía que explicar su falta de franqueza. Un punto que ninguno de los dos quería enfrentar, y ciertamente no reconocer.

—Deberías habérmelo dicho. Habría hecho lo correcto por ti, sin importar lo que pienses de mí y de las acciones de mi yo pasado. Me habría casado contigo de haberlo sabido. Nunca te

habría dejado enfrentar semejante prueba sola.

—Pero lo hiciste. Ni siquiera te molestaste en preguntarme. Ese pensamiento ni siquiera pasó por tu mente. Admítelo. Cuando te fuiste a Francia, todo lo que te importaba era fornicar por todo el continente y olvidarte de la chica que arruinaste en casa. No intentes culparme. Dime qué habrías hecho diferente. Si hubieras tenido algo de honor, habrías actuado como un caballero, no como un maldito libertino pecaminoso que fingió que yo no existía.

—Nunca fingí que no existías —se puso de pie, caminando a zancadas hacia la puerta y abriéndola de golpe—. Me voy, pero esto está lejos de terminar, Paris. Hay mucho más de qué hablar, y cuando ambos estemos menos alterados por todo esto, hablaremos. Te veré de vuelta en Londres dentro de una semana —le exigió, cerrando la puerta de un portazo y arrepintiéndose de su arrebato de ira en el instante en que lo hizo.

Pasó rápidamente junto al mayordomo y salió por la puerta principal y, dando un pequeño saludo con la mano a los niños, saltó sobre su caballo y se marchó. Su vida con Paris estaba lejos de terminar, y si ella pensaba que otro año de la vida de su hija pasaría sin que él estuviera en ella, le esperaba una nueva realidad.

CAPÍTULO VEINTICINCO

UNA SEMANA DESPUÉS, Paris se encontró de vuelta en Londres, con los niños a cuestas tal como les había prometido al inicio de la temporada. Tenían planes de ir a Richmond y dar un paseo en carruaje por Hyde Park, pero en realidad, Paris los había traído a Londres simplemente porque quería tenerlos con ella.

Ahora que Dominic conocía la verdad sobre su pasado, había pocas razones para ocultar a Maya de él. Hacerlo solo provocaría habladurías, y no quería que nadie pensara que intentaba esconder a sus hijos de la sociedad. Aunque no era lo habitual tener niños en la ciudad, no quería que nada manchara el nombre de Maya.

Se sentó en la terraza trasera de su casa de Londres y observó a los niños jugar al escondite en el césped y los jardines, sus pequeños chillidos de deleite y risitas alejando la melancolía que se había instalado en ella durante los últimos siete días.

Tanto ella como Dominic se habían equivocado y habían cometido errores. Errores que ambos necesitaban asumir, aceptar y superar. No había nada que pudiera cambiar el pasado. Habían cometido equivocaciones, decisiones tontas, posiblemente incorrectas, pero ya estaban hechas. Ahora tenía que decidir si quería aferrarse a la ira y el dolor o dejar que se dispararan en el pasado.

—Has vuelto —afirmó Millie, saliendo por las puertas de la terraza y dejándose caer a su lado en la silla. Saludó con la mano a los niños, quienes sonrieron a la duquesa antes de volver a su juego.

—Así es —dijo Paris, sin estar segura de querer hablar con alguien sobre lo que había sucedido, prefiriendo darle vueltas y debatir toda la situación una y otra vez en su mente. Llevándose a la distracción.

—¿Ha venido Lord Astoridge? —preguntó Millie, inclinándose hacia adelante y sirviéndose un vaso de limonada.

—No —dijo Paris, el pensamiento de Dominic haciendo que se le revolviera el estómago. Tragó saliva, estirándose para coger su propia bebida, deseando dejar de sentirse tan nauseabunda y nerviosa todo el tiempo.

Eventualmente, podría seguir adelante con su vida, olvidando su romance con Dominic y

todo lo que se habían dicho el uno al otro.

¿Es eso lo que deseas hacer?

Paris no podía responder a su propia pregunta. Él no la obligaría a permitirle estar en la vida de Maya. No arruinaría a su hija de esa manera. Pero, ¿acaso no merecía conocerla? ¿Incluso si su hija nunca pudiera conocer toda la verdad sobre su interés?

Paris miró a Millie y notó su ceja levantada con curiosidad. —¿Por qué lo preguntas? —dijo.

—Bueno, ha estado bastante gruñón, debo decir, y mira con mala cara a todos cuando cree que nadie lo está viendo. Lo cual, por supuesto, yo siempre estoy observando porque sé que está enamorado de ti, y tú no estás en la ciudad. Pero ahora que has vuelto, me preguntaba si había venido.

Paris suspiró, negando con la cabeza. —No, no ha venido, pero sabe de Maya. Y, a cambio, yo sé algo de su situación que es igualmente impactante y ruinoso, así que supongo que estamos a mano en ese aspecto.

Millie le lanzó una mirada consoladora antes de que su atención se desviara hacia los niños. —Así que ambos han cometido errores, pero está claro que se preocupan el uno por el otro. Incluso si en este momento estás enojada con él y él contigo, ¿no pueden perdonarse mutuamente? Por mucho que me desagrade lo que te hizo, lo amas. Sé que no serás feliz si él no está en tu vida, Paris —dijo su amiga, estirándose para apretar su mano.

Paris tragó el nudo que tenía en la garganta, teniendo la terrible sospecha de que Millie tenía razón. Que no sería feliz a menos que estuviera con Dominic. Habían hecho un desastre de todo, pero que lo condenaran, aún lo amaba. Extrañaba su estúpido rostro pícaro.

—No sé qué debería hacer o qué puedo decir para reparar las cosas entre nosotros. Ha habido tantas mentiras por parte de ambos. Cada uno ocultando cosas al otro, y no sé cómo podemos recuperarnos de eso.

—Necesitan hablar, eso es todo. Estoy segura de que si vas a ver a Lord Astoridge, él te recibirá y se sentirá tan abatido como tú.

¿Tenía razón Millie? ¿La recibiría si iba a verlo? No había tenido noticias de él desde que se fue de su finca de campo hacía una semana.

—Yo vigilaré a los niños y me aseguraré de que la niñera los lleve a cenar si no estás en casa antes. Ve, Paris. Habla con Dominic. Si soy buena juzgando el carácter, él te ama, puede estar herido y molesto, pero eso es solo porque le importas tanto como tú a él. No pases otro día sin el hombre que amas. Sé que nunca estarás contenta si lo haces.

Paris se secó las lágrimas rebeldes que se deslizaban por sus mejillas antes de abrazar rápidamente a su amiga. —Gracias, Millie. Por todo —dijo antes de ponerse de pie y deslizarse por las puertas de la terraza. Necesitaba ver a Dominic y determinar si había un futuro para ellos. Ver si podían superar todos los errores que habían cometido.

Esperaba que pudieran.

Dominic yacía en su cama con las cortinas corridas. Hoy había sido excepcionalmente cálido,

pero una brisa refrescante soplaba a través de las cortinas de su habitación.

Apoyó la cabeza en su brazo, mirando hacia el dosel de su cama, y pensó en Paris. Siempre Paris. Durante la última semana había hecho poco más que repasar su discusión, todo lo que se habían dicho el uno al otro, todo lo que habían ocultado.

Había actuado como un bastardo una vez más. No tenía derecho a estar molesto con respecto a Maya. Paris tenía pocas opciones e hizo lo que tenía que hacer para sobrevivir. En verdad, estaba orgulloso de ella por salvar la reputación de su hija de una ruina segura, así como la suya propia.

—No me importa si está descansando, Malcolm. Voy a entrar en su habitación. Ahora apártate.

El sonido de la voz de Paris fuera de su puerta lo hizo sentarse, su corazón acelerándose. Sus palabras a su mayordomo funcionaron, y ella abrió su puerta, cerrándola tan rápido como la había abierto y echando el cerrojo.

Verla de nuevo alivió el dolor en su pecho y la sensación de malestar que lo había atormentado desde que dejó Landon Hall.

Dominic se sentó al borde de la cama, observándola, preguntándose qué diría. Esperaba que no fuera para recapitular sus desacuerdos. Estaba seguro de que no podría soportar más de eso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, sin moverse para tomarla en sus brazos, aunque era allí donde la quería. Con él, como su esposa, su para siempre, si tan solo ella pudiera perdonarlo.

Ella se quitó el sombrero. Lo dejó colgando de las cintas en sus manos mientras se acercaba lentamente para pararse frente a él.

—Vine a hablar contigo. No podemos seguir como estamos, Dominic. No puedo soportarlo.

Sus palabras encendieron una llama de esperanza dentro de él, y asintió, deseando que pudieran volver el uno al otro.

—Estaba avergonzado, Paris. Apenas acabo de admitir mi fracaso a mi familia, un fracaso que los afectará a ellos y a los matrimonios que hagan mis hermanas. Pero si solo hubiera querido casarme con una mujer por su riqueza sin que me importara en lo más mínimo, me habría casado con Lady Esme. Demonios, le habría hecho una propuesta en el momento en que dejé Landon Hall para asegurar el futuro de mi familia, pero no lo hice. No puedo casarme con nadie, rica o tan pobre como yo, porque no son tú. Te amo. Incluso cuando me reprendes, cuando revelas mis muchos defectos, es a ti a quien amo. Te quiero como mi esposa. Quiero ser un padre para tus hijos, para Maya, aunque sea un secreto que solo nosotros conozcamos. No me importa el pasado. Solo me importa el futuro, y ese no puede ser con nadie más que contigo —declaró, observando, esperando, rogando que ella lo perdonara.

Que le diera una segunda oportunidad. ¿O ya iba por la tercera?

Ella deslizó sus manos alrededor de su cuello y las apoyó en su nuca. Él tragó el nudo en su garganta mientras el anhelo lo atravesaba.

—No eres la única persona que ha cometido errores de juicio. No eres totalmente culpable de

lo que me pasó. Debería habértelo dicho, pero éramos tan jóvenes, tú eras tan poderoso, y yo no era nada comparada con tu estatus que temía ser rechazada. Pensé que de todos modos me darías la espalda, y entonces alguien más conocería mi secreto. No podía hacerle eso a Maya, así que permanecí en silencio. Permití que Lord Hervey pensara que había más entre nosotros de lo que realmente había, y me casé con él. Y aunque llegué a apreciarlo, eso estuvo mal. Siempre lo he sabido, pero te culpé a ti por todo.

—Nunca debí ser tan descuidado como para tomar tu inocencia y pensar que no pasaría nada —admitió él, odiando haber actuado de manera tan pecaminosa. Qué estúpido tonto.

—Lo hecho, hecho está y no quiero que nuestro pasado, nuestro error, o tu ruina cambien lo que creo que puede ser nuestro futuro —dijo ella.

—¿Quieres un futuro conmigo? —preguntó directamente, necesitando escucharla decir cosas tan maravillosas.

Ella asintió, colocándose entre sus piernas.

—Creo que ese es el caso. Tú me amas, y yo te amo, y soy lo suficientemente rica para salvarte esta vez, y tú, a mí, a cambio.

Dominic frunció el ceño, sin estar seguro de sus palabras.

—¿Salvarte? ¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Bueno —dijo ella, deslizándose sobre su regazo, su sonrisa burlona haciendo que sus labios se curvaran—, creo que estoy embarazada y será mejor que nos casemos porque, si no te has dado cuenta, no tengo marido —bromeó.

Dominic se quedó inmóvil antes de atraerla a sus brazos, abrazándola con fuerza.

—¿Estás llevando a mi hijo? —Sacudió la cabeza, incapaz de comprender la felicidad que lo invadía—. No sé qué decir. —Se rio, abrazándola con fuerza.

—Será mejor que me pidas que sea tu esposa. Podemos empezar por ahí —dijo ella, abrazándolo.

Él se apartó y la miró a los ojos.

—Cásate conmigo. Eres el amor de mi vida, y sería un honor ser tu esposo.

—Hmm, déjame ver —bromeó ella, golpeando su barbilla con la mano. Él le hizo cosquillas, y ella chilló antes de que la soltara—. Muy bien, mi lord. Me casaré contigo. Es lo justo, supongo, ya que tú también eres el amor de mi vida, y sería un honor ser tu esposa.

—Así que estamos comprometidos. —La hizo rodar sobre la cama, colocándose encima de ella—. ¿Sellamos el trato con un beso?

—Esperaba algo más que eso —dijo ella antes de que él se perdiera en un beso abrasador que, efectivamente, selló su acuerdo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

PARIS DESPOJÓ a Dominic de lo que le quedaba de ropa, que no era mucho cuando ella irrumpió en su habitación. La ausencia de corbatín, calcetines y zapatos le permitió arrancarle la camisa del cuerpo. Sus dedos trabajaron rápidamente para desabrochar los botones de sus calzones.

Él también estaba ocupado con el vestido de ella, y pronto se encontraron desnudos en su cama, que pronto sería la habitación y el hogar de ella cuando se casaran.

La idea calentó una parte de ella que había permanecido dormida y fría durante mucho tiempo.

Lo besó, deleitándose en la sensación de su hambre, su necesidad de ella que era igual a la suya propia.

Se unieron con una necesidad frenética. Él la llenó, embistiendo con tal exquisita habilidad que ella jadeó.

—Dominic —gimió, enredando sus piernas detrás de su espalda, deseándolo más profundo, más fuerte de lo que había querido antes.

—Voy a conseguir una licencia especial. Tres días es demasiado tiempo para no tenerte en mi cama —dijo él, besando el costado de su cuello, provocándole deliciosos escalofríos en la columna.

Ella gimió, deseando eso para sí misma. Deseando todo lo que él ofrecía.

—Tienes los pechos más generosos —su boca cubrió uno de sus pezones, su lengua girando alrededor del brote endurecido, y el placer se disparó hacia su centro.

Ella ondulaba contra él, la necesidad y el deseo de satisfacción cabalgándola con fuerza. Se aferró a él, sosteniéndolo, ondulando y empujándolos a ambos hacia el éxtasis.

Era delicioso pero no suficiente, aunque dudaba que alguna vez fuera suficiente. No cuando se trataba de Dominic.

Paris volteó a Dominic sobre su espalda, montándolo a horcajadas. Una sensación de poder la invadió, y presionó su pecho, observando cómo la satisfacción y el deleite retorcían sus facciones.

Era tan apuesto, y todo suyo. La idea de que pronto sería su esposo era todo lo que siempre había deseado en la vida.

Se alzó sobre él, tomándolo como él la había tomado. Su gran virilidad la llenó e inflamó, y ella recibió todo lo que él le daba y se dirigió hacia el pináculo de placer que quería alcanzar.

—Dominic —jadeó, sintiendo los primeros temblores de su orgasmo.

—Eres tan hermosa —dijo él, sosteniendo sus caderas y ayudándola a cabalgarlo como ella quería.

La visión de él, sus ojos entrecerrados y hambrientos, y la inclinación pícaro de sus labios fueron demasiado, y el placer la sacudió. Temblor tras delicioso temblor espasmodico recorrió su cuerpo. La idea de tener a Dominic para ella desde ese día en adelante, de tenerlo, de amarlo cuando quisieran, era un elixir adictivo del que nunca se arrepentiría.

Dominic volteó a Paris sobre la cama.

—Gírate sobre tu estómago —le ordenó, no contento con que su interludio terminara con el placer de ella.

Ella hizo lo que le pidió, y él levantó sus caderas para arrodillarse detrás de ella. Se deleitó por un momento con la vista de su trasero respingón en el aire. Pasó una mano por su suave carne, alcanzando alrededor de ella para acariciar su sexo, húmedo y necesitado, incluso después de alcanzar el éxtasis.

Ella gimió contra los cojines, girando la cabeza hacia un lado.

—¿Qué vas a hacer, Dominic? —le preguntó con voz ronca y seductora, presionándose contra su miembro.

Él agarró su virilidad, frotándola contra el sexo de ella, entrando solo ligeramente, burlándose, provocándola. Sus testículos dolían, y su miembro se endureció como piedra.

Demonios, la deseaba. Podría follarla toda la noche y el día y aun así no cansarse de sus esfuerzos.

—Voy a follarte por detrás —dijo, deslizándose en su calor húmedo.

Gimieron al unísono, su núcleo apretándose, tirando, provocando y burlándose de él. La habitación daba vueltas, y luchó por no derramarse. Estaba tan cerca. Quería venirse, tomarla, marcarla como suya. No es que ya no lo fuera.

Sabía el increíble regalo que ella le había dado esta noche. Su corazón, su alma y su futuro. Era el hombre más rico de la tierra con su aceptación.

Ella maullaba ante él mientras la tomaba con embestidas implacables, empujando, provocando, queriendo hacerla alcanzar el placer exquisito de nuevo. Ver cómo se deshacía en sus brazos a su voluntad.

Y podía sentir que estaba cerca. Su sexo se apretaba a su alrededor, arrastrándolo cada vez más cerca de la liberación.

—Sí, Dominic —jadeó ella, moviendo sus caderas en un movimiento circular que hizo que el eje de su alma se inclinara.

—Córrete para mí —dijo con cada embestida—. Córrete para mí, Paris.

Las manos de ella se apretaron en las sábanas de la cama, y las primeras contracciones

apretaron su miembro. Fue demasiado, y él se corrió, derramando su semilla en el sexo de ella mientras ella cabalgaba su placer hasta el final.

Su corazón latía fuertemente en sus oídos, su respiración entrecortada, y se dejó caer en la cama, atrayéndola a sus brazos y sosteniéndola cerca mientras se recomponían.

Ella suspiró, alzando la mirada para encontrarse con sus ojos.

—Te amo —admitió, lanzándole una sonrisa que le recordó la primera noche que se habían conocido. Cuando ella había sido inocente y dulce, y él la había querido en su cama incluso entonces.

—Yo también te amo —respondió él, atrayéndola aún más cerca—. Tanto. Nunca volveremos a separarnos. —Sabía que sin importar lo que ocurriera en los próximos días, semanas o meses, esa promesa sería verdad. No podía vivir sin ella, y que lo condenaran si le importaba quién lo supiera.

—Exactamente lo que deseo —dijo ella.

Él no podría haberlo dicho mejor.

EPÍLOGO

SE CASARON TRES DÍAS DESPUÉS, y en el transcurso de una semana, Paris había cerrado la casa de los Hervey en la ciudad y establecido a su administrador en Landon Hall hasta que su hijo alcanzara la mayoría de edad. Por supuesto, visitarían la propiedad, y ella vigilaría de cerca las cuentas durante los próximos años, pero ya no era su hogar.

Ahora era la vizcondesa de Astoridge, y la idea de tal verdad la llenaba de felicidad.

Asistieron al baile del duque y la duquesa de Derby en su última noche en Londres, habiendo decidido regresar a la finca de Dominic en Surrey durante el resto de la temporada. Había mucho que atender, en cualquier caso. Las finanzas de Dominic, por ejemplo, que necesitaban ser ordenadas, y luego podrían disfrutar de su pequeña luna de miel, ya fuera en casa o en otro lugar. No importaba mientras estuvieran todos juntos.

—Te ves hermosa esta noche, querida —susurró Dominic en su oído mientras observaban a los bailarines en la pista disfrutar de un vals.

Ella le sonrió, riendo. —Me lo has dicho varias veces ya, esposo. Creo que me ha quedado claro que lo piensas —bromeó, incapaz de borrar la sonrisa de sus labios.

—Eres aún más hermosa porque llevas a mi hijo. —Deslizó su mano para acariciar su vientre, aunque ella no mostraba signos de estar embarazada, pero el hecho de que él lo supiera era suficiente.

Ella cubrió su mano con la suya. —Dime, esposo, ¿quién es ese que habla con Lord Billington? No lo reconozco —preguntó.

Dominic miró hacia donde había visto a Billington por última vez y sonrió. —Es el duque de Renford. Es un recluso. Bueno, tuvo que serlo después de varios amoríos con mujeres casadas en Londres hace varios años, antes de nuestro tiempo, ¿entiendes? —Hizo una pausa—. Su padre le había ordenado regresar a su finca en Kent, pero poco se sabe de él después de eso. Pareció hacer caso a la advertencia de su padre antes de asumir el ducado apenas el año pasado.

—Es mortalmente apuesto. Su cabello es tan oscuro como el cielo nocturno —susurró ella.

Dominic apretó su abrazo alrededor de su esposa, no del todo seguro de que le gustara el sonido de ella halagando a otros hombres. —Me pondrás celoso, señora —bromeó.

Ella rió. —¿Quiénes eran las damas con las que tuvo aventuras? ¿Lo sabes? —preguntó,

mirando alrededor de la sala, como si fuera a resolver este misterio por sí misma.

—No lo sé, pero creo que estaba escrito en los libros de apuestas de White's. Siempre podría revisar las entradas pasadas y averiguarlo.

Su esposa lo miró, con una luz traviesa en sus ojos, y él supo que ella quería que lo hiciera.

—¿Crees que está en Londres para buscar esposa?

—Lo dudo. Es tan perverso como se puede ser. No tiene familia ahora, ni hermanos ni padres. Puede hacer lo que le plazca, y por lo que sé de él, lo hace la mayoría de las noches.

—Escandaloso —jadeó ella, bebiendo su ratafia—. Oh, mira, Ashley está hablando con él.

—La duquesa de Blackhaven, quieres decir. —Todavía no se acostumbraba a oír a Paris hablar de las hermanas Woodville por sus nombres de pila, no ahora que todas estaban casadas con hombres ricos y titulados. Pero era lo mismo para todas ellas. Cada una usaba sus nombres de pila y rara vez sus títulos, tan cercanas amigas como eran—. Creo que Blackhaven es un viejo amigo suyo y de Lord Billington. Se conocerían a través de esos caballeros, supongo. —Que el duque aún fuera dueño de uno de los antros de juego más perversos de Londres y, según los rumores, donde había conocido a Ashley Woodville antes de enamorarse de la chica, tendría sentido. ¿Dónde más pasaría el tiempo el perverso duque de Renford sino alrededor del juego y el sexo?

—Sería una pareja perfecta para Daphne, ¿no crees? Hablaré con Ashley sobre traerla a la ciudad para la temporada del próximo año. Es la única en nuestro círculo social que no se ha casado, y sé que la vida en Grafton se ha vuelto aburrida. Disfrutaría de una temporada en la ciudad.

Dominic suspiró, sabiendo demasiado bien lo que el duque de Renford deseaba, y no era una esposa. El hombre era un tonto, por supuesto, porque había mucho que ganar al tener una mujer que te amara y te deseara tanto como tú la deseabas a ella.

Estudió a su esposa y vio la contemplación en sus ojos. —No juegues a ser casamentera, Paris. No puedes hacerlo de todos modos. No estarás aquí el próximo año. Estaremos en Surrey, ¿recuerdas?

Ella sonrió pero no dejó de estudiar al duque. —Bueno, antes de irme, hablaré con Ashley. No hará daño poner a Daphne y a Renford en proximidad. Si no están en la misma habitación, nunca puede surgir una unión, pero uno nunca sabe si lo están —dijo.

Dominic suspiró, esperando que la pobre Daphne no terminara su temporada el próximo año con el corazón roto como todas las otras damas que habían intentado domar al duque.

—Todo lo que pido es que no te hagas ilusiones, ni se las hagas a la chica Daphne. Eso sería injusto para ambas —advirtió.

Su esposa descartó sus palabras con un gesto. —No te preocupes, esposo. Todo saldrá bien. Si puedo domar a uno de los vizcondes más pecaminosos de Inglaterra, Daphne ciertamente puede domar a un duque. No la conoces. Es maravillosa.

Él asintió, sin dudar eso ni por un momento. —Parece que la mayoría de las mujeres de

Grafton lo son —acordó.

Ella se inclinó y besó su mejilla. —Me alegro de que estemos de acuerdo —dijo antes de dirigirse hacia la duquesa de Blackhaven. Él la siguió, por supuesto. Seguiría a su esposa a cualquier parte, como había prometido que lo haría.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

